

A romantic winter scene featuring a smiling man and woman in a snowy field. The man is on the left, wearing a grey t-shirt, and the woman is on the right, wearing a white knit hat and scarf. The background is a soft-focus winter landscape with snow-covered trees and a gentle snowfall.

DOCE  
CAMPANADAS  
Y UN BESO  
Olivia Ardey

VERSATIL Romántica

- [Datos del libro](#)
  - [DOCE CAMPANADAS Y UN BESO](#)
    - 
    - [Capítulo 1](#)
    - [Capítulo 2](#)
    - [Capítulo 3](#)
    - [Capítulo 4](#)
    - [Capítulo 5](#)
    - [Capítulo 6](#)
    - [Capítulo 7](#)
    - [Capítulo 8](#)
    - [Epílogo](#)
-

## **Datos del libro**

Autor: Olivia Ardey

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.70

# DOCE CAMPANADAS Y UN BESO

**Olivia Ardey**

Título original: *Doce campanadas y un beso*

© 2013 Olivia Ardey

Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya

Fotografías cubierta @Shutterstock noviembre 2013



## Capítulo 1

### LAS MAÑANAS DE MAYO, LAS MEJORES DEL AÑO

—Celia, recibe este anillo, símbolo de mi amor por ti —dijo, deslizándolo en su dedo—. Esta alianza te recordará cada día cuánto te amo, que te soy y seré fiel y que, pase lo que pase, siempre me tendrás a tu lado.

Ella le tomó la mano derecha y lo miró a los ojos.

—Álvaro, recibe este anillo —pronunció, al tiempo que se lo colocaba en el dedo anular—, como símbolo de mi fidelidad, de mi entrega a ti y que te recordará siempre lo grande que es nuestro amor.

Él sonrió. Tomó la mano de Celia y se la llevó a los labios.

—Te quiero —silabeó en silencio, antes de besar la alianza que acababa de ponerle y ella que no se quitaría jamás.

Mosén Silvino continuó con la ceremonia y Celia se hizo un nudo en la garganta al escuchar su precioso alegato, que hablaba de dos manos unidas para siempre, dos corazones en un solo latir, dos almas y una sola vida. Emocionada, observó de reojo a su suegra que, al lado de Álvaro, miraba hacia el cielo en un esfuerzo imposible por contener las lágrimas. Celia atisbó hacia la derecha, su padre y padrino de boda sacaba en ese momento un pañuelo del bolsillo del uniforme de gala de Infante de Marina. Miró con disimulo por encima del hombro y al ver a su madre tan guapa, con dos lagrimones y la nariz roja como un tomate, ya no pudo contenerse. Una lágrima se le escapó, a pesar de haberle prometido a Álvaro que no lloraría. Al verla coger el pañuelo de la mano de su padre, Álvaro le tomó el rostro entre las manos y le secó la mejilla con el pulgar, con cuidado de no estropearle el maquillaje.

—Es de felicidad —se excusó ella, ya que él no quería llantos en un día tan feliz.

—Lo sé. —murmuró Álvaro con una sonrisa.

En ese momento se sentía el hombre más completo de la tierra y supo que recordaría esas lágrimas de Celia hasta el día de su muerte. Convertidas en el símbolo de su felicidad, qué valiosas eran.

El cura carraspeó para que los novios le prestaran atención y ellos dos miraron al frente para retomar el hilo de la ceremonia.

A unos metros por detrás, Nicolás Román se estiró el chaqué y cogió a Max de la mano. Todo estaba saliendo a la perfección. Ya tenían experiencia en lo tocante a organizar bodas de tronío, puesto que el enlace de Susana y Javier, celebrado también en la casa Grande durante el otoño anterior, había supuesto la prueba de fuego para su restaurante y fue todo un éxito. Nico miró a su alrededor, qué maravilloso se veía el jardín de la finca. Parecía un homenaje a la primavera: las sillas con sus faldones de blanco piqué, las flores, el templete emparrado de hiedra sobre el altar. Pensó en el banquete que había preparado, y que constituía su regalo de boda a sus dos mejores amigos. Estaba seguro de que las sorpresas exquisitas que les tenía preparadas arrancarían aplausos entre los invitados. El reputado enólogo Maxim Dupres miró a su marido.

—Estás orgulloso, ¿a que sí? —murmuró apretando sus dedos unidos.

—Gracias a ti —aseguró Nicolás con una sonrisa agradecida; el apoyo incondicional de Max era su seguridad.

Aquella era una dichosa y soleada mañana de finales de mayo. Todos los allí reunidos, el pueblo entero de Tarabán, además de los invitados llegados de los alrededores, de Madrid, Cartagena y otros puntos de la geografía, eran la imagen de la felicidad.

Todos, menos un hombre. Solo uno de entre todos los presentes, tenía la mirada ensombrecida por los recuerdos tristes. Diego Nuño odiaba las bodas desde hacía dos años y medio, pero Álvaro y él habían sido amigos de juventud. Solo era un año mayor que Nico y que él, pero los tres pertenecieron a la misma pandilla que recorría los pueblos en verano de verbena en verbena. Diego había regresado a Tarabán hacía seis meses y la invitación a la boda de Álvaro Siurana lo pilló por sorpresa, pero habría sido un feo gesto por su parte rehusar asistir.

Diego suspiró con alivio al escuchar los primeros acordes de la marcha nupcial, que indicaban que el mal trago tocaba a su fin. La fiesta posterior ya sería otra cosa. El ágape, los gritos pidiendo «¡Que se besen!», las risas y el baile no se le hacían tan cuesta arriba. Diego Nuño contempló a los novios cuando desfilaron por el pasillo cogidos de la mano. Tuvo que tragar en seco. Hacía ya mucho que había asumido que Paula se había marchado para siempre. Pero le costaba hacerse a la idea de que su vida no era la que había imaginado el día de su boda, cuando caminaba con ella del brazo sonriendo a

los invitados, con la misma felicidad contagiosa que irradiaban los rostros de Álvaro y de Celia en ese momento. En lugar de un matrimonio dichoso, el destino había convertido su existencia en una continua prueba de obstáculos. Y no por la soledad; era muy duro enfrentarse al día a día, viudo a sus treinta y cinco años y padre de dos niñas pequeñas.

\* \* \*

Acabó la balada y vino el aplauso. El baile quedaba inaugurado. Los novios se retiraron de la explanada, que fue literalmente invadida en cuanto los músicos la emprendieron con un ritmo latino.

Álvaro entrelazó los dedos con los de Celia y la llevó hacia la mesa de las bebidas, en la que Nicolás pedía a un camarero, justo en ese momento, una botella de cava que este le entregó junto con dos copas.

—Nunca podremos agradecerle todo esto, Nico —dijo Álvaro, agarrando a su amigo en un fraternal abrazo—. Más que un regalo de boda, nos has preparado un auténtico homenaje.

—Nada que vosotros no merezcáis, así que no me des las gracias —concedió satisfecho—. Me conformo con que me traigáis un imán para la nevera de Sicilia.

Celia y Álvaro se miraron sonrientes. La bella isla del Mediterráneo era el lugar escogido para su luna de miel y, aunque se sentían felices de tener alrededor a tantas personas queridas, apenas faltaban unas horas para poder gritar el tan deseado «¡al fin solos!».

—Me voy a ver si encuentro a Max por ahí —decidió Nicolás—. Ya es hora de que brinde con él por lo bien que está saliendo el convite. Y tú, ten cuidado —advirtió a Álvaro, señalándole a Celia con la barbilla—, que los italianos disparan a todo lo que se mueve. A ver si en un descuido te la van a quitar.

Álvaro miró a Celia y sonrió con orgullo.

—No hay peligro —aseguró—. Mi mujer no tiene ojos para otro.

—*Mi mujer* —repitió emocionada—. ¡Ay, qué bien suena eso en boca de *mi marido*!

—Mmm... Qué bien suena esa palabra en boca de mi esposa —murmuró Álvaro, comiéndosela con la mirada.

Nico simuló estremecerse, con cara de disgusto.

—Y qué angustia me está entrando a mí con tanto almíbar pastoso. Parecéis un par de recién casados.

Álvaro premió la broma con un amistoso golpe en el brazo y Nico se

escabulló entre los invitados en busca de Max, antes de que se enfriara la botella de cava que llevaba en la mano. Imaginó a su marido en medio de un corrillo de mujeres, embobadas con su encanto, su cabello rapado a lo presidiario y sus gafas de chico intelectual. O de hombres, quizá. Su irresistible acento francés seducía hasta a las piedras, a pesar de que Max marcaba las distancias en lo tocante al género masculino. Le bastaba con seducir cada día al hombre de su vida. Nico esbozó una sonrisa de orgullo porque ese hombre no era otro que él, y nadie más que él.

Los padres de Celia, acompañados del abuelo Cele, se acercaron a los recién casados. El anciano, una vez más, dio la enhorabuena a Álvaro por la joya de mujer que se llevaba mientras Rosita achuchaba a su hija con unos cuantos besos emocionados y le arreglaba la cola del vestido, a esas horas llena de rodajes de tierra y pisotones.

—Ya tenemos a las dos chicas casadas —comentó el abuelo con su hijo—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora a esperar a que vengan los nietos.

Susana, la hija menor, se incorporaba al grupo en ese momento. No le pasó desapercibida la significativa mirada de su padre al decir aquello. El comentario era una alusión directa, ya que ella y Javier llevaban casados varios meses pero habían decidido esperar un poco antes de tener niños, para poder viajar a su aire. Excusa que no convencía en absoluto a su progenitor.

—Ya has oído, chaval —avisó el abuelo a Álvaro—. Ponte a la faena que no me quiero morir sin conocer a mis bisnietos.

—Desde luego, abuelo —le riñó Susana—. Hasta en un día como hoy tienes que nombrar a la muerte.

Y al decir aquello, Susana no pudo evitar que se le fueran los ojos hacia un grupito de invitados entre los que se encontraba Rafa, el hijo de los mesoneros. Y con él, su hermano mayor. Susana sabía, como todo el pueblo, que Diego había regresado a Tarabán para retomar su vida tras el triste e inesperado fallecimiento de su mujer, mucho más en pleno s. XXI en que resulta excepcional morir dando a luz. Susana no llegó a conocer a la esposa del hijo mayor de los dueños del mesón, pero lamentaba como todos que una chica tan joven fuese la excepción a la estadística, al perder la vida a causa de una hemorragia durante el parto de su segunda hija.

Celia hizo señas con la mano a Lola para que se acercara. La guardia más joven del cuartel, preciosa con un vestidito palabra de honor, hablaba muy animada con Rafa. Se la veía risueña y con ganas de pasarlo bien.

Susana se alegró por la chica. Por fin parecía que había dejado atrás la morriña que la embargó durante sus primeros meses destinada en la Casa Cuartel de Tarabán.

Cuando Lola llegó junto a ella, Susana tuvo que morderse la lengua aunque se moría de curiosidad, ya que por las miradas hambrientas que había visto lanzarse entre ella y Rafa, intuía que había algo entre ellos o estaba a punto de haberlo.

Juntas caminaron hacia la Casa Grande. Cuando entraron en uno de los saloncitos y Lola comprendió para qué requería Susana su ayuda, se quedó maravillada.

—¡Pero qué bonitas! —exclamó cogiendo un par de zapatillas de cáñamo. Las había de todas las tallas y colores; la gente de Nico las había dispuesto en cestas de mimbre decoradas con volantes blancos.

—Copié la idea de un *blog* de bodas —comentó Susana—, tanto me gustó el detalle que enseguida lo comenté con Julia, la madre de Álvaro.

Lola estaba segura de que las invitadas, cansadas de los tacones, aplaudirían tan original obsequio de parte de la madrina.

—Ay, no sé con qué color quedarme, son todas preciosas —comentó Lola—. Que no se me olvide guardar un par para Vanesa.

—Apártalas ya, por si acaso —aconsejó Susana.

—Pobrecilla, le habría encantado estar aquí. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Y tanto que sí —confirmó encogiendo un hombro.

Ella misma, como enfermera de la comarca, estaba más que acostumbrada a trabajar festivos, nochebuenas, domingos y cuando fuera menester. Vanesa y su compañero Pablo, los dos únicos guardias civiles ausentes, lo habrían pasado de miedo en la boda. Pero así funcionaban los servicios públicos.

\* \* \*

—¿Tenía que tocarme precisamente a mí? —despotricaba en ese momento la guardia Vanesa, a dos kilómetros de distancia de la Casa Grande. Mientras tanto, su compañero encendía un cigarrillo de Marlboro, a la sombra. Habían parado en una curva amplia, ya que por aquellas carreteras no circulaba a esas horas ni un alma. La comarca entera estaba de festejo.

—Te recuerdo que yo también estoy de guardia mientras el resto de los del cuartel se ponen ciegos de mojitos en la boda de la cuñada del brigada —dijo este, guardando el mechero en el bolsillo de la camisa—. Además, ¿qué

más te da una fiesta más o menos si apenas conoces a los novios? Vanesa sacudió la coleta y apoyó la cadera en el Land Rover de patrulla.

—No es por la boda —le explicó, visiblemente enfadada—. Le pedí al brigada Parrondo un par de días de fiesta, pero ya ves. A mi padre no se le ha ocurrido nada mejor que comprar un piso en Cartagena. No sé qué chaladura le ha entrado con recordar su juventud.

La chica estaba que trinaba con sus padres. Eran mayores, y al llegar ella como una sorpresa tardía, no tuvieron más hijos. Su padre, sargento de la Guardia Civil, acababa de jubilarse. Vanesa estaba convencida de que los hombres tan activos, con el retiro, se chiflaban un poco. No le veía otra explicación al hecho de que, sin comerlo ni beberlo, hubiera decidido vender la casa de Alorcón para adquirir un piso en Cartagena, con la excusa de que en aquella ciudad hizo la mili y fue allí donde conoció a su madre. Como si el recuerdo de su romántica juventud fuera motivo suficiente para que él, su santa madre y el perro, también agente canino jubilado del cuerpo, se mudaran en un visto y no visto a la otra punta de la Península.

—Para colmo, con lo cabezota que es mi padre —continuó Vanesa explicándole a su compañero—, seguro que no querrá ni oír hablar de llamar a un pintor. Mira... Me tiene medio loca, te lo juro. Si al menos estuviera yo allí para ayudarles, me encargaría de impedir que se subiera a una escalera. A mi madre seguro que no le hace ni caso y... —miró a su compañero, que la escuchaba con una paciencia estoica—. ¡Y tú deja de fumar, que es malísimo!

Pablo expulsó el humo por la nariz y se encogió de hombros.

—De algo tengo que morirme.

Ni dicho adrede. En ese momento se escuchó un motor. Un vehículo apareció a la salida de la curva haciendo un quiebro peligroso hacia ellos, por un palmo escaso no arrolló al joven guardia.

—*Mecagüentodo*, si antes lo digo...

De no ser porque dio un salto hacia la cuneta, un todoterreno se lo habría llevado por delante.

\* \* \*

El Toyota Land Cruiser se detuvo en la curva siguiente y su conductor apoyó los brazos sobre el volante, con el susto todavía en el cuerpo.

—Joder, la que has estado a punto de armar por esquivar a un conejo —farfulló Rafa desde el asiento del copiloto.

Diego sacudió la cabeza. Sí, su hermano pequeño tenía razón, pero el volante no se le habría desmandado de no haber ido hablando por el móvil

cuando el conejo inoportuno decidió cruzar la carretera. Y todo por avisar a su tía de que iban hacia la masía para recoger a las niñas. Miró por el retrovisor y cerró los ojos a la vez que maldecía su suerte, al ver aparcar justo detrás el Land Rover de la Benemérita con el pirulo luminoso encendido. Por el rabillo del ojo observó que la guardia que saltaba del vehículo oficial tenía una mirada de bruja que daba miedo. Las cosas empeoraban por momentos. Bajó la ventanilla y mentalmente improvisó una colección de disculpas.

—Lo lamento, agente...

—Buenas tardes, ¿hace usted el favor de enseñarme su carné de conducir y la documentación del vehículo?

—¿Está bien su compañero? —se interesó Diego mirándola a los ojos.

—Por poco —respondió el aludido, por encima de la cabeza de Vanesa que se inclinaba sobre la ventanilla.

—Lo siento de veras, no comprendo cómo ha ocurrido.

—A lo mejor la culpa la tiene ese móvil que aún lleva usted en la mano —dijo ella, con ácida ironía.

—El teléfono no tiene ninguna culpa, es toda mía —farfulló Diego reconociendo su error.

—Y el conejo que se nos ha cruzado en ese momento, señorita agente —apuntó el otro ocupante del todoterreno—. O coneja, cualquiera sabe.

Para colmo de males, a Rafa, que llevaba un par de copas más de las que aconseja la prudencia, le entró un ataque de risa de lo más impropio. Diego dio un codazo a su hermano menor, sin dejar de mirar a la guardia que entornaba los ojos de una manera nada tranquilizadora. Con lo mona que era aquella rubia, incluso con el pelo recogido en una coleta tirante, lo miraba con una cara de mala uva que le hacía sentirse increíblemente pequeño a pesar de su metro ochenta y cinco de estatura.

—No entiendo de esas cosas —zanjó Vanesa, dejando claro que le importaba muy poco el asunto del sexo del conejo de marras.

—Verá, agente —intervino Diego—, venimos de una boda y ahora mismo me esperan para recoger a mis hijas en Torrevelilla.

—Pues más cuidado la próxima vez —dijo ella, con tono acre a la vez que iba formulando la correspondiente denuncia por conducir hablando por teléfono.

—A sí que no entiende de los animales del campo —insistió Rafa. Diego fusiló a su hermano con una mirada asesina.

—Pues no —dijo la chica, sacando la libreta de las multas.

—¿Y de la fauna del mar entiende, señorita guardia?

Vanesa miró a Rafa a los ojos; estaba claro que iba algo pasado de alcohol porque si no a qué santo le venía con aquel tratamiento tan florido cuando de ordinario la llamaba por su nombre y de tú. Al conductor apenas le conocía, sabía que era el hijo mayor de Tomás y Manuela, los mesoneros, y de oídas estaba al tanto de las circunstancias de su vida y del porqué de su regreso a Tarabán para ejercer su profesión de veterinario. Pero Rafa y ella, que eran de la misma edad, se tenían más que vistos como para andarse con tonterías.

—Pues sí, de eso si entiendo algo, aunque no lo creas —dijo para seguirle la corriente, y era cierto, ya que había nacido y crecido en Benidorm, ciudad en la que su padre estaba destinado por aquellos años.

—Ya que entiende de mar... ¿esto qué diría que es, señorita agente? —preguntó palpándose la bragueta—. ¿Pulpo o calamar?

A Vanesa casi se le salen los ojos de las órbitas. Porque estaba de servicio, que si no le habría arreado un par de guantazos.

—Cierra el pico, gilipollas —masculló su hermano dándole un codazo, mientras Rafa continuaba desafiando a Vanesa con una sonrisilla etílica—. Disculpe al idiota de mi hermano, se lo ruego. Estos chavales es que no saben beber. Venimos de una boda...

—Usted no habrá bebido solo agua, supongo.

Pablo, que le vio las intenciones, cogió por el brazo a su compañera.

—Vanesa... —quiso frenarla; el tipo había cometido un error, pero no era justo que pagara todo el mal humor que su compañera llevaba almacenado. Ella se zafó del agarre de Pablo con un ágil movimiento, sin hacerle el menor caso.

—Sí, he bebido un par de copas, no voy a negarlo —reconoció Diego, con creciente cabreo al adivinar por dónde iba a salirle la chica de verde—. Pero estoy en perfectas condiciones para conducir.

—Permítame que eso lo decida yo.

Diego tenía claro que era una locura conducir por aquellas carreteras con más alcohol en el cuerpo del permitido, que no se debía hablar por teléfono con una mano y sostener el volante con la otra. Sí, era terrible e imperdonable haber estado a punto de arrollar a un guardia civil en una curva. Pero le enfureció la sonrisa de suficiencia de aquella bruja rubia, propia de quien sabe que tiene la sartén por el mango, y se le agotó la paciencia.

—Pues permítame también decirle a usted que venimos de fiesta, que no

estoy borracho, que con una multa tengo bastante y que no me apetece nada que un picoletto con tetas acabe de joderme el día.

Vanesa lo asesinó con la mirada.

—Pablo —pidió sin apartar la vista del bocazas del Toyota—, tráete el alcoholímetro que este ciudadano tiene muchas ganas de soplar.

\* \* \*

—Así que ese de ahí es el que te trae medio loca —comentó Vanesa.

Ella y su compañera Lola eran las dos únicas mujeres del cuartelillo. Mientras a Vanesa la tenían por la dura, la Lara Croft del acuartelamiento, su compañera era la protegida de todos, ya que le había costado adaptarse a ese destino más que a ninguno. Vanesa, como el resto de guardias, se alegraba mucho de ver a Lola contenta y cada día más a gusto en el puesto de la Guardia Civil de Tarabán.

Compartían una Coca Cola en el mesón, a modo de despedida, ya que Vanesa había conseguido por fin el permiso que solicitó y esa misma tarde se marchaba a Cartagena a ayudar a sus padres con la mudanza y la pintura del piso nuevo.

Lola miró con disimulo hacia la mesa donde Rafa tomaba café con su hermano mayor.

—El veterinario te mira mucho —comentó—. Se ve que le gustas más con ropa de calle.

Lola vestía de uniforme, pero Vanesa, ya libre de servicio, llevaba unos vaqueros de cintura baja y una camiseta roja que se le resaltaba el pecho, de por sí llamativo, disimulado en horario laboral tras el corte insulso de la camisa reglamentaria.

—No creo que me mire por eso ni que le guste un pelo —opinó, escudriñando de reojo al aludido—. Es más, debe odiarme, porque el otro día le casqué una multa que no se le va a olvidar así como así.

—¿Por qué?

—Por simpático.

Diego, en cuanto notó que lo miraba, fingió no verla. En cambio, Rafa observaba a Lola con un descaro que daba gusto. Ella lo miró a hurtadillas y se le escapó una risa tonta.

—¿A que es mono?

—Un encanto —masculló Vanesa; no había olvidado el chiste marrano del pulpo y el calamar.

—¿A que no te imaginas cómo me entró? —explicó con una mirada

maliciosa y con tono de confianza—. Al principio todo eran miradas.

—Por tu parte y por la suya —adivinó Vanesa.

—Pues sí —aceptó con cara de niña traviesa—. Luego, empezamos a hablar. Ya sabes, conversaciones que no van a ninguna parte con mucha mirada y ahí quedó la cosa. Una tarde, estaba yo sentada en un banco del parque leyendo tan tranquila, se me acercó y, así a bote pronto, me suelta:

«Tengo una cosa para ti que empieza por P y acaba por A.»

—¡Anda, qué difícil! Po-lla —ironizó, con los ojos fijos en el rey de las ocurrencias—. Cuánta sutileza.

—¡Pues no! Aunque eso mismo fue lo que pensé, lo reconozco —adelantó Lola—. Cuando yo ya estaba fusilándolo con los ojos y a punto de partirle la cara... Me plantó en las manos un libro de poemas de Benedetti.

—¿Poesía? —questionó Vanesa con los ojos muy abiertos.

—Empieza por P y acaba con A —recalcó Lola—. ¡Me dejó tan sorprendida que me dio un ataque de risa!

Vanesa y Lola se echaron a reír al recordar el momento.

—Mira por dónde, Rafa empieza a caerme bien —reconoció Vanesa—. No hay nada como un hombre con sentido del humor.

Tuvo que aceptar que tenía gracia para impresionar a una chica, a pesar de la broma bastorra que le dedicó a ella el día de la multa. Debió ser cosa del alcohol, se dijo Vanesa para disculparlo.

Lola asintió sonriente, ella también adoraba a los hombres que sabían hacerla reír.

—Toda la noche estuve leyendo, del tirón me lo acabé —confesó con un suspiro.

—Tienes suerte —opinó Vanesa—. A mí ya me aburren los guaperas que se las dan de castigadores.

—Rafa no es feo.

Vanesa se quedó mirándolo...Y aprovechó para dar un repaso concienzudo también al hermano mayor. No, no eran nada feos. Todo lo contrario. Ambos eran altos y delgados, con su puntillo desgarbado. De ese tipo de hombres pura fibra, que se mueven con la elegancia de un gato y la ropa les sienta como un guante.

—Así que te derritió con el truco romántico del libro de poemas.

—¡Sí! Madre mía, qué locura de fiesta nos pegamos el día de la boda —comentó Lola con expresión golosa.

Vanesa dio un trago a su Coca-Cola y a la vez una mirada larga a los dos

hermanos, hijos del dueño, quien, desde la barra no quitaba ojo a la mesa de sus vástagos ni dejaba de mirar a las chicas con una sonrisilla disimulada.

—Entonces, ¿hubo pinchito después de la fiesta? —indagó Vanesa, imaginando que el uno y la otra debieron de poner la guinda a la boda con una sesión de sexo salvaje.

—Pinchitos, banderillas, lanzas, jabalinas... —corroboró Lola. De nuevo se echaron las dos a reír.

Lola se estiró en la silla, con una mirada perezosa.

—No sabes lo bien que sientan los polvazos mañaneros.

Vanesa miró a la otra con ojos acusadores.

—Y yo toda preocupada porque no volviste a dormir a la Casa Cuartel y no contestabas al móvil, mientras tú y nuestro amigo el ingeniero agrícola de la Casa Grande os entreteníais en fornicar como conejitos.

—Ni te imaginas —comentó guiñándole un ojo.

—Bueno, ¿y qué? Dicen que de una boda sale otra.

—Calla, calla, si es un crío.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—Pues ya tiene uno más que tú y los mismos que yo.

—Sí, pero no creo que sea de los que van en serio.

Vanesa miró hacia la mesa lejana, sin entender a qué venía la sonrisa de Diego y por qué se levantaba hacia la barra a hablar con su padre.

—¿Tú quieres algo serio? —preguntó a su compañera.

Lola se encogió de hombros.

—Lo único que tengo claro es que no quiero ser una amiguita con derecho a roce ni ser una muesca más en su revólver. El tiempo dirá.

—Ese chico te tiene pillada, se te nota en la cara.

—Un montón —suspiró—. Pero si sus trucos de encantador de serpientes le funcionan con otras, conmigo va a aprender lo bien que se me da hacer la cobra.

—Con lo buenecita que pareces...

Lola le guiñó un ojo; ser buena no estaba reñido con ser lista.

Vanesa miró hacia la mesa de los chicos con disimulo. Por mucho humor ingenioso que derrochara, ella no sentía la más mínima atracción por Rafa.

En cambio, con el hermano mayor sí que estaría dispuesta a darse un homenaje. Lástima que fuera tan borde.

Tomás, el dueño del mesón, se acercó a la mesa que ocupaban las chicas con una servilleta de papel. A pesar de llevarla doblada en cuatro, se transparentaba algo escrito. El hombre les plantó delante un plato recién salido de la cocina que olía a gloria.

—De parte de mi chaval mayor —dijo, entregándole la servilleta a Vanesa.

Ella la leyó sin perder ni un segundo.

***Estás increíblemente guapa cuando sonríes. Así que mejor tomémonos las cosas con humor. Ah, y te perdono lo de la multa...***

«¿Te perdono?», se repitió incrédula. Vanesa miró el plato que acababa de invitarlas el mesonero y frenó a Lola que ya se disponía a pinchar con el tenedor en alto.

—Ni se te ocurra —avisó con tono lapidario.

Alzó la mirada, pero en la mesa del fondo ya solo quedaba Rafa que la miraba con cara de cachondeo. Diego había desaparecido. Y no, a diferencia de su amiga, ella no se derretía ante la peculiar agudeza humorística del veterinario. Junto con la nota le había hecho llegar una ración de calamares a la romana.

\* \* \*

Vanesa se lanzó calle abajo, plato de calamares en mano, con una energía fruto de la furia.

—«¿Pulpo o calamar?»—repetía por lo bajo—, qué gracioso. Y caminó hasta encontrar la casa que andaba buscando.

—El señor veterinario no está —anunció desde el balcón la vecina, al verla tocar el timbre con tanta insistencia.

—¿Ah, no? —indagó mirando hacia arriba.

La mujer tenía fama de cotilla, seguro que no tardaría en darle razón de su paradero.

—Ha salido hace un rato con las niñas. Iban a los columpios del parque.

—Entonces, digo yo que tardarán.

—Pues una hora por lo menos.

Vanesa miró la puerta de madera de la casa de Diego. Después miró el plato que aún llevaba en la mano y tuvo la péfida idea. Alzó la vista hacia la vecina, sonriendo como un ángel maligno.

—Señora Ricarda, ¿no tendrá por ahí una caja de herramientas?

Dicho y hecho. En cuanto la mujer le bajó los útiles que necesitaba, se puso manos a la tarea y una vez acabada su faena, se sacudió las manos

contemplando su venganza. Se despidió de la vecina, que no salía de su asombro y miró el reloj. Era hora de ponerse en camino, puesto que desde la provincia de Teruel a Cartagena tenía la tira de kilómetros de autovía por delante.

Regresó a la Casa Cuartel, en busca de su equipaje y de su coche, pensando en la cara que pondría el tal Diego cuando regresara del parque y viera los calamares a la romana clavados con tachas en la puerta de su casa, como un remedo mal hecho de los aros olímpicos.

Ya andaba a la altura de Vinaroz, para incorporarse a la autopista, cuando sonó el pitido de su teléfono que anunciaba un mensaje wasap. Vanesa paró a estirar las piernas en el área de servicio. Mientras removía en azúcar de su café cortado, miró la procedencia del mensaje y se quedó boquiabierta. Eso sí que no se lo esperaba. Se preguntó cómo y gracias a quién había averiguado Diego su número de teléfono. Leyó el texto y no pudo evitar una sonrisa. El veterinario tenía agallas, de eso no había duda.

***Aún no he conseguido darle a mi hija mayor una explicación sensata que justifique qué coño hacían esos seis calamares clavados en la puerta de casa. Es una pena que no te gusten, porque a mi madre le salen de lujo. Lo tendré en cuenta. La próxima vez la tapita será de pulpo.***

Y como despedida, el emoticono de un demonio con cuernecillos y sonrisa maligna.

\* \* \*

Cuando Vanesa llegó a Cartagena se tranquilizó al saber que, gracias a la insistencia de su madre, el sargento Morales, o sea, su padre, había claudicado y contratado los servicios de un pintor. El pisito lucía monísimo con las paredes en colores suaves. Pero nada que ver con la casa adosada de Alcorcón. Los cincuenta metros de aquel apartamento parecían mucho más pequeños de lo que se intuían en el plano que sus padres le enviaron por correo electrónico. Una monada con vistas al puerto, ideal para una pareja. El problema estribaba en que sus padres eran un matrimonio de tres. El miembro de cuatro patas del trío matrimonial, un enorme pastor alemán acostumbrado a correr al aire libre.

—No sé qué le pasa a Thor, míralo —decía su padre, sin apartar la vista del que fue durante años su compañero de trabajo.

El perro languidecía tumbado en el suelo de la diminuta cocinilla, más aburrido que un vendedor de hielo en Siberia.

—Sí lo sabes, Manolo —le contradijo su mujer—. Lo que le pasa al

pobre animal es que no se adapta a vivir entre cuatro paredes.

—¿Y qué vamos a hacer? —se preguntó Vanesa, con las manos en las caderas sin dejar de contemplar al pobre perro.

Le dolía verlo tan triste. El Thor que recordaba no parecía el mismo, acostumbrada a verlo de niña con el arnés de la Guardia Civil, con su padre llevándolo de la correa tan orgulloso. Como suele ser costumbre, su padre, que siempre fue el agente a cargo del perro mientras cumplió su servicio en la Unidad Canina del Cuerpo, fue quien lo adoptó cuando, tras años de servicio a la sociedad, empezaron a fallarle las piernas. Ya jubilado, Thor disfrutaba en Alcorcón de un merecido retiro, con un jardín para él solo y diarios paseos por el campo. Hasta que el sargento Morales, su guía y compañero de fatigas de toda la vida, tuvo la brillante idea de mudarse a un diminuto apartamento en Cartagena.

—Una solución tenemos que buscar, Manolo —apuntó la mujer, con mucho sentido común—. Por mucho que te duela tenerlo lejos, amarrarlo aquí con nosotros es cruel y egoísta, sabiendo que el perro no está a gusto. El hombre cabeceaba, abrumado por la preocupación. Quería mucho a aquel perro, desde que era un cachorro. Lo importante era la felicidad del animal y lamentó no haber pensado en su bienestar cuando le entró el arrebató del traslado a Cartagena. A Alcorcón no podían volver porque habían vendido la casa y, si se le ocurría sugerir una nueva mudanza cuando aún no estaban ni medio instalados, su paciente esposa iba a ser capaz de asesinarlo. Miró al animal, siempre tan activo y juguetón, cualidades que lo hicieron idóneo para convertirse en perro policía. Y maldijo en silencio al verlo bostezar con la mirada perdida de puro hastío. Su querido Thor no era ni la sombra de lo que fue.

—¿Y si me lo llevo conmigo al cuartel, a Tarabán? —sugirió Vanesa como posible solución.

Sus padres se miraron entre ellos y contemplaron al perro con infinita tristeza, ante la idea de tenerlo tan lejos. Pero en los montes del Bajo Aragón seguro que sería más feliz. Y en un cuartel, rodeado de hombres de uniforme que jugarían con él, como había vivido la mitad de su vida.

—No es mala idea —aceptó su padre, con un suspiro—. ¿No te pondrán problemas en el puesto?

Vanesa negó muy convencida.

—Seguro que no. Con nosotros ya vive Chispa, una perrita abandonada que recogió una patrulla. Además, Thor es uno de los nuestros —alegó

convencida, aludiendo a la condición de agente canino retirado—. ¿Cómo van a negarse?

## Capítulo 2

### TORMENTA DE JUNIO, GOLPEA COMO UN PUÑO

Los problemas de Javier Parrondo, brigada al frente del puesto de Tarabán, comenzaron en el momento en que vio saltar al pastor alemán del asiento trasero del Peugeot 205 de la guardia Morales.

—No insistas, Vanesa. En la Casa Cuartel no puede quedarse.

—Pues no entiendo por qué no me da su permiso, mi brigada —protestó, cruzada de brazos, con la cabezonería de una niña tozuda en lugar de comportarse como una mujer sensata y acostumbrada a acatar órdenes de un superior.

—Vanesa, los dos sabemos que este no es el mejor sitio para tu perro, por muy picoletito que sea su corazoncito.

—Pero a Chispa si la dejaste quedarse —alegó, retornando al tuteo que utilizaban entre ellos cuando no se trataba de trabajo.

Javier resopló, harto de explicárselo. Maldita la hora en que aceptó a la pointer como mascota de la casa cuartel. Claro que, quién se habría negado cuando la pareja de guardias apareció con aquella cachorrita indefensa con una pata dislocada.

—Chispa es un perro de caza y vive medio asilvestrada, entra y sale del cuartel cuando le da la gana. ¿Es esa la clase de vida que quieres para este perro? Sinceramente Vanesa, me parece que no te has parado a pensarlo. Un pastor alemán de esa edad se merece algo mejor.

Ella lo miró con una idea brillante en mente.

—¿Por qué no lo adoptas tú? Susana estará encantada y como ya no vives en el cuartel...

Javier negó con la cabeza con gesto tajante. Con los imprevisibles turnos de guardia de Susana como enfermera, por no hablar de la locura de sus propios turnos de trabajo, adoptar un animal suponía precisamente eso: una locura de las gordas.

—Ni pensarlo. Para empezar, vivo en una casa en el centro del pueblo — adujo; se refería al segundo piso de la casa del abuelo de Susana, que

antaño se usaba como granero; al casarse la habían reformado como vivienda propia, independiente de la planta baja y el primer piso que usaban el resto de la familia por temporadas—. Mi mujer trabaja fuera, yo también, el perro se pasaría el día solo y encerrado entre cuatro paredes. Para eso, mejor que se hubiera quedado en Cartagena.

—Eso es verdad —reconoció—. Además, mis padres lo cuidan de maravilla.

—Pues eso es lo que tenemos que buscarle, una familia que lo cuide como un rey. Después de años al servicio de los demás y con tantas vidas como ha salvado, creo que es lo mínimo que se merece.

Vanesa asintió, asumiendo que Javier llevaba razón. Thor había rescatado

infinidad de personas sepultadas en derrumbes y terremotos, desde Lorca a Turquía. Allí donde fueran requeridos acudían el perro y su padre, pero se había hecho mayor, se resentía de los huesos y merecía todo el cariño y cuidados durante los años que le restaban de vida.

—Bueno, pues ahora mi problema suma y sigue. A ver cómo consigo encontrar a las personas adecuadas que cuiden de él.

Javier la miró a los ojos y alzó las cejas, en un gesto de muda pregunta.

—Me parece que los dos sabemos quién es la persona idónea para ayudarnos a encontrarle un hogar a Thor, ¿o no?

\* \* \*

Era cierto. Vanesa sabía que nadie mejor que el veterinario que atendía las explotaciones ganaderas de media comarca para echarle una mano en su empeño. Con todo, asistía un poco inquieta a la conversación que mantenían Diego y Javier mientras su superior explicaba la situación.

—No creo que tengamos problemas para encontrarle una familia —opinó el veterinario, mirándolos por turnos—. Pero antes, vamos a ver qué tal está este campeón.

Si algo de enemistad le quedaba a Vanesa cuando entró en la planta baja de la casa de Diego, donde estaba instalada su clínica y despacho, se esfumó al verlo examinar al perro con esmero. Era evidente que había escogido la medicina de animales por vocación. A Vanesa la enterneció su interés por la salud de Thor y verlo interactuar con el perro con tanto afecto.

—No debemos de preocuparnos más que por los achaques propios de la edad. ¿Lo están tratando para el desgaste de los huesos de la cadera? —le preguntó.

—Está tomando esto a diario. Y estas pastillas sólo cuando le duele — dijo Vanesa, entregándole la caja de analgésicos y la del suplemento para el cartílago que su padre le dio antes de marchar de Cartagena.

Diego examinó las medicinas.

—Por ahora, si le va bien, mantendremos este tratamiento.

Javier interrumpió la conversación sobre la salud canina.

—Se me hace tarde —informó tras ojear el reloj de la pared—. Diego, ¿ya tienes alguien en mente que esté dispuesto a acogerlo en su casa?

—Sí, creo que tengo a la pareja idónea.

—Yo me marchó, ya me contarás cómo queda la cosa —dijo a Vanesa antes de marchar; y luego se dirigió a Diego—. Y gracias por todo.

—No tiene importancia, hombre —aseguró estrechándole la mano.

Cuando se quedaron solos, el veterinario miró a Vanesa que acariciaba la cabeza de Thor. No vestía el uniforme, así que supuso que no estaba de servicio esa tarde.

—¿Te apetece acompañarme a ver si convengo a las personas que creo que pueden hacerse cargo de él?

Ella alzó el rostro, con expresión agradecida.

—Si no te importa... —dudó—. Así me quedo más tranquila.

Diego sonrió despacio y dio un par de palmaditas a Thor en el costado para indicarle que lo siguiera.

—Vamos.

\* \* \*

Nico cruzó los brazos con el ceño fruncido.

—Está bien, el perro se queda —aceptó a regañadientes; y se dirigió a Diego con una mirada de aviso—. Pero solo como una solución temporal, ¿estamos?

Vanesa y el veterinario asintieron aliviados. Entre otras cosas, porque el flechazo que sufrió Thor en cuanto vio a Nicolás Román fue de los que solo ocurren en las novelas. El pastor alemán no se separaba de Nico, sentado a su lado como un centinela guardián. Parecía que fuera el perro quien acababa de adoptar a su nuevo amigo humano y no al revés. Ni a Diego ni a ella les pasó desapercibida la alegría en la expresión de Max, que fue quien insistió en que Thor se quedara con ellos.

—No te preocupes que no voy a dejar de buscarle una familia definitiva — aseguró Diego a su amigo de juventud—. Solo te pido que tengas un poco de paciencia.

—No es que no me gusten los animales —explicó Nico—. Sencillamente, no me hago a la idea de asumir las obligaciones que conllevan. Una mascota, o se tiene en condiciones o mejor no tenerla.

Diego asintió, cruzado de brazos.

—No critico tu postura, todo lo contrario —confirmó—. Me parece la más sensata y la más consecuente.

—Un animal no es un capricho —opinó Vanesa.

Max pasó un brazo por encima del hombro de Nico. Conocía lo suficiente a su marido como para adivinar que ya empezaba a encariñarse con aquel perro veterano de pelaje soberbio. Y estaba claro que la admiración era mutua porque Thor ni se movía de su lado.

—A nosotros nos gusta viajar —alegó el cocinero televisivo—. Llevamos una vida tan liada que en cuanto tenemos un hueco, aprovechamos para subirnos a un avión. Y no me apetece irme por ahí pensando que hemos dejado al perro solo en casa...

—Solo no, Nico —intervino Max—. Tampoco exageres, que está el personal de la finca.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Te aseguro que yo preguntaré también, a ver si entre todos le encontramos un hogar lo antes posible —indicó Vanesa.

—Bueno, bueno, tampoco te lo tomes como algo urgente que no hay prisa. Thor puede quedarse con nosotros el tiempo que sea necesario —decidió, acariciando la cabeza del animal.

Como Diego tenía varias visitas que realizar a las granjas de la contornada, para revisiones de rutina al ganado, obligatorias para evitar epidemias, sugirió a Vanesa que era hora de irse.

—¿No te importa dejarme de camino en el cuartelillo? —pidió ella.

—Claro que no.

\* \* \*

Hasta que no quedó bien atrás la Casa Grande, Diego no se atrevió a confesarle la idea que le rondaba en la cabeza desde hacía rato.

—Al final va a resultar que eres una buena chica —dejó caer. Vanesa lo escrutó con una mirada que exigía explicaciones y él se echó a reír al verla.

—Aunque me dedique a poner multas y quitar puntos, ¿no? —adivinó.

—No te subestimes, ya sé que te dedicas a tareas más importantes que eso. Y no hablemos de los puntos, que cada vez que pienso en los que me van a restar del carné de conducir se me calienta la boca.

—Eras tú quien iba hablando por el móvil.

—Podrías haber hecho la vista gorda —apostilló, mirándola de reojo.

—Y tú podrías haberte despeñado por un barranco si el coche, en lugar de a la izquierda, se te hubiera ido hacia la derecha.

—Tú ganas. No voy a discutir porque tienes razón —aceptó para dejar el tema de lado—. Pero a lo que iba: me has sorprendido. Alguien que muestra tanto cariño por un perro, de ningún modo puede ser mala persona. Vanesa se encogió de hombros, sin entender el porqué de su sorpresa, ya que para ella era algo natural como el respirar.

—Thor no es un animal de compañía, es uno más de la familia.

Él asintió brevemente y condujo sin añadir nada más. Vanesa no llegó a sospechar lo hondo que calaron en Diego aquellas pocas palabras. Tenía la certeza de que la rubia con mal genio que se sentaba a su derecha, distraída en observar el paisaje a través de la ventanilla, era una mujer con un corazón inmenso.

\* \* \*

El fin de semana pasó como una exhalación para Vanesa. Aprovechó que no le tocaba guardia para hacer un viaje relámpago a Cartagena. Y el tute de carretera le pasó factura porque el lunes se levantó cansada y somnolienta.

Mientras su compañero Pablo hablaba con el mecánico encargándole la revisión de las motos del puesto, ella aprovechó para acercarse al mesón a tomar el segundo café de la mañana.

—Está pagado —indicó Tomás, el mesonero, cuando ella se echó la mano al bolsillo, y señaló con la cabeza a su hijo mayor que en ese momento se despedía de su madre en el umbral de la cocina.

—Gracias —dijo cuando Diego estuvo a su lado. Él miró el reloj de la pared.

—¿Tienes tiempo de tomártelo conmigo ahí fuera en la terraza?

—Sí, creo que sí —aceptó con una sonrisa.

Mientras ella salió y fue hasta el taller mecánico a pedirle a su compañero unos minutos antes de continuar con la ronda, Diego sacó la taza de Vanesa a la calle y otra para él.

—Deja que te ayude —se ofreció, acercándose al verlo con las dos manos ocupadas.

—Será que no he servido miles de cafés en este bar —comentó, recordando sus tiempos de estudiante.

Vanesa ya lo suponía. Hasta que Rafa empezó a trabajar en la bodega de

la Casa Grande, era habitual verlo detrás de la barra echando una mano. El mesón era un negocio familiar en el que solo se contrataban camareros como extras en fechas excepcionales. Tanto Diego como Rafa habían ayudado a sus padres desde bien pequeños; y mucho más durante los años en que fueron estudiantes.

Se sentaron frente a frente. Diego estiró las piernas, era tan alto que Vanesa tuvo que plegar las suyas debajo de la silla.

—Un pequeño descanso —comentó a la vez que se echaba el sobrecito de azúcar—. Dentro de un cuarto de hora salen las niñas del colegio y aún tengo que hacer la comida.

Vanesa dio un sorbo de café, sin dejar de observarlo. Estaba aburrida de salir con niños que se tomaban la vida en broma. Y no tenía que ver con la edad, ella conocía a hombres en mitad de la treintena que eran auténticos idiotas malcriados. Por eso le resultaba doblemente admirable con qué madurez asumía Diego las obligaciones hacia sus hijas, ya que la vida lo había obligado a ejercer a la vez de padre y de madre. Cada vez se sentía más atraída por aquel hombre con la cabeza tan en su sitio.

—¿Cómo se llaman tus niñas?

—Laura y Elena —dijo mirándola a los ojos—. Los eligió Paula.

—Qué nombres tan bonitos. Los tres.

—El tuyo también lo es —dijo tomando un sorbo de café. Ella hizo una mueca.

—A mí me gusta, pero todo el mundo piensa que es muy *choni*.

Diego le levantó la barbilla con un dedo.

—Pues diles de mi parte que Vanesa es el nombre de una mariposa. Uno de los animales más bellos que ha dado la naturaleza. Y a ti te queda perfecto.

Ella esbozó una sonrisa y estudió sus ojos, sin creerse del todo que allí, en medio de la plaza y a la vista de los curiosos, hubiese decidido iniciar el juego de la seducción.

—¿Sabes dar besos de mariposa? —curioseó Diego.

—Pues no.

Él rio con suavidad.

—Mis hijas sí saben —dijo, y la sonrisa se le esfumó—. ¿Cuántos años tienes, Vanesa?

La rapidez con la que apartó la mano y la cautela en su tono de voz, fueron para ella como un jarrazo de agua helada.

—Veinticinco. ¿Y tú?

—Dentro de nada cumpliré treinta y cinco.

Ella adivinó a qué se debía su repentina seriedad.

—¿Tanto importa la edad?

—Sí.

Vanesa apuró su café, de repente se le habían quitado las ganas de charla. Con una parca despedida de trámite, le dio las gracias y se alejó en dirección al taller mecánico profundamente dolida e irritada. El hecho de que la pregunta acerca de su edad la hiciera tras mencionar a sus hijas, permitía adivinar que la consideraba demasiado joven para una relación seria. Pero no para un polvo rápido y sin compromiso, si no, a qué cuento venían las miraditas, la caricia en la barbilla y hablar de besos.

Vanesa no soportaba a la gente con prejuicios y ella se consideraba toda una mujer. Si por diez años de diferencia la veía como una cría, quizá el veterinario guaperas no era tan inteligente como pensó en un principio.

## Capítulo 3

### JULIO CALIENTE, QUEMA AL MÁS VALIENTE

A principios de Julio, Diego aprovechó las vacaciones escolares para que Laura y Elena disfrutaran de un par de semanas de playa con sus abuelos maternos.

Estaba solo en Tarabán y era noche de fiesta, así que salió de casa con el ánimo dispuesto a tomarse una copa y disfrutar del ambiente verbenero. En la plaza de la Iglesia, una disco-móvil llenaba la noche con un rabioso *reguetón*. La habían contratado con motivo de la festividad de San Cristóbal, patrono de los conductores. En una comarca rural como el Bajo Aragón, y en las vecinas, era una fiesta muy celebrada por la cantidad de chóferes que se dedicaban al transporte de ganado y cereales.

Al llegar a la plaza, Diego fue directo en el mesón y salió de allí con un vaso de tubo en la mano. Se apoyó en una esquina solitaria y se dedicó a observar al personal. El baile estaba a reventar de gente. No le costó distinguir a la mayoría de guardias jóvenes del cuartel. En realidad sus ojos buscaban a Vanesa que, entre risas y bromas, empezó a perrear con otro guardia jovencillo en cuanto comenzó a sonar una canción de Daddy Yankee. Con tanto contoneo y refriega, aquello era lo más parecido a una danza del apareamiento. Diego dio un trago sin dejar de mirar a Vanessa, tenía gracia para moverse. La Naturaleza en estado puro, pensó por defecto profesional. Instinto animal: la hembra se ofrece y el macho se encela por cubrirla. Con algo muy similar a la rabia bulléndole en la boca del estómago, Diego entornó los ojos y desechó de manera tajante las comparaciones zoológicas. No le hacía la menor gracia contemplar ante sus ojos los preliminares de la cópula de esa hembra en concreto. Cuando apuró los dos dedos de *whisky* que le quedaban y los cubitos de hielo le golpearon los labios, reparó en que podía haberse bebido media docena sin saborearlo siquiera porque los meneos sensuales del culo de Vanesa le tenían absolutamente hipnotizado.

Entró de nuevo en el mesón, pero esa vez salió con un vaso en cada mano y la estrategia clara en mente: apartar a la chica de verde con el cuerpo

más apetecible de la zona del resto de machos de la manada. Sorteó a la multitud y se plantó delante de Vanesa ofreciéndole una copa en silencio. Ella, encantada con el detalle, lo recibió con una enorme sonrisa y un par de besos en las mejillas que dejaron a Diego pasmado. Y aprovechando la euforia de Vanesa, la cogió de la mano como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo y se la llevó de allí.

En el rincón más apartado de la plaza compartieron dos copas más, con mucho tonto y cruces de miradas. Diego se lanzó con un primer beso en el pulso de la muñeca. Vanesa, como quien no quiere la cosa, sonrió y le apartó a Diego el pelo de la frente. La conversación y el *whisky* fueron a más, las bromas con doble sentido subieron de tono y Diego aprovechó que Vanesa echó la cabeza hacia atrás muerta de risa para robarle un beso en el cuello que se alargó más de la cuenta.

Como una cenicienta moderna, Vanesa miró la hora en el reloj del Ayuntamiento.

—Se me hace tarde —anunció con una mueca conformista—. Mañana toca madrugar.

Diego le cogió el vaso de la mano.

—Déjame que lleve esto ahí adentro y te acompaño al cuartel.

—No hace falta, de verdad. Sé protegerme sola.

—De eso no me cabe duda —afirmó Diego, yendo hacia el Mesón. Un minuto después, Vanesa lo tenía de regreso.

—¿Nos vamos? —propuso él poniéndole la mano en la parte baja de la espalda.

Ella miró hacia los que bailaban; la mayoría de sus compañeros ya se habían marchado. Se despidió moviendo la mano de un par de guardias que aún se movían en el centro de la plaza y caminó junto a Diego en dirección a la calle mayor; la casa de él quedaba de camino, apenas cien metros antes de llegar al acuartelamiento.

Con la excusa de que la pendiente cuesta abajo se le hacía difícil con los tacones, Vanesa se agarró del antebrazo de Diego y él no desaprovechó la ocasión. La agarró por la cintura, tiró de ella y la besó con decisión. Ella le enroscó los brazos al cuello y se entregó con muchísimas ganas.

Diego se separó de su boca poco a poco, acariciándole los labios con los suyos. Vanesa lo miró a los ojos, entre satisfecha y curiosa.

—Quién iba a sospechar que el papá perfecto sabía besar como un demonio.

El comentario no fue bien recibido por Diego, porque se puso serio y le tomó las manos aún enlazadas en su cuello para que lo soltara.

Sin pronunciar palabra, continuaron camino hasta que llegaron a la puerta de su casa. Él con las manos en los bolsillos y ella haciendo equilibrios para no caerse de culo por culpa de los tacones. Incómoda, Vanesa, se esforzó en improvisar una despedida que aliviara la tensión que se había instalado entre ellos mientras Diego sacaba las llaves y abría el pesado portalón de madera. Finalmente, decidió no andarse por las ramas.

—¿Qué es lo que he hecho o dicho que te ha sentado tan mal? —le preguntó cogiéndole del brazo para que se diera la vuelta.

Diego la miró de frente.

—No admito bromas sobre ese tema.

Entonces fue Vanesa la que se puso seria, ofendida por el hecho de que malinterpretara un comentario que a cualquier otro hombre le habría hecho hincharse más orgulloso que un pavo.

—Perdóname, pero lo último que pretendía era ofenderte. Olvida que lo he dicho y pasemos página.

A pesar del tono áspero con que lo dijo, Diego se quedó admirado de su valentía a la hora de pedir perdón, un gesto que al noventa por ciento de la humanidad le cuesta tanto. Se sintió como un gusano al reconocer que su reacción había sido desmedida y aquella chica no tenía ninguna culpa de que su abrumadora vida familiar le hiciese mostrarse en ocasiones demasiado susceptible.

—Eres tú quien debe disculparme. A veces me siento juzgado...

—A lo mejor eres tú el único que se juzga y por eso ves maldad donde no la hay —contraatacó Vanesa con acritud.

Diego alzó la vista hacia las estrellas respirando hondo; después, miró a los ojos a Vanesa y la atrajo por la cintura.

—¿Me perdonas? —suplicó con un murmullo.

—Me lo estoy pensando —dijo con su característica mirada de bruja mala. Diego se inclinó sobre su boca, se moría por verla sonreír como un rato antes en la plaza.

—No entiendo cómo me gustas tanto siendo tan arisca —murmuró sobre sus labios, antes de sorprenderla con un beso tan intenso como breve. Vanesa sintió un cosquilleo de deseo irrefrenable y decidió no quedarse atrás.

—Pues yo no sé por qué me tienes el corazón loco con lo antipático que eres.

Y remató tomando su boca con un beso de puro fuego. Diego la cogió en brazos sin dejar de besarla, entró con ella en la casa y cerró la puerta de un empujón.

Ya estaban en el arranque de las escaleras cuando Vanesa lo detuvo. Diego trató de ver sus ojos en la penumbra.

—No te equivoques conmigo, porque no me gustan los rollos de follar y olvidar.

Diego la hizo callar con un beso.

—Te juro que esta noche no vas a olvidarla.

Y, con ella en brazos, empezó a subir las escaleras.

\* \* \*

Qué noche de sexo digna de apuntar en la lista de momentos memorables. Eso se decía Diego cuando despertó por la mañana.

Apenas había amanecido. Envuelto en la penumbra del dormitorio, cerró los ojos y recordó las últimas horas, en las que Vanesa y él se habían sumido en el desenfreno más caliente que era capaz de recordar. Hacía mucho que no disfrutaba tanto del placer inenarrable que proporciona el sexo con letras mayúsculas. Soltó una palabrota en voz baja, sin querer, acababa de clavarse sin querer los dientes en el labio inferior al recordar a Vanesa cabalgándolo, como una ninfa poseída por el diablo de la lujuria. Se acarició entre las piernas con un gemido, a medida que revivía las imágenes de la noche pasada gozándola en todas las posturas posibles, un orgasmo tras otro hasta la extenuación... su pene empezaba a volver a pedir atención.

Detuvo la mano al recordarse a sí mismo que estaba solo. Un despertar al que ya estaba acostumbrado pero que esa mañana le supo más amargo que los demás.

Se incorporó para observar la flacidez repentina de su miembro y pensó que alguna conexión había entre el estado de ánimo de su corazón y su sexo, porque igual de abatido se sentía por dentro ante la ausencia de Vanesa en su cama esa mañana.

Su abandono en plena noche le irritó más de lo que habría supuesto. No le parecía que largarse sin un adiós fuera el final perfecto para una primera vez; porque estaba seguro de que era eso, la primera y no la única vez que compartían algo tan bueno. En ese momento le importaba un carajo la diferencia de edad, lo poco que se conocían y la disparidad de sus caracteres que hacía que estallasen petardos cuando la chica del uniforme verde fruncía el ceño y le tocaba la moral. Vanesa era pura tentación, enfadada o cuando

sonreía con una inocencia que le encogía el alma.

Habría más noches como la pasada, se juró a sí mismo.

Tras una ducha y un café, ambos más solitarios de lo que esa mañana le habría gustado, se acercó paseando hasta el cuartelillo de la Guardia Civil. Diego preguntó al cabo de guardia, que fue hacia el interior a llamar a Vanesa. Un par de minutos después estaba de regreso, seguido de ella.

—Buenos días —dijo ella plantándose delante de él.

—Buenos días —murmuró Diego con una mirada intensa—. ¿Por qué has desaparecido esta mañana?

Ella alzó las cejas y se señaló el uniforme que llevaba puesto.

—Tenía que madrugar, el cuerpo me reclama.

A Diego a punto estuvo de escapársele de la boca «mi cuerpo también te reclama», pero se recordó dónde estaban y se guardó mucho de bromear sobre el asunto en territorio benémerito. Cogió la mano de Vanesa y se dedicó a jugar con sus dedos, contento de que ella no la retirara.

—Podías haberme despertado antes de irte. Te habría preparado el desayuno, a la hora que fuera.

Vanesa lo miró sin pestañear.

—Muy bien. La próxima vez te agobiaré para que me laves el desayuno a la cama.

Diego se obligó a no sonreír de oreja a oreja.

—¿Eso significa que habrá próxima vez?

—Eso espero —afirmó ella, sorprendiéndole con su sinceridad—. Ya te dije que no me gustan los rollos de follar y olvidar.

—Lo de anoche no fue follar —la corrigió; tiró de su mano y se inclinó sobre su oído—. Fue superfollar. Tengo el culo lleno de arañazos —susurró, sellando lo dicho con un beso en la oreja.

Ella se apartó, riendo con disimulo.

—No me digas esas cosas —rogó azorada—. Vas a conseguir que me ponga roja.

Diego observó de refilón que el cabo de guardia no les quitaba ojo y se mantuvo a una distancia prudencial.

—¿A qué hora acabas el turno, Vanesa?

—A las dos, me parece.

—¿Te apetece acompañarme esta tarde a un sitio que te va a encantar?

—¿Cómo sabes que me gustará? —cuestionó haciéndose de rogar.

—Porque lo sé.

A ella le hizo gracia que lo dijera con aire misterioso, como si se tratara de una sorpresa. Y en lugar de preguntar directamente, le siguió el juego.

—¿No vas a decirme dónde piensas llevarme? Diego negó con la cabeza.

—Te recogeré aquí mismo a las dos y cuarto. Tráete el bikini y una toalla —advirtió, a modo de despedida.

\* \* \*

¡A la playa! Eso sí que no se lo esperaba Vanesa. Si la intención de Diego era sorprenderla, acertó de pleno.

Mientras conducía en dirección a la costa, él le contó que sus suegros vivían en Peñíscola y que no quería que las niñas dejaran nunca de tener contacto con sus abuelos: Por ese motivo las enviaba con ellos parte de las vacaciones y algún fin de semana. O de tanto en tanto se acercaban los tres a pasar unos días con los padres de su fallecida esposa, por Pascua o Navidad.

Y como si el Toyota se hubiera convertido en el sitio ideal para las confidencias, Diego le fue revelando a Vanesa importantes detalles de su vida pasada. Que él y Paula se conocieron un verano en la playa, ya que ella era de esa villa marinera del norte de Castellón, y que él decidió opositar allí a una plaza de veterinario rural. Le dijo también que se casaron en Peñíscola y allí establecieron su hogar porque a ella le tiraba más la tierra que la había visto nacer y la compañía de sus padres que las montañas cada día más despobladas del Bajo Aragón.

—Y qué hay de ti —le preguntó Vanesa—. ¿Llevaste bien el cambio? Diego esbozó una casi imperceptible sonrisa de añoranza.

—Yo la habría seguido hasta la Luna, si ella me lo hubiera pedido —confesó sin quitar la vista de la carretera.

A Vanesa le calaron muy hondo aquellas palabras. Imaginó qué debía sentirse al amar con tal intensidad, y sin que su voluntad fuera partícipe en el rumbo que tomaron sus pensamientos, sintió envidia.

Diego también le contó que, tras la muerte de su mujer, consiguió lo imposible: permutar su plaza en propiedad, por otra idéntica que ocupaba el veterinario titular en Tarabán cuando este, ya cerca de su jubilación, quiso mudarse más cerca de sus hijos, que vivían en Benicarló. Pero Vanesa no le prestaba atención, se preguntaba mientras tanto si alguna vez un hombre la amaría de esa manera. No pudo evitar que los ojos se le fueran solos a la mano derecha de Diego.

—Aún llevas la alianza de casado —se le escapó; no pretendía decirlo

en voz alta.

Diego se miró la mano de refilón y retornó la vista a la carretera.

—Sí, aún la llevo —se limitó a decir.

A pesar de que Vanesa no pretendía ahondar en ello, algo muy adentro la incitó a seguir.

—Ese anillo en tu dedo solo puede significar dos cosas —opinó sin mirar a Diego—: o sigues casado con ella o lo usas para advertir a las mujeres de que no se hagan ilusiones contigo.

Diego negó con la cabeza. El tono decepcionado de Vanesa lo hizo sentirse en cierto modo culpable al recordar que la única mujer que había pasado por sus brazos y por su cama en los últimos meses era precisamente ella.

—Ni una cosa ni otra —confesó; y la miró a los ojos, aprovechando que acababa de detener el coche ante una señal de stop—. Lo llevo por costumbre, te lo aseguro.

Vanesa le indicó con una leve sonrisa que no era necesario que le diera explicaciones.

—¿Cómo era ella? —preguntó con sincera curiosidad. Diego no la miró al responder.

—Muy guapa.

E inmediatamente lamentó haberlo dicho. Vanesa era atractiva, graciosa como un gatito juguetón y su sonrisa seducía a primera vista, pero su rostro nada especial no admitía comparación con la elegante belleza de Paula.

—Me alego de que lo fuera —comentó ella, sorprendiéndole una vez más

—. Porque verás su belleza en tus hijas y así siempre te acompañará un poquito de ella.

Diego la miró durante un segundo y aceleró de nuevo. Cualquier mujer se

habría sumido en un mutismo incómodo. En cambio Vanesa, estaba tan segura de sí misma, que solo veía cosas buenas en una afirmación que otras entenderían como una ofensa. Definitivamente, era una chica especial. Continuaron el resto del trayecto hablando de todo y de nada, en apariencia, porque esa conversación intrascendente que compartieron por el camino y durante la parada para comer un bocadillo y estirar las piernas, les ayudó a conocerse el uno al otro más de lo que ambos imaginaban.

Al llegar a Peñíscola, Vanesa se arregló el pelo mirándose en el espejo interior del para-sol del copiloto. Cuando se acababa de dar una pasada de brillo en los labios, notó que el coche se reducía la velocidad. Vio que se detenían junto a la tapia de un chalé al final de una hilera de coches.

Ambos se apearon; Diego pulsó el timbre y habló por el interfono. Miró a Vanesa y sonrió con innegable satisfacción.

—Es hora de que conozcas a mis hijas —dijo a la vez que desde el interior de la casa abrían automáticamente las puertas metálicas. Tras ellas y a cierta distancia, Vanesa miró a la mujer con una niña en brazos, adivinó que se trataba de la suegra de Diego y la pequeña. Y al ver a la niña mayor con aquella sonrisa de sorpresa, sonrió tan extrañada como ella y abrió los brazos para recibirla.

Aunque fue Diego el más sorprendido de todos. Boquiabierto contempló a

su hija mayor arrancarse a la carrera. Diego las observó mientras Vanesa alzaba a Laura en el aire para darle un par de ruidosos besos. De ningún modo habría imaginado que ya se conocían.

Un segundo después, mientras cogía a su hija de los brazos de Vanesa, ella le explicó.

—¡Pues claro que nos conocemos! Laura y yo somos amigas desde hace mucho —comentó mirándolos a ambos—. Una vez al año, impartimos clases de educación vial a todos los alumnos de la escuela del pueblo, ¿a que sí?

La niña confirmó sus palabras a la vez que se comía a besos a su padre. Vanesa se acercó a la mujer, que aguardaba con la pequeña en brazos y se presentó a sí misma dándole un par de besos. La mujer hizo lo propio presentándole a Elena.

La niña gritó «¡papi!» desde los brazos de su abuela, reclamando la atención de Diego y él se acercó a cogerla en brazos también. Notó que la madre de Paula miraba a sus nietas, miraba a Vanesa y luego le miraba a él con la felicidad pintada en la cara. La mujer llevaba mucho tiempo diciéndole que debía rehacer su vida. Diego dejó a Laura en el suelo antes de coger a la pequeña Elena. «Mujeres», se dijo para sí. Adivinó los pensamientos de la abuela de sus hijas y pensó que se estaba precipitando en sus conclusiones.

A pesar de su escepticismo, sintió una inesperada paz interior al cruzar de nuevo la mirada con la madre de Paula. Diego sabía que aquella expresión risueña era su modo de dar la bienvenida a Vanesa a la vida de los tres, sin conocerla siquiera.

\* \* \*

El verano se sucedía con agradable placidez. Para Diego, la presencia inesperada de Vanesa en su vida lo hacía sentirse persona y no padre. El hecho de poder conversar con otro adulto, no solo durante las horas de trabajo, sino también durante el tiempo de ocio que pasaba con las pequeñas, era como disfrutar de un respiro. En cuanto a Vanesa, el descubrimiento de compartir su tiempo con un hombre y dos niñas, le resultaba insólitamente encantador. Quizá, porque disfrutaban con más ansia el uno del otro, bebiéndose cada minuto exclusivo para los dos, cada vez que las niñas no estaban, como el sediento que valora más que un diamante cada gota de agua.

Durante ese mes de julio, alternaron las tardes de piscina con alguna escapada a la playa. Vanesa fue con ellos, cuando Diego decidió llevarlas hasta Alcañiz a comer al Burger King como premio por las sus buenas notas de Laura. Y también fueron juntos de excursión a Dinópolis, donde pasaron los cuatro un día inolvidable, como algo muy parecido a una verdadera familia.

Los días que Vanesa tenía turno de noche, solía pasar por casa de Diego y se auto invitaba a desayunar; visitas que las niñas recibían contentas. Y cuando las pequeñas marcharon una semana con los abuelos maternos, era Diego quien la recibía con doble entusiasmo y la llevaba en brazos hasta el dormitorio, para dedicarle a ella y solo a ella cada segundo de su existencia. Fue durante una de esas mañanas cuando Diego descubrió a Vanesa mirando una fotografía enmarcada sobre la cómoda en la que aparecían él y Paula. Él aparentó no darse cuenta de ese detalle y, aunque ella jamás dijo nada al respecto, decidió que había llegado el momento de pasar la última página que cerraba ese capítulo de su vida. Nunca olvidaría a Paula, pero Diego tampoco se sintió culpable al asumir que su presencia constante en el día a día ya no le era tan necesaria.

Aprovechando el relajo estival, muchas veces, después de la cena dejaban a las niñas al cuidado de los padres de Diego y salían a dar una vuelta que, casi siempre, concluían devorándose como dos adolescentes en el asiento trasero del Toyota, oculto en algún pinar. Una de esas noches, Vanesa entrelazó los dedos con los de Diego y, sonrió sin que él la viera al notar que ya había desterrado de su mano la alianza de boda. Imaginó ese anillo guardado en el joyero, del mismo modo que atesorados llevaría para siempre los recuerdos del pasado en una parte de su corazón. Diego supo que Vanesa se había dado cuenta, pero prefirió no decírselo. Se limitaron a mirarse en

silencio. Unieron sus bocas, degustando algo desconocido y cómplice que acababa de nacer entre ellos. Y esa noche, en el incómodo habitáculo del todoterreno, hicieron el amor con una fiereza posesiva que les sorprendió a los dos.

\* \* \*

Una semana después, Vanesa notó que las fotografías de Paula iban desapareciendo de sus lugares de siempre. Y, a pesar de que era una decisión que no le concernía, se atrevió a darle a Diego su parecer.

—No debes quitarlas todas. Por ellas —aclaró, señalando con la cabeza a

Elena y a Paula que estaban distraídas viendo los dibujos animados de Peppa Pig.

Diego la llevó de la mano hacia la cocina, para poder hablar sin peligro de que las niñas escucharan la conversación.

—Ya he dejado varias en el dormitorio de las chicas.

Vanesa le acarició el pecho por encima de la camisa y ladeó la cabeza, pensativa.

—Es bueno que tengan siempre a la vista la imagen de su madre —convino

—. Pero si te interesa mi opinión... —añadió jugueteando con un botón de manera distraída.

—Me interesa.

Ella alzó el rostro y lo miró sin reparos.

—Yo creo que debes hacerles un álbum de fotos. Uno para cada una, pero sobre todo por Elena —opinó—. Laura tiene recuerdos de su madre y debes hacer lo posible porque los conserve siempre. Pero Elena no tiene ni una sola fotografía con ella. Créale tú esos recuerdos, no permitas que la olvide con el tiempo.

Tras un breve abrazo que acabó en un ataque de cosquillas, con el que Diego ocultó sus emociones, regresaron al salón y la tarde transcurrió sin que volvieran a hablar del tema.

Pero Diego tuvo muy en cuenta la sugerencia de Vanesa y pasó las semanas siguientes rebuscando entre los cientos de archivos de fotografías digitales que conservaba en el disco duro de su ordenador. Pidió ayuda a los padres de Paula y aprovecharon una excursión dominguera a Peñíscola para hacerse con las fotos familiares de la madre de sus hijas, casi todas de cuando era pequeña y de jovencita. Con todas ellas llenó dos álbumes bien

voluminosos, uno para cada niña. Desde entonces, cuando estaban solos los tres, pasaban largo rato ojeándolos y él les contaba cosas de Paula, para que Laura y Elena no olvidaran nunca a su mamá.

\* \* \*

—Tenemos un pequeño problemilla —anunció Vanesa. Diego alzó la vista, con la plancha en el aire.

Le había pedido a Vanesa el favor de que le echara una mano para entretener a las niñas mientras él se hacía cargo de la tediosa tarea de planchar la ropa. La señora que le ayudaba en las faenas de la casa estaba de vacaciones. Durante un mes, no le quedaba otra que hacerse cargo de todo, aprovechando los ratos que le dejaba libre su trabajo como veterinario.

—¡Papá pipi! —exclamó Elena en brazos de Vanesa.

Él observó desesperado el manchurrón húmedo en sus pantaloncitos rojos.

—¿*Pipi* ahora? Se pide antes, cariño, no después.

Todos le aconsejaron que aprovechara el verano, pero el proceso de quitarle el pañal a su hijita pequeña estaba resultando más frustrante que otra cosa. Elena ya tenía dos años y medio, Diego no sabía qué hacer.

—Más colada y más plancha —barbotó, con el desespero de un condenado a trabajos forzados—. ¡Por favor, que vuelva ya Mari Carmen!

Aunque sabía de sobra que su salvadora en asuntos domésticos no regresaba hasta primeros de agosto de sus vacaciones por Asturias y Galicia.

—Mírale el lado positivo, hombre —opinó Vanesa al ver su cara de frustración—. Al menos se da cuenta y lo pide, eso quiere decir que está aprendiendo, ¿verdad, cosita guapa? Ya me ocupo yo de cambiarla.

—Gracias, de verdad —dijo cuando ella ya salía con la niña por la puerta del cuartito de la lavadora—. ¿Te quedas a cenar? —aventuró Diego con expresión anhelante.

Vanesa giró la cabeza y sonrió. En su abrumada cara de súplica adivinó que en realidad le estaba pidiendo que preparara la cena.

—¡Claro! Si quieres, me ocupo yo de la cocina mientras tú terminas. Laura me ayudará, será divertido. ¿Qué te apetece?

—Algo rápido, no te compliques la vida. ¡*Pizza!* — se apresuró a pedir señalándole el arcón congelador con la cabeza—. ¿Te parece bien?

—Me parece una idea estupenda —dijo Vanesa, ensanchando la sonrisa. Aún sonreía cuando subía las escaleras para cambiar a la pequeña los pantalones mojados por otros limpios. La mirada de agradecimiento de Diego

hacía que mereciera la pena cualquier esfuerzo.

\* \* \*

Después de cenar, Diego regresó al salón, intrigado por la conversación que había oído desde la cocina mientras cargaba el lavavajillas.

—No puedo quedarme, cielo —decía Vanesa en ese momento.

—¿Por qué? —protestaba Laura.

—Porque yo tengo mi cama en el cuartel.

—¿Te reñirán si no vas a dormir? —preguntó, con una mirada de esperanza.

Vanesa se derritió al ver su carita de ilusión, y miró a Diego.

—Laura quiere que me quede a dormir con ellas —comentó para explicarle la situación.

Él reiteró la pregunta de su hija con una simple elevación de cejas. Mientras decidía, Vanesa se apartó el pelo detrás de las orejas. Al día siguiente libraba, podía hacer una llamada y avisar de que no acudiría esa noche a la casa cuartel.

Diego empezó a fantasear con la idea de dormir con ella entre los brazos, pero frenó el deseo de raíz a favor de su hija mayor.

—Podrías quedarte —la invitó Diego—. Si colocamos los dos colchones de las niñas en el suelo, cabéis las tres de sobra.

Eso acabó de decidirla. Vanesa chochó la palma de la mano con Laura.

—Hecho, ¡fiesta de pijamas!

—Suena divertido —opinó él.

—Tú no, papi —saltó Laura, riéndose como si su padre acabara de decir la tontería más grande del mundo.

—¿Cómo que no?

—¡Es una fiesta de chicas!

Diego apretó los labios y las miró a las tres, por turnos. Hasta la pequeña Elena parecía convencida de que él sobraba esa noche de *Pijama's party*.

—¿Y yo, qué?

—Tú a dormir a tu cama —le recordó Vanesa, con una miradita traviesa al verlo tan contrariado.

Fue ella la que se levantó del sillón y cogió de la mano a Laura. Dejó que la niña la llevara hacia el dormitorio mientras Diego iba tras ellas con Elena en brazos.

—El único problema es que yo no tengo pijama —comentó Vanesa, viendo a Laura cómo sacaba el suyo de debajo de la almohada.

Diego dejó a Elena en el suelo y le dio su osito de peluche preferido, para que entendiera que, a pesar de la novedad de tener a Vanesa allí, era hora de irse a dormir.

—Yo te presto uno —dijo en respuesta a su problema—. Ven conmigo. Vanesa lo acompañó hasta el dormitorio grande. Mientras él abría el primer cajón del armario, Vanesa aprovechó para sacar el móvil del bolsillo y avisar al cuartel que no acudiría a dormir. Estaba guardándolo cuando Diego le tendió un pijama casi nuevo. Ella extendió la camiseta en el aire.

—Esto me vendrá gigante.

Diego tiró de ella, aprovechando que estaban solos.

—La otra opción es que uses uno de Laura, pero como yo vea estas dos — le atrapó un pecho con cada mano— embutidas en una camiseta de la talla ocho, me voy a ir a la cama con la polla más dura que...

—Shhhh —lo acalló con un beso rápido—. Que te van a oír las niñas.

A él le supo a poco, quería más. Pero tuvo que contentarse con un par de piquitos porque Vanesa se negó a que la cosa se les fuera de las manos. Diego aceptó a regañadientes y se contentó con mirarle el culo mientras iba al cuarto de baño a ponerse el pijama.

Cuando Vanesa llegó al cuarto de las niñas, Diego ya había bajado los colchones al suelo y preparado una cama para tres con una sábana de matrimonio y unos cuantos almohadones. También le había puesto el pijama a Elena y los tres la esperaban sentados en la improvisada cama comunitaria.

—He usado tu cepillo de dientes —dijo mirando a Diego; él le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Vanesa notó que a él le agradaban tanto como a ella esos pequeños detalles de íntima complicidad. Se sentó a su lado con las piernas cruzadas. Diego, automáticamente, le rodeó la cintura con el brazo.

Pero a Laura le entró un ataque de risa, sin que ninguno de los dos adultos entendiera por qué.

—A Vanesa se le notan las gominolas —exclamó, sin dejar de reír, señalándole el pecho con el dedo.

Ella se miró los pezones, que resaltaban en la camiseta y se tapó con las manos.

—¡Laura, eso no se dice cuando hay chicos delante! —protestó con las mejillas rojas como amapolas.

Con una risa malvada, Diego le hizo cosquillas, divertido ante su repentino ataque de timidez.

—Papá no es un chico.

—¿Ah, no? —cuestionó él.

—Tú eres un *padre*.

Diego aún no acabado de asimilar aquella categoría nueva en la que acababan de clasificarlo, cuando Elena gateó hasta sus rodillas y le tiró de la camisa para ponerse de pie.

—*Quero* gominolas.

Su hermana Laura aún rio todavía con más ganas y, antes de que Diego respondiera a la pequeña con un doble sentido cachondo, Vanesa se apresuró a finiquitar el asunto.

—No, cielo, después de lavarse los dientes no se pueden comer chuches, ¿a que no, papi?

Diego le dio la razón, con una mirada que quería decir lo contrario. Por suerte para Vanesa, Laura pidió el beso de buenas noches y distrajo a Diego de las fantasías eróticas que empezaba a maquinar, protagonizadas por gominolas y tetas. Él dio los besos de costumbre a cada una de sus hijas. Iba a ponerse de pie para despedirse cuando Vanesa lo miró a los ojos.

—Yo quiero un beso de mariposa —pidió.

Él le sostuvo la mirada durante un segundo, se acercó a su mejilla y pestañeó sobre la piel haciéndole cosquillas.

—Me gusta mucho —murmuró—. Te advierto que voy a querer muchos más.

—Si te portas bien, me lo pensaré —concedió mirándola con intensidad.

\* \* \*

Durante el desayuno, Diego no podía dejar de mirar a Vanesa. Intentaba disimular delante de las niñas, pero los ojos se le iban solos hacia la mujer que tenía enfrente, sin más aditivos que la cara lavada y una pasada de peine. Qué guapa estaba con el pelo suelto, que en ese momento brillaba con un halo dorado a la luz del sol que entraba por la ventana. Adivinó que la coleta tirante no le gustaba y solo se peinaba así cuando iba de uniforme y obligada por el reglamento.

Esa noche no durmieron juntos ni hubo nada entre ellos, pero la sensación que tenía Diego era tan placentera o más que la laxa plenitud con la que amanecía después de una maratón de sexo con Vanesa.

Ella notó que no dejaba de observarla y, para disimular, Diego se levantó y abrió la nevera. Como no sabía qué sacar, la cerró. Abrió el armario de al lado y trasteó cambiando de sitio una caja de galletas. Vanesa se levantó

y se puso a su lado a servirse un poco más de la cafetera, que estaba sobre la vitrocerámica. De reojo, Diego la vio bromear con las niñas mientras daba sorbos de café con leche, apoyada en la encimera. Pensó en lo bien que se llevaba con las niñas. Se notaba que les tenía cariño, y las pequeñas también se habían encariñado con ella. No imaginó que otra mujer que no fuera Paula podría encajar tan bien en ese pequeño mundo que ahora ocupaban ellos tres. Y él que la juzgó demasiado joven... Vanesa tenía veinticinco años, eso era una obviedad tanto como los treinta y cinco que él estaba a punto de cumplir. Pero en ese momento, conociéndola bien, tenía la certeza de que no era una chiquilla con la cabeza llena de tonterías. Vanesa era más mujer que muchas que le doblaban la edad.

Casi se sobresaltó cuando ella le puso la mano en la cintura.

—¿Cómo has dormido? —preguntó con una mirada que valía por ese beso que aún no se atrevía a darle delante de sus hijas.

Diego le acarició la mejilla con los nudillos.

—De un tirón —confesó mirándole los labios—. Pero mejor habría dormido si tú hubieses estado en mi cama.

Ella rio por lo bajo.

—No habríamos dormido casi nada —le contradijo bajando la voz para que no la oyeran Laura y Elena.

Diego la miró con ojos codiciosos. Ojeó una décima de segundo a sus hijas y, aprovechando que estaban distraídas, le dio un apretón en el culo. De estar solos, no le habría importado comérsela entera como parte del desayuno.

## Capítulo 4

### POR AGOSTO, LAS TRONADAS SUELEN SER MÁS PESADAS

Diego tenía trabajo por castigo, como acompañante de los inspectores de la Consejería. Ya era raro que el Gobierno aragonés enviara a sus funcionarios por aquellos pueblos recién comenzado un mes tan poco hábil como suele ser agosto para asuntos oficiales. Por ese motivo, pasó el día entero de granja en granja, la mayoría del tiempo sin cobertura. No fue hasta bien pasadas las tres de la tarde cuando se enteró, por boca de su padre, cuando se presentó en el mesón a recoger a las niñas.

Impactado y cada vez más aterrorizado, apenas escuchó que Vanesa estaba herida grave y que la habían evacuado en un helicóptero medicalizado al hospital Miguel Servet, salió pitando hacia Zaragoza, no sin antes rogar a sus padres que se hicieran cargo de las niñas hasta su regreso.

Condujo hasta Alcañiz, obligándose a no pisar el acelerador más de lo permitido y con la incertidumbre del estado real de Vanesa, cualquiera sabía si al ir la noticia de boca en boca se había exagerado en exceso, como suele suceder. Pero antes de tomar la nacional 232, paró en la salida de una rotonda y llamó a su hermano. Fue Rafa, por boca de Lola, el encargado de explicarle lo sucedido. Su hermano confirmó las peores sospechas de Diego cuando le contó que Vanesa iba de patrulla cuando ella y su compañero Pablo sorprendieron en un paraje solitario a un par de ladrones de hilo de cobre de los tendidos eléctricos. Uno de ellos huyó al ver a la patrulla, pero el otro, según sospechaba la Guardia Civil, bajo el efecto de la cocaína, plantó cara a los agentes con un cuchillo de monte. Con tan mala fortuna que, cuando intentaron reducirlo sin recurrir a la opción extrema de desenfundar sus armas reglamentarias, Vanesa recibió una cuchillada en el brazo. Por lo que Rafa contaba, el tipo huyó en un coche y no tardó en ser detenido y arrestado a dos kilómetros del pueblo. Pero lo importante era que la rápida intervención de Pablo, que practicó un torniquete a Vanesa con su propia corbata, le había salvado la vida, ya que le había seccionado la arteria humeral. Rafa concluyó con la última información que tenían los compañeros de Vanesa. El brigada

Parrondo había volado junto a ella en el helicóptero y, por una llamada suya, sabían en el cuartel que había entrado en quirófano de urgencia.

Diego no supo de dónde sacó las agallas necesarias para continuar hasta Zaragoza. Odiaba los hospitales. Desde la muerte de Paula, los asociaba con el dolor y el sufrimiento. Condujo los ciento tres kilómetros restantes con el miedo atenazándole la garganta. En cuanto aparcó el todoterreno frente al hospital, corrió como una exhalación a la puerta de urgencias. Tuvo que apoyarse en la pared para serenarse cuando en la ventanilla de admisión le confirmaron que Vanesa ya había sido intervenida y pasada a planta.

Sintió escalofríos cuando el ascensor se detuvo en el segundo. Aunque no se trataba del mismo edificio, pero esa fue la planta del contiguo Hospital Materno Infantil donde, tras la alegría de saber que era padre de una niña sana, recibió la peor noticia de su vida cuando le comunicaron que su esposa acababa de fallecer a causa de una hemorragia posparto, a pesar de haber hecho por ella todos los esfuerzos médicos posibles.

Las puertas se abrieron en la planta sexta y Diego avanzó por el pasillo, buscando con la mirada el número seiscientos veintitrés. Abrió la puerta con cuidado y enseguida la vio en la cama, junto a la ventana. Con la mirada adormilada por los analgésicos y la melena desmadejada sobre la almohada. Ella giró la cabeza y, cuando Diego quiso ir hacia ella, los pies no le respondieron. Durante un par de segundos se quedó clavado en el sitio, abrumado por la emoción. Hasta en un momento tan duro, Vanesa tenía una sonrisa tranquilizadora para él.

\* \* \*

Con voz cansina y medio atontada por la medicación, Vanesa le contó lo ocurrido, restando gravedad al incidente al ver a Diego tan afectado. Aunque trataba de disimular el pánico, ella veía en su mirada hundida y en el color cetrino de su rostro lo asustado que estaba. Y sabía también que no era ella la única causa de su alterado estado de ánimo, era evidente que el entorno hospitalario lo había obligado a revivir la tragedia sufrida dos años atrás.

—Ya lo ves —añadió agarrándole la mano con la que él le acariciaba el pelo—. No hay de qué preocuparse, me han cosido y problema solucionado. Menos mal que estaba Pablo allí. Es rápido, el tío... Vale millones como compañero... y como persona —reconoció intentando no caer rendida por el sopor.

—Le debes la vida —exhaló Diego, llevándose la mano de Vanesa a los labios.

Le besó los nudillos y, después, la sujetó junto a su mejilla, sin dejar de mirarla a los ojos. A ella le pesaban los párpados e hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

Diego se levantó de la silla y observó la etiqueta de la medicación gota a gota que le estaban administrando por vía intravenosa. Antibiótico y analgésico, como ya imaginaba.

—No muevas la mano —la riñó para que no se le soltara la aguja de la vía que llevaba sujeta con esparadrapo.

—Me quedará una cicatriz feísima.

—¿Qué más da eso? —rebatía con un deje de rabia y desesperación—. Lo importante es que ya ha pasado y que vas a ponerte bien.

—Está en la parte de dentro del brazo —comentó Vanesa, siguiendo a la suya—. Espero que no se vea... mucho.

Era una chica y, pasado el peligro, su sentido de la estética femenina prevalecía sobre la sensatez. ¿Cómo no iba a preocuparle la fea cicatriz?

—¿Quién se queda contigo? —preguntó él, llevando la conversación hacia asuntos más importantes que la estética.

Vanesa le había dicho hacía un momento que Parrondo había marchado a la Comandancia de Zaragoza, para informar en persona de lo ocurrido. A Diego lo imaginaba ocupado en trámites y papeleos burocráticos.

—No hace falta que se quede nadie como acompañante —alegó ella, señalando el timbre avisador con la frente—. En cuanto aviso, las enfermeras no tardan nada en venir a ver qué necesito. Además, mis padres ya están de camino.

Ella le dijo a la hora que habían salido de Cartagena y Diego hizo un rápido cálculo mental. Entre tanto, ojeó a su alrededor con una mirada furtiva; el color de aquellas paredes y el característico olor a hospital le ponían enfermo.

—En un par de horas los tendrás aquí contigo —informó, para que estuviese tranquila. Y por su propia tranquilidad—. Cariño, yo no puedo quedarme, el trabajo, las niñas y la distancia...

—¡Diego, no te preocupes, por favor! —lo frenó al ver su mirada desolada

—. De verdad que no es necesario. Si me darán el alta enseguida, lo ha dicho el médico.

—Te llamaré todos los días, por la mañana y por la tarde —aseguró.

Se sentía culpable porque todos los impedimentos que acababa de

enumerar eran ciertos, pero en su fuero interno reconocía que eran puras excusas porque en realidad no quería pisar aquel lugar que tan malos recuerdos le traía. Ni ver a Vanesa en aquella cama...

Vanesa sintió lástima al verlo respirar hondo con la vista clavada en el techo para aliviar la presión.

—Diego, mis padres han insistido en que me marche con ellos a Cartagena en cuanto me den el alta —dijo sabiendo que con ello le quitaba un peso de encima—. Quieren cuidarme, hasta que me recupere del todo.

—Debes hacerlo, más por ellos que por ti —aconsejó. Y fue absolutamente sincero al decirlo—. Eres su niña, sé muy bien lo que sienten.

Vanesa por fin perdió la batalla ante el letargo. Diego, viendo que los párpados se le cerraban por momentos, la besó suavemente en los labios.

—Descansa, mi cielo —murmuró—. Se hace tarde y yo me tengo que marchar.

Con una última caricia se despidió de ella y salió escopetado del hospital. Ya en el coche, aún retenía el inconfundible olor a asepsia y enfermedad, como si lo llevara impregnado en la camisa. Puso el Toyota en marcha y salió de Zaragoza guiando el volante como un autómatas.

Durante el trayecto, los recuerdos dolorosos lo asaltaron a traición. Se vio a sí mismo, ante el cristal de la maternidad, contemplando con el corazón fulminado a Elena en aquella incubadora, tan pequeña y desvalida. Recordó que las lágrimas le corrían por la cara mientras le prometía en silencio que siempre cuidaría de ella. «Vamos a hacer cuanto esté en nuestra mano, pero no voy a engañarle: el estado de la madre es crítico, es mejor que se prepare para lo peor...»

Debía andar a la altura de Burgo del Ebro cuando tuvo que coger un desvío y detener el coche en un yermo. Apoyó los antebrazos en el volante y la cabeza sobre estos. Estaba temblando y el aire no le llegaba a los pulmones.

\* \* \*

La recuperación de Vanesa fue todo lo excelente que había esperar en una mujer joven y saludable. Durante las tres semanas que pasó en Cartagena se dejó cuidar y mimar por su madre hasta que, acostumbrada como estaba desde hacía años a vivir en la marcial independencia de los cuarteles, los desvelos cariñosos de sus padres llegaron a agobiarla.

Regresó a Tarabán a finales de agosto, ya repuesta y con el alta médica bajo el brazo. Pero a pesar de las ganas que tenía por reincorporarse al

trabajo, una preocupación empañaba la alegría de su vuelta a aquel entrañable rinconcito del Bajo Aragón. Tenía un presentimiento negativo, o quizá es que en Cartagena había tenido demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza. El caso es que Vanesa tenía la certeza de que Diego había cambiado y no entendía el motivo.

Cierto era que la distancia entre Zaragoza y Tarabán, sumada a las obligaciones que lo tenían tan atado, fueron un impedimento para que la visitara por segunda vez en el hospital. Entonces ella lo excusó diciéndose que su ausencia se debió, además de a los justificados motivos que ya conocía, a la rapidez con que le dieron el alta. Y abandonado el Miguel Servet e instalada en casa de sus padres, nuevamente lo excusó repitiéndose, a fin de convencerse a sí misma, que Cartagena aún estaba más lejos de Teruel y que una escapada de Diego, con las niñas y el trabajo, era misión imposible. A pesar de la sensatez de sus argumentos, Vanesa esperó cada día una llamada suya anunciándole un viaje relámpago para ir a verla. Pero esa tan anhelada y a la vez tan lejana buena nueva nunca llegó. Por el contrario, las llamadas de Diego, dos diarias durante la primera semana, fueron cada vez más espaciadas.

Vanesa lo notaba distante, y le dolía el desapego que notaba hacia ella, a pesar de que ante sí misma lo excusaba siempre recordándose, cada vez que la asaltaban los pensamientos pesimistas, que Diego era un hombre muy ocupado y sus pocas muestras de afecto no eran fruto del desinterés hacia ella sino del cansancio.

Esa mañana, en la piscina del pueblo, a pesar de lo concurrida que estaba, Vanesa se sentía inmensamente sola. Miró el reloj y decidió recoger sus cosas. No quería que se le hiciese tarde y aún debía prepararse la comida antes de incorporarse a su turno de trabajo.

Vio llegar a Diego con las niñas cuando estaba ya plegando la toalla. Laura corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos. Ella la cogió a pulso, mordiéndose los labios para ahogar un quejido. La herida había cicatrizado pero el brazo aún le dolía al realizar algún esfuerzo. Y Laura, que había dado un estirón durante su ausencia, pesaba lo suyo.

La dejó en el suelo y se agachó a jugar con Elena, que agarrada de la mano de su padre parecía tener un ataque de vergüenza al verla. Vanesa se incorporó y se colgó la bolsa del hombro sano.

—Parece que ya no me conoce —le dijo a Diego, a la vez que se levantaba las gafas de sol.

Él le dio un beso en la mejilla y le acarició el hombro desnudo. Pero el gesto duró solo un segundo porque apartó la mano y levantó en brazos a Elena. Vanesa sintió una extraña inquietud; los gestos de Diego no hacían sino confirmar sus sospechas de que algo había cambiado para mal.

—Cosas de niños, no le des importancia.

Ella acarició los ricitos de Elena, con lo que consiguió que le regalara por fin una sonrisa.

—No sabía que tenías intención de venir a la piscina —comentó, algo decepcionada—. Si me lo hubieses dicho, os habría esperado para venir juntos.

—Ha sido pensado y hecho.

Una respuesta tajante y escueta que a Vanesa le sonó a excusa más que a otra cosa. Ladeó la cabeza y le guiñó un ojo, en un gesto cómplice.

—Me tengo que marchar que se me hace tarde. Adiós, preciosas —dijo mirando a las niñas, luego miró a Diego.

Él sonrió, se besó el dedo índice y lo apoyó en los labios de Vanesa a modo de despedida.

—Mañana es mi cumpleaños —anunció.

—¿En serio? No tenía ni idea —dijo con una sonrisa de sorpresa.

—¿Cenamos juntos?

Vanesa descifró en la mirada chispeante de Diego la invitación implícita a dormir juntos también.

—¿A las nueve va bien?

—Perfecto.

Ella se despidió definitivamente de los tres y les dio la espalda camino de la salida. No había avanzado ni diez metros cuando Diego la llamó.

—Vanesa —ella giró la cabeza—. A las nueve te espero en casa, no lo olvides.

Asintió sonriente y rodeó la piscina camino de la salida con renovadas esperanzas con respecto a ellos dos. Había dicho «en casa» no «en *mi* casa», eso significaba que todas sus dudas tontas no eran más que una falsa alarma.

\* \* \*

Diego se quedó sin aliento cuando abrió la puerta.

—Feliz cumpleaños —dijo Vanesa, para romper el silencio.

Con una sonrisa y un beso suave en los labios, pasó delante de él. Diego la siguió por las escaleras sin poder apartar la mirada de los altos tacones negros y las medias con costura del mismo color. El vestido corto de seda estampada era tan liviano y holgado que, con cada movimiento le dejaba un

hombro al aire.

Vanesa entró en el comedor con la espalda erguida, dominando la situación. El silencio que reinaba en la casa le dijo que estaban solos esa noche. Observó la mesa preparada para dos, con servilletas de hilo, copas de cristal tallado y el solomillo humeante en el centro.

Giró en redondo con un movimiento que era pura seducción y clavó sus ojos en los de Diego.

—¿Tu regalo lo quieres antes o después de cenar?

—No veo ningún paquete —murmuró repasándola de arriba abajo con una mirada intensa.

Casi se traga la lengua cuando Vanesa agitó los hombros, haciendo resbalar el vestido que cayó con la ligereza de un pañuelo hasta quedar arremolinado a sus pies. Admiró las medias con liga de encaje, que se sujetaban solas en torno a sus muslos, el tanga negro y el sujetador *balconet* a juego que dejaba la mitad de los pechos a la vista.

—¿Te gusta tu regalo? —tuvo tiempo de decir antes de que él la levantara por la cintura con ambas manos.

Vanesa enroscó las piernas a su cuerpo y lo besó en el cuello mientras la llevaba hacia el dormitorio. Diego abrió la puerta con el pie y fue directo a la cama. La tumbó primero para no hacerle daño, aunque tentado estuvo de lanzarse en plancha con ella en brazos. Vio que iba a quitarse los zapatos y la detuvo con una silenciosa negación. Ella sonrió y se los dejó puestos; era su noche, él decidía cuándo y cómo desnudarla.

Sin dejar de mirarla, se quitó toda la ropa y, antes de tumbarse a su lado, se acarició el pene despacio y a conciencia, durante un breve lapso de autosatisfacción de *voyeur*. La rubia de sonrisa juguetona, transformada en diosa del sexo ante sus ojos para su exclusivo disfrute, merecía demorar el momento de tocarla.

Ella le tendió la mano y él no se hizo de rogar. Se tumbó de lado, con el codo apoyado en el colchón para poder contemplarla sin perder detalle. Ella se acariciaba el estómago, dibujando con el dedo filigranas invisibles alrededor del ombligo.

Diego se reservó los labios para el final y posó los suyos calientes sobre la curva de un pecho y recorrió con la boca el valle que lo separaba del otro. Quería ir despacio pero la suya era una seducción hambrienta. Con la mano la recorrió de arriba abajo, mientras le lamía los pezones, los saboreaba y mordisqueaba cada vez más excitado al sentirla agitarse contra él y gemirle al

oído pidiéndole más. Introdujo los dedos por el borde del tanga. Una sorpresa lo impulsó a alzar la mirada, Vanesa se había depilado entera. Se deslizó hacia abajo, se colocó de rodillas sobre el colchón y de un tirón le bajó el tanga. Como se enredó en los altísimos tacones, le quitó los zapatos y los lanzó por encima del hombro; el diminuto triángulo de encaje siguió el mismo camino.

Diego lamió con un roce provocador el vértice de sus muslos sellados y la

miró a los ojos. Ella abrió las piernas; bastó una mirada para que entendiera que estaba lista, deseosa de ser devorada. Y él disfrutó del inconfundible sabor a ella, excitándose de llevarla al límite mientras la oía gemir. A Diego se le escapó un jadeo cuando Vanesa le cogió la cabeza con ambas manos suplicándole que apartara la boca de su sexo.

—Por favor...

—¿No te gusta? —murmuró besándole el pubis.

Pregunta que era pura ironía; Diego sabía muy bien cómo volverla loca de deseo. Recorrió con suaves mordiscos y besos el camino desde el ombligo hasta su boca y la besó sin tregua, minando sus reservas a la vez que la acariciaba entre las piernas con un solo dedo.

—Baja... —exigió Vanesa con un gemido—. Baja de la cama.

Él se quedó mirándola un segundo y al ver sus ojos felinos esbozó una lenta sonrisa. Echarlo con tono de orden formaba parte del juego. Obedeció y se quedó de pie, con las piernas abiertas y las rodillas tocando el borde del colchón. Con los ojos fue él quien le dio una orden silenciosa que Vanesa entendió a la primera. Diego tuvo un subidón de adrenalina al verla gatear hacia él. Y cerró los ojos, con un grito atascado en la garganta, cuando ella abrió los labios y lo engulló hasta donde fue capaz. Entonces fue él quien agarró la cabeza de Vanesa con ambas manos, sus dedos se movían erráticos enredados en la melena, porque las sabias caricias de su lengua le proporcionaban un placer tan intenso como un chispazo eléctrico.

—Vanesa, para, por favor —gimió—. Si sigues me voy a... Ella lo liberó.

—¿No te gusta? —lo provocó con una risa traviesa, cómo él había hecho momentos antes.

Arrodillada, enroscó los brazos a su cintura y apoyó la boca abierta en el centro de su pecho. Bajó de la cama y sacudió la melena a un lado y a otro.

Diego la vio caminar hacia la ventana. Cuando apoyó la espalda en la

pared y le hizo una seña con un dedo para que se acercara, supo lo que quería. Las fantasías de película eran una cosa y la realidad muy diferente, mantenerla a pulso y lograr un orgasmo memorable no era fácil. Y lo último que quería era fracasar en el intento. Por otra parte, estaba tan al límite de su aguante que en cuanto la penetrara iba a correrse tan rápido que su semen saldría disparado dentro de ella como ráfagas de metralleta. Eso le hizo recordar un detalle importante: el preservativo. Pero esa noche la quería sin barreras. Era una locura, un riesgo añadido... ¡Pero deseaba sentir el roce piel contra piel! Fue hacia ella, la cogió por las caderas y la besó en la boca con lenta sensualidad, dominándola con su cuerpo, aplastándola contra la pared.

—Quiero sentirte al natural —murmuró sobre sus labios.

—Yo también —aceptó con un beso ansioso—. No hay problema, tengo controlado mi ciclo.

Saber que compartía sus deseos lo excitó todavía más. No estaba seguro de poder aguantar y quería darle a Vanesa todo el placer imaginable.

—Quieta —ordenó. Le lamió los pechos y con la boca fue bajando hasta quedar en cuclillas—. Separa las piernas.

Ella apoyó las manos en sus hombros e hizo lo que le pedía. Diego se abrió camino con los pulgares, selló su sexo con la boca abierta y la hizo gozar con la lengua. La respiración errática de Vanesa, el temblor de sus muslos y los dedos crispados en su nuca le indicaron que estaba llevándola por el camino de no retorno. Pleno de satisfacción interior, lamió con intensidad cuando a ella le sobrevino el orgasmo. Sin darle tiempo a recuperarse y antes de que se dejara caer sobre él agotada de placer, su puso de pie y la levantó en vilo, obligándola a que se agarrara a su cuerpo con brazos y piernas. Cuando la tuvo bien sujeta contra la pared, empuñó su miembro. Estaba tan caliente que la erección era casi dolorosa.

—No voy a durar —gimió penetrándola de un solo empujón.

Vanesa le besó la mandíbula, lamió el lóbulo de la oreja y le habló al oído.

—Déjate llevar.

A Diego le flaquearon las rodillas, con un rudo movimiento de cadera se enterró todavía más en ella, cogiéndola bien fuerte por las nalgas. Con el rostro cobijado en su cuello, exhaló una sarta de murmullos entrecortados al sentir su dulce opresión. Y Vanesa siguió contrayendo los músculos con un ritmo creciente que, sin necesidad de moverse, lo llevaron hasta la locura.

\* \* \*

Fue una noche insuperable, maravillosa. Un cumpleaños digno de recordar, de eso estaba segura Vanesa al día siguiente. Durante la ronda de patrulla, no se le borraba la sonrisa de la boca; y por ir medio alelada en el asiento del copiloto del Land Rover, tuvo que soportar las bromitas de Pablo.

—Decidido. Vamos a hacer una paradita rápida, para que te dé el aire a ver si espabilas —anunció Pablo reduciendo la velocidad al entrar en las estrechas calles de Calanda—. Y de paso compraré una papeleta de lotería para Navidad. No sea que toque y...

Vanesa salió de su letargo romántico y alzó la vista. Su compañero aparcó en batería enfrente de Casa Royo.

Ambos bajaron del vehículo y, sin preocuparse por cerrar las puertas como tenían por costumbre, entraron en el bar restaurante. Mientras Pablo pedía un par de refrescos en la barra y entablaba conversación con el camarero, bromeando y haciendo planes en el caso de que las papeletas que colgaban a la vista resultasen premiadas en el sorteo más esperado del año, Vanesa se sentó en un taburete y dio un trago a su Coca Cola.

Paseó la mirada por las botellas de los anaqueles de la pared. Observó que las camareras entraban y salían de la cocina cargadas de platos, con el ajetreo propio de las tres de la tarde. Ella había almorzado temprano, como acostumbraba cuando entraba de turno de las dos. Entonces cayó en la cuenta de que había olvidado sacar del congelador la merluza para la cena. Hizo un repaso mental e las existencias de su nevera. No le apetecía cocinar, después de la ducha y en pijama, se conformaría con un arroz tres delicias congelado, recurso rápido al que recurría bastante a menudo, y un melocotón o un puñado de cerezas.

De reojo vio que de la cocina salía una tarta con velas encendidas de cumpleaños, pero no le prestó atención porque su compañero Pablo la introdujo, sin comerlo ni beberlo, en la ilusa conversación que se traía con el camarero.

—Cuánto os gusta jugar al cuento de la lechera —los reconvino, dado que la fantasía había derivado hacia coches deportivos y cruceros por el Caribe. No había acabado de decirlo cuando a través de las puertas abiertas del comedor se escuchó que cantaban el típico *Cumpleaños feliz* y, por curiosidad, miró hacia allí.

La botella estuvo a punto de resbalársele de la mano. Sin apartar la vista de la mesa del cumpleaños, la dejó sobre la barra y se hizo hacia atrás para ver mejor. Estaba tan atónita que bajó del taburete de un salto. No podía creer

lo que veían sus ojos: el hombre que soplabá en ese momento las velas era Diego. Y toda su familia se arrancaron a aplaudirle: las niñas, sus padres y su hermano. Estaba celebrando su cumpleaños con las personas que más quería y a ella no la había invitado.

—No me lo agradezcas —la distrajo Pablo, tendiéndole la participación de lotería que le regalaba—. Pero si toca, al menos que te lleves un pellizco tú también.

Vanesa respondió con un breve asentimiento.

—Dame un cuarto de hora, por favor —rogó a la vez que guardaba la papeleta en el bolsillo de su camisa—. ¿No te importa?

—¿Te encuentras mal?

—Necesito estar sola —murmuró.

Giró en redondo y salió del restaurante todo lo rápido que pudo. Caminó hasta un callejón estrecho y desierto, no quería que nadie la viera. Apoyada en la pared, revivió la escena que acababa de contemplar hacía apenas dos minutos. Se sentía excluida. ¿Por qué a ella la había invitado a celebrarlo en privado la noche anterior? Qué ridícula e indigna se vio a sí misma al recordar la escena de la lencería, ofreciéndose a sí misma como regalo cachondo de cumpleaños dentro de un envoltorio aún más caliente. Con las lágrimas quemándole en los ojos, tuvo que rendirse a la evidencia: Diego le había hecho un hueco en su cama, pero no en su vida. Ella no era nadie. No entraba en ese reducido grupo de las personas que a él le importaban de verdad. Vanesa se tapó la cara con las manos y, por primera, vez lloró por un hombre.

## Capítulo 5

### SI EN SEPTIEMBRE NO TIENES FRUTA, AGOSTO TIENE LA CULPA

#### “Esta noche vas a probar mi plato especial”

Primer y único contacto del día. Y no dijo más. Así de escueto fue el mensaje que recibió Vanesa por wasap, con el que Diego daba por sentado que cenarían juntos en casa de él. Como si la opinión de ella no contara y dando por hecho que su tiempo libre era todo para él o que a una llamada suya, ella acudiría rauda como un perrito al silbido de su amo.

Solo había transcurrido un día desde el disgusto de Calanda. Y Vanesa no se hizo de rogar. Pero a esa cena, que en otro momento le habría parecido una romántica sorpresa, acudió malhumorada, dolida y sin la más mínima intención de agradecerle el detalle de cocinar para ella. Cuando Diego abrió la puerta y la cogió de la mano para atraerla hacia sí y besarla, ella no puso de su parte. Frenó su entusiasmo de raíz permitiendo tan solo que besara rápido sus labios cerrados, para salir del paso.

Diego la miró extrañado, pero se abstuvo de preguntarle el porqué de su más que evidente mal humor. Supuso que había tenido un duro día de trabajo.

Vanesa se soltó de su mano y le dio la espalda camino de las escaleras.

—¿Y las niñas? —preguntó a la vez que emprendía los primeros escalones a paso veloz.

—Hoy duermen en casa de mis padres.

Ella frenó en seco en el quinto escalón, le lanzó una mirada por encima del hombro y, girando en redondo, bajó de nuevo hasta donde estaba él. A Diego se le borró la sonrisa de la cara al ver la mandíbula tensa de Vanesa. Algo le dijo que la especialidad italiana que había preparado con tanto esmero iba a enfriarse antes de servirla en los platos.

—Mmmm... Huele muy bien —dejó caer Vanesa, con una sonrisa fría de las que auguran pelea—. Cena para dos, ¿no?

—*Tagliatelle alla arrabiata* — se limitó a decir, empezando a perder la paciencia.

—¿Y también has preparado un postre sorpresa? —tanteó con una mirada estrecha—. No, no me lo digas. Ya me imagino qué tipo de postre tienes en mente. Como las niñas no están...

—Deja a mis hijas al margen de esto.

Vanesa le lanzó una mirada cargada de dolor y desprecio.

—Que te aprovechen las *tagliatelle* —masculló yendo hacia la puerta. Diego la cogió del brazo para impedir que se marchara.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado esta noche?

—No me ha picado ninguna mosca —le espetó soltándose de un tirón.

Él se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar todos los improperios que soltara por la boca.

—Si insultándome te quedas más a gusto, adelante —la invitó.

Vanesa no lo hizo. De sobra sabía que, una vez perdido el respeto, ya no hay vuelta atrás.

—Si es eso lo que esperas de mí, está claro que no me conoces —reconoció con dolor en la voz; apartó la mirada y se encogió de hombros—. Tú te lo pierdes.

—Yo no me pierdo nada ni tú tampoco —concluyó para poner fin a aquella discusión, a su juicio sin sentido—. Venga, subamos ya que la cena se enfría.

Ella negó con la cabeza. Diego la miraba como si tuviera delante a una niña enrabiada en lugar de a una mujer dolida y humillada.

—Si quieres cenitas secretas con sexo para hacer la digestión, búscate a otra.

—Ya está bien, Vanesa —exigió casi al límite de su aguante—. ¿Vas a decirme qué coño te pasa o tengo que adivinarlo por mi cuenta?

En vista de que Vanesa no abría la boca, Diego decidió provocarla. Tal como estaban las cosas, y dado que la cena íntima se había ido al garete, mejor sería marchar a dormir con las cosas claras que con una bronca a medias.

—No sé a qué viene tanta mala leche —opinó—. Cualquier mujer en tu lugar se alegraría si un hombre cocinara para ella y la sorprendiera con una cena para dos.

El razonamiento de Diego terminó de enfurecer a Vanesa, que se encaró con él con los brazos en jarras.

—¿Ah, sí? Pues, ¿sabes lo que te digo? —replicó con ojos hostiles—. Que cualquier otro hombre en tu situación estaría contento de que una mujer

lo acepte a él y a sus dos hijas...

—Vanesa, te lo repito: esto es entre tú y yo. Deja al margen a mis hijas. Ella ni lo escuchó.

—...y daría gracias también de que esa mujer no le exigiera cada cinco minutos que jurara que estaba con ella por algo parecido al amor y no porque la soledad le viene demasiado grande.

—No pienses...

Vanesa continuó, como si no lo oyera.

—En cambio tú, en lugar de sentirte afortunado, te dedicas a apartarme de tu vida.

—Si pretendo apartarte, ¿explícame por qué carajo te traigo a mi casa?

—Aprovechando que las niñas no están, claro —argumentó con rabia—.

«Vanesa sobra cuando ellas están». Yo te valgo para pasar un rato divertido y luego, ¡puerta! «A Vanesa me la guardo para un cumpleaños privado, con mucho sexo y muchas risas, pero cuando lo celebro con las personas que quiero, no. Entonces mejor que no venga, no vaya a hacerse una idea equivocada y pensar que forma parte de mi familia».

Diego chasqueó la lengua, al deducir de sus palabras que se había enterado del cumpleaños familiar en el restaurante.

—Ayer trabajabas hasta tarde, si no recuerdo mal.

—La excusa perfecta —ironizó.

Él se hartó de la discusión y de verse en la tesitura de dar explicaciones, cuando no se sentía obligado.

—Vamos a dejarlo aquí, Vanesa.

—Me lo has quitado de la boca. Está claro que aún no estás preparado para que nadie ocupe el lugar de tu mujer —alegó con un suspiro de rendición

—Y yo me niego a seguir luchando contra un fantasma.

—Vanesa, ¡basta! —la frenó con tono exigente—. Que estás hablando de la madre de mis hijas.

Ella endureció el gesto y lo miró con tristeza.

—No te hagas el ofendido ni utilices el recurso fácil de hacerme sentir culpable —exigió a su vez—. Sabes muy bien que no lo he dicho con mala intención.

Diego avanzó un paso hacia ella.

—Ya está bien —sentenció alzando la voz más de lo que habría querido—. Llevo una hora cocinando para darte una sorpresa, ¿y me vienes con

estas?

—Échale la culpa a los cambios de humor de «esos días del mes», como hacéis todos los tíos —replicó con tono acre—. Mira por dónde, ya tienes algo que celebrar esta noche. No me has dejado preñada, un problema menos. Ya no tienes que preocuparte de que haya por el mundo un error con tu cara y con tus genes.

—Dejémoslo aquí y ahora... —Hizo una pausa para tomar aire y exigirse a sí mismo la debida contención—. No tengo por qué aguantar el ataque de inmadurez de una niñata rencorosa porque no ha sido invitada a una fiesta, como el hada malasombra aquella de la Bella Durmiente.

Vanesa agachó la cabeza y le dio la espalda, sin poder creerse cómo la acababa de llamar.

—¿Y eras tú el que hace un momento hablaba de insultos? —le recordó, al tiempo que abría la puerta de la calle.

—Joder, no quería decir eso, pero...

Antes de salir, Vanesa le lanzó por encima del hombro una mirada dolida.

—Una niñata lo suficiente madura y sensata para empuñar un arma pero no lo bastante para ti.

—Vanesa, escúchame...

Fue un ruego inútil que Vanesa no llegó a oír. Diego se quedó con las manos en los bolsillos, mirando la puerta abierta por la que ella acababa de largarse a toda prisa.

\* \* \*

Al día siguiente, y tras una noche en la que tardó horas en conciliar el sueño, Diego fue hasta la Casa Cuartel de buena mañana con intención de hacer las paces. Preguntó por Vanesa y, mientras un guardia iba a avisarla, esperó enjugascado con la perrilla Chispa. Cuando ella salió a recibirlo y la vio tan seria, todas las esperanzas de Diego de solucionar lo ocurrido entre ellos la noche anterior se fueron al traste. Sin dejar que lo interrumpiera, él trató de quitar hierro a la pelea y hacerla entrar en razón mientras ella escuchaba sus argumentos con expresión inmutable.

—Quiero que sepas que me arrepiento de muchas cosas de las que dije anoche. A veces las discusiones se van de las manos. Y nosotros no íbamos a ser diferentes al resto, mucho menos en nuestra primera pelea.

—¿La primera? Te falla la memoria.

—La primera como pareja.

Vanesa no lo dejó seguir. No estaba dispuesta a claudicar y sufrir por un hombre que no la valoraba como mujer más allá de lo bien que lo pasaban en la cama.

—Tú y yo no somos una pareja, esa es la diferencia. No sé por qué pero tu actitud hacia mí ha cambiado —suspiró y sacudió la cabeza haciendo bailar su coleta a un lado y a otro—. Sí lo sé, es una estupidez...

—La única estupidez es hacer un drama sin necesidad —rebatía Diego—. Lo pasamos bien juntos, yo estoy a gusto contigo y lo último que me apetece es complicarme la vida con discusiones sin sentido.

—Pues alégrate porque acabo de quitarte un problema de encima.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no me busques más! Que no vengas a mi trabajo pidiendo explicaciones que no tengo ganas de darte. Eso sí, quiero aclarar algo: solo me arrepiento de una de las cosas que dije anoche —advirtió—. Un hijo inesperado nunca habría sido un error. Nunca.

—Vanesa...

—Tú necesitas una mujer a tu medida, o muy frívola o con el corazón blindado para que no le afecte que un día la quieras cerca, compartiendo el tiempo con tus hijas. Porque yo les he cogido cariño, ¿sabes? —murmuró con dolor; y tomó aire antes de que se le quebrara la voz—. Y que no le importe tampoco que, en cualquier momento, decidas mantenerla al margen, guardando la distancia de seguridad.

—¿Tanto daño te hice no invitándote a comer con mi familia?

—No entiendes nada —se lamentó, resoplando con frustración—. Da igual, estate tranquilo que no voy a ocupar un lugar que no me corresponde.

—¿Estás hablando de Paula? —su voz y su mirada eran en sí un aviso a no continuar.

Pero Vanesa no tenía intención de callarse nada, puesto que era él quien había acudido hasta allí en busca de explicaciones.

—Aún la amas, Diego —zanjó cualquier réplica, absolutamente convencida—. No hay que darle más vueltas.

Aquellas palabras le dolieron a él más de lo que ella fue capaz de imaginar, porque no era cierto.

—Ya te dije y te repito que en eso te equivocas —confesó—. Paula siempre estará en mi corazón, pero pertenece a mi pasado. Desde que ella murió, me niego a hacer planes de futuro, pero al menos tengo claro que mi presente eres tú.

—No, no lo soy —dijo Vanesa encogiéndose de hombros—. Y lo digo sin rencor, créeme. Todos los hombres que pasan por una ruptura, y en tu caso lo es también, quieras o no, superan el dolor con unas cuantas relaciones de paso. Mujeres de tránsito creo que las llaman. No te culpo, de verdad —aseguró mirándole de frente—. Solo lamento haber sido una de ellas.

—Psicoanálisis no, por favor —protestó.

Vanesa cuadró los hombros y miró su reloj, obligándose a centrar sus pensamientos en la jornada laboral que tenía por delante.

—Se me hace tarde, Diego.

—¿No vas a darme un beso?

—No.

—Pues te lo doy yo —decidió tomándole la cara entre las manos.

Era obvio que no iba a tentar a la suerte dándole un beso en la boca, pero Vanesa odió que la besara en la frente como habría hecho para apaciguar el enfado de cualquiera de sus hijas. Sintió, una vez más, que la consideraba una cría con mal genio. Demasiado joven para ocupar un espacio hecho a medida de las altas expectativas que había dejado la esposa que perdió.

—Creo que necesitamos tiempo para pensar. Ya hablaremos mañana con calma, ¿de acuerdo? —rogó mirándola a los ojos.

—Muy bien —mintió—. Hablaremos mañana.

\* \* \*

En el reloj de la plaza sonó una sola campanada. Diego ojeó la hora en el suyo; comprobación inútil porque de sobra sabía que era la una de la tarde. Hizo un cálculo mental y farfulló un par de maldiciones; seis horas hacía ya que llevaba tratando de localizar a Vanesa sin resultado, doce llamadas a su móvil y dos mensajes sin respuesta.

De ningún modo imaginaba que el enfado iba a durarle tanto; ella no era rencorosa, de eso Diego estaba seguro. Puede que lo estuviera castigando, o pensó que quizá con aquel silencio era una estrategia femenina para obligarlo a agachar la cabeza, o... Qué carajo, ¿no entendía a qué venía aquel mutismo absurdo cuando más necesitaban hablar! Sopesó sus opciones, podía esperar a que se le pasara el cabreo o hacer lo posible por que se le pasara cuanto antes. Optó por la segunda, tanto le daba claudicar ante Vanesa, con tal de finiquitar aquella pelea que ni lo hacía feliz ni la hacía feliz a ella.

Fue a la Casa Cuartel, los guardias que encontró allí se limitaron a responderle con evasivas, así que trató de averiguar algo hablando con la fuente más fiable de todas. En el despacho del brigada Parrondo, no llegó ni a

sentarse, cuando este le invitó a hacerlo, de tan impactado como se quedó.

—¿Dos meses de permiso? —preguntó sin acabar de creérselo.

—No exactamente —puntualizó Javier—. Vanesa ha pedido una licencia temporal de dos meses; sin sueldo, claro.

—¿Claro? Pues yo no veo nada claro que se haya largado de la noche a la mañana y sin decir ni adiós —cuestionó malhumorado—. ¡Es que no la entiendo, te lo juro! ¿No te ha dicho por qué?

Javier Parrondo se cruzó de brazos y se apoyó en el respaldo del sillón mientras le echaba una mirada larga.

—Si no lo sabes tú...

Diego no respondió a su insinuación. Se limitó a darle las gracias y salió del despacho con una idea fija en mente: si Vanesa quería espacio y tiempo para recapacitar, mejor para ambos. A ver si aprendía de una vez que el mundo no se acababa por una pelea.

## Capítulo 6

### DE DUELO SE CUBRE QUIEN NO SEMBRÓ EN OCTUBRE

Tal vez no fue buena idea darle a Vanesa tanto tiempo de respiro.

Diego llevaba día y medio en Peñíscola, para que las niñas disfrutaran de su último baño en la playa, aprovechando el insólito calor que aún disfrutaban en la costa durante el puente del Pilar. Pero los cinco días se le estaban haciendo eternos. En lugar de disfrutar, sufría la escapada playera como un castigo insoportable por culpa de lo mucho que echaba de menos a Vanesa.

—Papi, ¡dile algo!

—Ven aquí, enanita gruñona —dijo cogiendo en brazos a Elena.

La pequeña se resistía, pero entreteniéndola con un ataquito de cosquillas, evitó que destruyera el castillo que su hermanita mayor se empeñaba en levantar a base de llenar cubos con tanto empeño.

Con Elena cogida por debajo de los brazos, fue hasta la orilla para jugar a saltar las olas. Y ella reía a carcajadas cada vez que la alzaba en vilo y el agua de mar apenas le mojaba los deditos con la espuma.

Pero Diego tenía la cabeza en otra parte. Mientras jugaba con su hija pequeña y vigilaba, de tanto en tanto que Laura no se quemara la espalda a pleno sol, no dejaba de pensar en todas las llamadas perdidas que Vanesa no había querido devolverle y en los muchos mensajes sin respuesta que aún almacenaba en la memoria del teléfono móvil. Si después de tantas semanas aún seguía enfadada, el asunto era para preocuparse.

Una parte de sí, la más pragmática, le decía que haría mejor olvidándola. Pero su otro yo, ese que se regía por los dictados del corazón, le impedía pasar página y fingir que no sentía nada por esa rubia mandona y adorable a partes iguales que se había cruzado en su camino, como un ciclón, para sacudir su tranquila y aburrida vida hasta los cimientos. Tenía varias opciones, pero se frenaba a sí mismo. Necesitaba aclarar el lío que tenía en la cabeza con respecto a ellos dos. Demasiadas dudas le impedían afianzar lo que empezó a convertirse en una bonita relación y que, sin darse cuenta,

devino en algo mucho más profundo y con todas las trazas de llegar a ser algo duradero. O eso es lo que pretendía él, pero Vanesa era tan joven...

¿Cómo obligar a una chica en edad de empezar a vivir a atarse a una responsabilidad tan grande como la que él cargaba? Adoraba a sus hijas, más que a nada en el mundo, pero Diego era consciente de que pocas mujeres aceptarían a un hombre con semejante equipaje. Sus hijas eran para toda la vida. Pero eran suyas, y temía que Vanesa llegara a cansarse de soportar la convivencia en pareja con la presencia constante entre ellos de Laura y Elena.

Diego se contagió de la risa de la pequeña cuando se la cargó al hombro como un saco. La vida daba una de cal y otra de arena. A pesar del hachazo cruel que le había asestado dos años atrás con la muerte de la mujer a la que amaba, contaba con esos dos regalos maravillosos que eran sus hijas. Nunca dejaría de tener a Paula entre sus mejores recuerdos, pero Diego estaba vivo y enamorado de otra persona. Esa misma que se negaba a responder a sus llamadas y lo castigaba con su ausencia.

¿Qué debía hacer? Correr tras ella era algo que no habría hecho por nadie. Aunque en ese momento sentía tanto vacío que habría tirado millas descalzo para rogarle que volviera. Una insensatez en toda regla, conociendo el carácter de Vanesa. No se arriesgaba a conducir hasta Cartagena y que, una vez allí, lo echara a patadas de su casa. Tenía dos hijas y, por lealtad y respeto hacia ellas, no podía dar pasos en falso con una mujer.

\* \* \*

¿Por qué darían las mujeres tantos dolores de cabeza? Eso se preguntaba en Cartagena el sargento Morales mientras mojaba en el café con leche la única magdalena que su mujer le dejaba tomar con el desayuno por culpa del dichoso colesterol.

Pero no era precisamente su esposa la fémica que en ese momento le preocupaba. Su hija Vanesa estaba triste y eso a él le quitaba la salud. Las cinco semanas que llevaba allí con ellos lo tenían escamado. Aunque la excusa de la niña fue que necesitaba un descanso y se cerraba en banda ante cualquier pregunta, él no creía que tanto tiempo se debiera, como decía su mujer, a una peleílla con un noviete que se había echado en el pueblo aquel de Teruel donde estaba destinada. Nadie en su sano juicio abandonaba el servicio por una tontería semejante, ¡y para colmo sin cobrar la nómina!

Se sirvió un poco más de café sin dejar de pensar en qué podía hacer para volver a ver la sonrisa a todas horas en la cara de su hija querida. Le dio apuro entrar como un hurón a cotillear en su dormitorio, pero para eso

contaba con la parienta, que tenía menos reparos. Su mujer le había confirmado que la solicitud de traslado cumplimentada y firmada aún seguía en el fondo del cajón de la cómoda, a dos semanas escasas de incorporarse al puesto. Si Vanesa no había cursado la petición ante las instancias pertinentes, pocas ganas debía tener de abandonar su plaza en el puesto de Tarabán.

Siempre había presumido de ser un hombre práctico; así pues, dejó de darle vueltas a la cabeza para centrarse en una posible solución. Y fue esa idea la que lo llevó a la otra. Al instante tenía en mente el nombre de la persona que podía echarle una mano.

Una hora después, el sargento Morales se encontraba en el recibidor del hogar de la familia Vega. José Luis y él pertenecieron al mismo reemplazo y juntos hicieron el servicio militar, allí mismo en Cartagena. Después, sus destinos se separaron al escoger Vega la carrera militar en Infantería de Marina y él, su ingreso en la Guardia Civil.

Pero desde su reciente mudanza, se habían reencontrado. Coincidían a menudo por las tardes, paseando por la calle Mayor hasta el Muelle, que es como llaman los cartageneros al Puerto. Y en más de una ocasión se habían parado a recordar los viejos tiempos y contarse la vida ante un par de cervezas.

—Pero pasa, hombre, no te quedes ahí —insistió José Luis Vega cerrando la puerta—. Y así me cuentas ese asunto en el que dices que puedo ayudarte.

Eso había dicho Morales a su llegada. No exactamente, de ahí que su antiguo amigo de la mili hubiera sacado conclusiones precipitadas que se apresuró a aclarar.

—Más que tú, y te lo agradezco, es tu padre quien puede ayudarme.

—¿Mi padre? —preguntó perplejo, invitándolo a ir al comedor salón—. ¡Esta sí que es buena! Pues mira, estás de suerte porque aún no se ha marchado a echar la partida de cartas al Club de Jubilados.

Entraron en la estancia y el abuelo Cele se levantó del sillón, contento de ver al recién llegado. Su hijo ya le presentó hacía tiempo, un día que se encontraron paseando, a su antiguo compañero de quintas.

—Mira, padre, quién tenemos aquí. Y viene preguntando por ti —anunció mirándolo con mucha guasa—. ¿Qué habrás hecho que viene a buscarte la Guardia Civil?

\* \* \*

—Y eso esto es lo único que se me ocurre —concluyó el abuelo.

—¿Lo único? —cuestionó el hijo; tenía serias dudas de que pudieran lograr la romántica tarea a la que su padre se había comprometido.

Morales se había marchado hacía rato. Y su padre le acababa de contar la idea que había ido madurando durante la conversación que ambos habían mantenido a fin de echar una mano al sargento con el problema de su hija.

—¡Habría que intentarlo! Digo yo —opinó el anciano, a fin de convencerlo, puesto que necesitaba su ayuda.

El hijo lo miró dudoso, diciéndose para sus adentros que a su padre le venía que ni pintado el nombre de Celestino.

—La chica es feliz en el pueblo, eso su padre me lo ha asegurado —prosiguió con sus argumentos—. Y un padre entiende de estas cosas.

—Y una madre también —intervino Rosita, que también estaba al tanto de todo.

El abuelo Cele le palmeó la mano, agradecido de que la nuera estuviera de su parte. Cuando explicó su plan, ella opinó que era una buena idea, una sorpresa emocionante que convencería a la chica y la haría regresar a su puesto al Cuartel del pueblo. No cómo su hijo, que no hacía más que ponerle pegas.

—¿Tienes algo importante que hacer este fin de semana? —preguntó directamente a su hijo.

—En principio, no.

—Pues decidido: metemos un par de mudas en una maleta y el viernes temprano nos vamos a Tarabán.

Su hijo aceptó con un gesto y miró a la mujer.

—¿Tú te vienes?

—¡Pues claro que voy!

Celia y Álvaro residían en Madrid; habían ido los tres a visitarlos hacía sólo un par de semanas. Pero Susana vivía en Tarabán y, aunque hablaba con ella por teléfono casi a diario, hacía dos meses que no la veía. Tenía ganas de abrazar, hablar de mil cosas, y volver achuchar a su hija pequeña. Y de paso, como era su costumbre, dejarle el congelador lleno de fiambreras con comida casera, que ella y Javier iban siempre justos de tiempo.

Además, tampoco estaba dispuesta a perderse el plan ideado por el metomentodo de su suegro, que parecía sacado de un programa de la tele de esos que siempre la hacían llorar de emoción como una magdalena. Estaba segura de que en el pueblo y los de alrededor se hablaría del asunto durante mucho tiempo.

## Capítulo 7

### SI NOVIEMBRE EMPIEZA BIEN, CONFIANZA HAS DE TENER

Tres semanas tardaron en reunir las cartas. Que si uno se había marchado de viaje, que si en casa del otro nunca encontraban a nadie, que si aquellos habían marchado a la granja, que si los de más allá estaban de viaje con Imsero, o en el hospital... ¡Tres semanas! Tiempo que la familia Vega aprovechó en Tarabán, cada cual a su manera. El abuelo Cele, yendo de casa en casa para conseguir lo que lo había llevado al pueblo. Rosita tuvo tiempo sobrado de limpiar la casa de arriba abajo y de lavar las cortinas. Y como veía a su marido ocioso, no tuvo más que hacer una llamada a su consuegra y en un visto y no visto los padres de Javier acudieron desde Huesca a pasar unos días. Los hombres se pusieron manos a la obra y enjalbegaron la fachada de atrás antes de que llegaran las nieves, mientras las mujeres se dedicaban a dar caminatas por el campo, a charlar de sus cosas y a dejar a la joven pareja la despensa llena para el invierno.

Susana y Javier disfrutaron con ellos en casa, ya que las visitas de los padres de él y de ella eran frecuentes desde que se habían casado. La única preocupación de ambos era no ser escandalosos por la noche, con padres, suegro y abuelos durmiendo en la planta baja; o no olvidar cerrar con llave cuando se ponían cariñosos y les daba por arrancarse la ropa el uno al otro en el sofá a la hora de la siesta.

Pero en esos veintiún días el abuelo Cele logró su propósito. Y, tal como Rosita predijo, hubo llantos emocionados.

En el pequeño comedor salón de los Morales, Vanesa sorbía por la nariz y se secaba los ojos con los tisúes que su madre iba dándole de la caja que sostenía en el regazo, a la vez que enjugaba los suyos. Madre e hija hechas un mar de lágrimas. El sargento preocupado y sin discernir, a esas alturas de su vida, el complejo engranaje de las emociones femeninas, no dejaba de repetir “Si lo llego a saber...” Una lagrimita feliz la entendía, pero no el sofocón que tenían las dos.

El caso es que la mujer lo miraba como si fuera un héroe, con una

expresión que prometía recompensa de las buenas esa noche bajo las sábanas. Y la hija le había echado los brazos al cuello y le había estampado media docena de besos en cada mejilla... ¡Pero vuelta al llanto y a sonarse la nariz, la madre y la hija, cada vez que Vanesa leía una de aquellas notitas!

Todos, absolutamente todos los habitantes de aquel pequeño pueblo aragonés, niños, jóvenes o viejos, habían escrito de su puño y letra una par de líneas en media cuartilla pidiéndole a Vanesa que volviera. Había algunas con dibujitos coloreados, otras escritas por manos temblorosas por la edad; otras breves como un telegrama, algunas muy graciosas e incluso alguna escrita con tal formalidad que parecía un impreso oficial. De un modo u otro, todas la emocionaron por igual. Porque en cada una de aquellas cuartillas Vanesa descubrió que el pueblo entero de Tarabán la apreciaba más de lo que había llegado a imaginar.

El abuelo Cele no quiso perderse el momento. Sentado junto al padre de la homenajeadá, contemplaba satisfecho cómo la chica contaba y apilaba todas aquellas cartas que tantas horas y caminatas le habían costado de reunir. No hacía ni veinte minutos que él mismo las había llevado en mano a la casa del sargento Morales, directamente desde Tarabán sin pasar antes por su casa.

Vanesa acabó de contarlas por segunda vez y miró a su padre.

—Hay trescientas cuarenta y nueve —anunció.

—¿Te parecen pocas? —dijo, fingiendo no saber a qué se refería su hija.

—Falta una.

El abuelo Celestino y él intercambiaron una mirada. Por supuesto que faltaba una, ambos lo sabían de sobra. En el pueblo vivían trescientas cincuenta personas, así que era el momento de hacer lo convenido. El sargento Morales hizo una llamada perdida con su móvil, volvió a guardarlo en el bolsillo sin dar explicaciones y miró directamente a los ojos a su hija, que lo observaba muerta de curiosidad.

—¿Vas a decirme de una vez que te traes entre manos? —inquirió oliéndose algo.

—Voy a hacer café —soltó su madre, de improviso, saltando del sofá como si tuviera un resorte.

Eso acabó de escamar a Vanesa, que la vio marchar hacia la cocina como si de repente le hubieran entrado todas las prisas del mundo. Miró de nuevo a su padre a la espera de que respondiera a su pregunta.

Este estrechó la mirada; su hija no sabía que lo tenía todo calculado y mediante aquel silencio estaba haciendo tiempo. Pensó en el joven nervioso

que llevaba casi media hora esperando en la calle. Lo imaginó en el ascensor; si todo salía rodado, en ese instante debía estar a punto de llamar a la puerta.

Sonó el timbre y el sargento Morales dio un aplauso mental. Vanesa miró a uno y a otro, el abuelo Cele sonreía de oreja a oreja. Menudo par de conspiradores de chiste.

—Es que esa carta que falta, hay alguien que quiere entregártela en persona —confesó por fin su padre.

Hizo amago de levantarse, pero volvió a sentarse. Tal como esperaba, su hija lo detuvo y fue ella misma a abrir.

Vanesa no era tonta y ya tenía claro quién era ese «alguien» que aguardaba en el rellano. Cuando abrió la puerta y lo vio allí plantado, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, a Vanesa el corazón comenzó a latirle sin control.

—¿Puedo pasar? —preguntó Diego, con una tímida sonrisa.

\* \* \*

Vanesa pretextó una excusa y fue a la cocina. Allí, ya sola, leyó a escondidas una vez más la notita que Diego le había puesto en las manos.

*Me he enamorado perdidamente de ti, Vanesa. Podría darte mil razones más para que regreses. Todas egoístas, porque te quiero solo para mí y, si pudiera, ataría tu muñeca a la mía con una cinta de seda para que no vuelvas a marcharte de mi lado. Son locuras demasiado íntimas para escribirlas en un papel, de esas que te gusta que te diga al oído aunque suenen absurdas. Tendrás que regresar si quieres oírlas. Vuelve a mi lado, por favor.*

Se miró reflejada en el cristal de la ventana; menudas pintas, con los ojos llorosos, la nariz roja y el pelo de cualquier manera. Diego nunca la había visto hecha un asco y con un chándal de trapillo. Ya no había remedio, si quería verla arreglada y monísima, que hubiera avisado de que venía, claro, que en tal caso no habría sido una sorpresa... Escudriñó por encima del hombro a ver si venía alguien por el pasillo, desplegó la notita de Diego y volvió a leerla.

Mientras tanto, él permanecía en el salón comedor del hogar familiar, algo menos cohibido. Al principio temió ser objeto de malas miradas por parte de los padres de Vanesa, echándole la culpa de que su única y queridísima hija estuviera tan alicaída de ánimo. Agradeció que no fuese así, todo lo contrario. Diego fue recibido en aquella casa con mucho agrado, dado que su presencia resultó providencial, puesto que en cuanto lo vio, Vanesa

enderezó la barbilla y recuperó su aire de chica guerrera.

El señor Cele y él eran viejos conocidos, ya que el anciano pasaba largas temporadas en Tarabán y lo había visto crecer. Fue quien se encargó de las presentaciones a los padres de Vanesa y su presencia en aquella casa contribuyó a que aquel primer café con los padres de su chica no fuera, dadas las circunstancias, un mal trago cargado de incomodidad.

El padre de Vanesa se había empeñado en enseñarle al señor Celestino un puñado de fotografías antiguas de cuando hacía el servicio militar que guardaba en una caja de zapatos. Al abuelo le hicieron mucha gracia porque en algunas aparecía también su hijo de soldadito. Viéndolos tan distraídos con las batallitas de la mili, y como la madre estaba ocupada retirando las tazas de café para dejarles espacio en la mesa, Diego aprovechó para escapar hacia la cocina.

Al llegar la vio de espaldas a él. Notó que Vanesa se sobresaltaba al percatarse de su presencia y tuvo que disimular una sonrisa al verla guardar a toda prisa la nota manuscrita por él en el bolsillo de la sudadera. Diego se acercó a ella. Sin mediar palabra, fue Vanesa quien dio el primer paso. Se abrazó a su cintura y apoyó la mejilla en su hombro. Él la estrechó entre sus brazos y cerró los ojos, disfrutando de la paz que sentía al tenerla cerca. Le acarició la sien con la nariz, la besó en el cuello suave y despacito, respirando el aroma de su piel y del champú de frutas; ese mismo que dejó olvidado en el cuarto de baño y que él olía a escondidas desde que se marchó de su lado.

Vanesa ahogó la risa en el hombro cuando él le susurró al oído una canción de Pablo Alborán que parecía compuesta adrede para ellos. *Te he echado de menos todo este tiempo. He pensado en tú sonrisa y en tú forma de caminar...*

Vanesa se separó un poco para verle los ojos.

—¿Eso es verdad?

—Como si no lo supieras —murmuró apartándole el pelo de la cara con delicadeza.

Vanesa sonrió, con los labios y con el corazón. Nunca lo había oído cantar y hacerlo por primera vez de aquella manera tan íntima la hizo sentirse muy especial.

—Cantas muy bien —musitó mirándolo a los ojos.

—No tengo ni puta idea de música, sonaba en la radio del coche... —reconoció; y se alegró de verla reír—. Pero por ti sería capaz de cantar ópera si así consigo que vuelvas.

No quiso echar mano del recurso fácil de arañarle la fibra sentimental diciéndole que las niñas preguntaban por ella cada día, porque quería que Vanesa tomara la decisión de volver pensando en ellos dos. En realidad quería ser él el único y exclusivo motivo de su regreso y en silencio rogaba porque así fuera.

Vanesa no dejaba de mirarlo y aunque sus brazos le rodeaban la cintura como si quisieran retenerlo allí con ella para siempre, Diego vislumbraba en sus ojos la sombra de la duda.

—No volveré a Tarabán mientras no estés seguro de tus sentimientos — anunció, confirmando las sospechas de Diego.

—Estoy muy seguro de lo que siento por ti —rebatío—. No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son.

—Ese es el problema: que eres tú el único que lo ve difícil.

Diego no quiso seguir por ese camino. Ahondar en la realidad no iba a contribuir a convencerla. Evitó explicarle sus cavilaciones respecto a la carga que suponía un hombre con la responsabilidad de dos hijas para una chica de veinticinco años, sometida a la disciplina militar, con una profesión de riesgo... Apartó esa idea de raíz, porque se le encogió el estómago al recordar la imagen de Vanesa convaleciente en una cama de hospital.

—¿Tienes idea de cuánto te quiero? —dijo, estrechando el abrazo para que el rostro de Vanesa quedara más cerca del suyo.

—Más o menos —musitó.

—Y tú, ¿has dejado de quererme, chica de acero?

Vanesa sonrió rendida, era inútil negarlo. Aún no le había dicho las dos palabras mágicas, pero tendría que estar ciego para no notarlo. Ella era consciente de que cada vez que lo miraba, sus ojos clamaban a gritos lo enamorada que estaba de él. Juntó el índice y el pulgar, y le mostró una distancia de menos de un centímetro entre ellos.

—Creo que aún te quiero un poquito así.

A Diego le brillaron los ojos.

—Menos es nada —murmuró.

Ladeó la cabeza y la besó despacio. Vanesa le dio la bienvenida con un suspiro y Diego profundizó el beso enredando la lengua con la de ella. Ambos añoraban desde hacía demasiado la cálida caricia de sus bocas unidas.

La madre de Vanesa llegó con la bandeja en las manos.

—Oh, oh... —ahogó desde la puerta para no interrumpir la escena romántica que tenía lugar junto al fregadero.

Dio media vuelta y regresó al comedor caminando de puntillas, cargada con la bandeja como había venido.

## Capítulo 8

### EN DICIEMBRE, NO HAY VALIENTE QUE NO TIEMBLE

Vanesa sí, regresó. Por gratitud a todos los habitantes de aquel entrañable pueblecito de Teruel que le habían demostrado cuánta estima le tenían, por sí misma y por Diego, para qué negarlo.

Acababa de llegar y, tras deshacer las maletas, Vanesa se había acercado al súper del pueblo a comprar un frasco de desodorante y un par de cosillas más que había olvidado en Cartagena, cuando se cruzó con Diego en la calle mayor que por lo visto —así se lo habían hecho saber a Vanesa al menos diez personas con las que coincidió en el camino— la andaba buscando como un desesperado.

—Menos mal que ya estás aquí otra vez —Cogiéndola por la nuca, le dio un beso ansioso; excesivamente apasionado para estar en público—. Cuánto te he echado de menos, nena.

Vanesa lo frenó antes de que la besara de nuevo.

—Pídeme lo que sea, pero no me niegues esto —exigió, y posó en sus labios un beso muy dulce—. Me levanto cada día lleno de ganas de vivir porque sé que tu boca me espera.

Ella apoyó la frente en su pecho; con cuatro palabras conseguía desarmarla, y lo peor es que sabía que Diego no mentía. Pero lo había pasado mal por su culpa y no estaba dispuesta a ofrecerse a él en bandeja como si nada hubiera sucedido.

—No pienso ponerte las cosas fáciles.

—¿Por qué? Yo te quiero y tú me quieres —objetó con una lógica aplastante—, ¿dónde está el problema?

Ella alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—El problema está aquí —dijo tocándole la frente—. Y aquí —añadió tocándose el corazón.

—A mí la cabeza me funciona perfectamente y tú no tienes problemas cardiacos ni eres rencorosa —rebatía con un encono pueril, dado que había entendido perfectamente lo que Vanesa quería decir. Para rematar, le lanzó

una mirada de advertencia—. O eso creía.

Ella le sostuvo la mirada, sin dar su brazo a torcer. Había nacido dura de pelar y no iba a cambiar a esas alturas.

—Eres el único hombre en el mundo que me ha hecho llorar. No se me va a olvidar así como así.

Diego la estrechó entre sus brazos, sin importarle que estaban en medio de la calle y con un corrillo de abuelas jugando la partida al *cinquillo* dos plantas bajas más allá que no les quitaban ojo.

—No creas que estoy orgulloso de ello —musitó acariciándole la mejilla. La besó con increíble ternura. Tanta que consiguió que a Vanesa se le doblaran las rodillas.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Diego entendió hasta qué punto pensaba ponérselo difícil su chica dura preferida.

Acababan de inaugurar un hotel rural con actividades de bienestar y circuito *spa* a menos de treinta kilómetros. Como oferta de bienvenida y para darlo a conocer, las actividades se ofrecían a un precio de risa. Con lo cual, hacía dos semanas que la comarca entera del Bajo Aragón y otras limítrofes de la provincia de Teruel acudían en tropel para disfrutar de las instalaciones a la cuarta parte de lo que costaba la entrada.

Diego programó una escapadita con las pequeñas. En el *spa* habían adaptado una zona para niños, así que la ocasión le vino como anillo al dedo. Le apetecía recuperar la complicidad con Vanesa y los buenos ratos que compartieron al principio. Así que la llamó, dado que andaba de ronda ese día por las carreteras comarcales de la zona, y la invitó a pasar el domingo con ellos en el nuevo *spa*.

Pero la respuesta de Vanesa no fue la que a él le habría gustado.

—Explícame eso de que iremos *como amigos*.

—Amigos solo —puntualizó ella.

—¡Un cuerno! —gruñó perdiendo la paciencia—. Tú y yo somos mucho más que amigos. Olvídate de retroceder casillas que lo nuestro no es el Juego de la Oca.

—Es lo que hay, o lo tomas o lo dejas.

—Ni lo tomo yo ni lo dejas tú —sentenció cada vez más enfadado—. Óyeme bien, no me conformo con lo que me ofreces. No necesito una amiga con derecho a roce.

—Jamás te ofrecería eso, porque detesto ese tipo de relación —Diego

escuchó su respiración al otro lado de la línea—. Solo quiero que vayamos despacio hasta que no aclares tus ideas respecto a nosotros, ¿de acuerdo?

—De ninguna manera —refutó tajante

—Me da miedo que vuelvas a hacerme daño.

—Y a mí también...

—¿También, qué?

—Olvídalo —zanjó, mordiéndose la lengua.

Él tenía más miedo que ella; auténtico pánico a perderla desde que la vio en tendida en la cama de aquel hospital. Se le revolvían las tripas sólo de pensar que pudiera ocurrirle algo malo, pero añadir más inseguridades no era lo más sensato.

—Tal como están las cosas, lo mejor será que no vaya con vosotros. Laura y Elena no tienen por qué aguantar un día de caras largas por culpa nuestra. Diego a punto estuvo de estampar el teléfono contra la pared. En lugar de eso, contó hasta cinco en silencio.

—Es lo más inteligente que te he oído decir. Y colgó.

\* \* \*

Era obvio que Diego no estaba entrenado en el arte del tira y afloja. No imaginó que lo último que esperaba Vanesa fue que le diera la razón. Para ser exactos, el hecho de que no insistiera en que pasara el domingo con él y las niñas la puso hecha una auténtica furia. Como remate, el detalle de colgar a lo bruto sin una mísera despedida, la sacó de sus casillas. El domingo, pues, decidió recalcarle que era una hembra bragada y con ideas propias, por si a esas alturas aún no se había percatado.

Diego salió del *jacuzzi* porque, con tal afluencia de público, disfrutar de calma en aquel lugar resultaba imposible. Dio un vistazo a las niñas, que chapoteaban en la piscinilla infantil y alzó la vista como movido por la fuerza de un imán. En silencio dedicó unos cuantos calificativos nada cariñosos a su hermano menor. Aquella casualidad nada casual por fuerza debía ser idea suya. En ese momento entraba en el *spa* de la mano de Lola. Y con ellos, Vanesa.

A Diego no le hizo ninguna gracia que ella fingiera no verlo y, en lugar de acercarse, fuera a escoger una tumbona de madera junto a la cristalera que daba al jardín, justo delante de la poza en la que flotaban cubitos de hielo. Ojeó de nuevo a sus hijas, en aquella charquita con el agua a la altura del tobillo no corrían peligro. Además, Elena llevaba puestos sus manguitos hinchables por si acaso resbalaba. Así que retornó su atención al trío recién

llegado. Las chicas lucían un par de bikinis que ese día a Diego se le antojaron minúsculos. Meneando sus cuerpazos con indolencia, las chicas acompañaron a Rafa al pequeño bufé de té e infusiones. Mientras la pareja decidía qué tomar, Vanesa regresó a su tumbona con una taza humeante en la mano. Una gota de infusión fue a caerle en la parte más tentadora del escote. Diego habría deseado recogerla él mismo con la lengua. Pero ella lo hizo con el dedo y se lo llevó a la boca con una malicia inocente que lo puso duro como una piedra. Maldiciendo entre dientes, bajó la vista a su entrepierna. La erección se le notaba con el bañador y de qué manera.

—Laura, vigila a tu hermana —gritó antes de zambullirse en la poza de hielo.

Ahogando una palabrota, la cruzó bajo el agua y emergió delante de Vanesa. Cuando apoyó los antebrazos en el borde de la piscina, estaba temblando.

—Tienes la piel de gallina —dijo ella a modo de saludo.

—Agua fría es justo lo que necesito.

De entre todos los presentes, él y otros dos chavalotes insensatos eran los únicos que se atrevían a meterse en la poza.

—Venga, sal de ahí y no te hagas el valiente que vas a coger una pulmonía.

—No puedo. No, mientras no se me baje el calentón que me provocas —murmuró mirándola sin pestañear—. Estás tan buena que tendrías que estar prohibida, no sé si te lo he dicho alguna vez.

Ella le regaló una risita de diablesa y dio un sorbito a la taza que sostenía entre las manos. Justo entonces las niñas la llamaron desde lejos; Vanesa la saludó agitando la mano en alto, las pequeñas le lanzaron besos al aire que ella correspondió de igual manera.

—Qué guapísimas son mis chicas —pronunció para sí misma; y de inmediato se arrepintió y miró a Diego que la estudiaba con ojos sonrientes

—. Tus hijas, quería decir.

A él se le borró del rostro la alegría que le provocó escucharla hablar de las pequeñas como algo propio. Aunque sabía que Vanesa alegó aquello último con cierta maldad y en contra de lo que le dictaba el corazón.

—A lo mejor me meto con los niños en la pequeña —comentó ella, sin dejar de mirar hacia allí—. Tiene que ser divertido con todas esas pelotas de colores.

Qué pensamientos más perversos le vinieron a la cabeza al visualizarla

chapoteando en medio de todas aquellas criaturillas. Se imaginó el *spa* desierto, ellos dos nada más. Apartaría las bolas multicolores en dos patadas, se sentaría con la espalda apoyada en el borde y le arrancaría el bikini. Le abriría las piernas, tiraría de ella para sentársela encima y, rodeados de pelotitas, la haría cabalgar sobre él, empalándola hasta el fondo, hasta el fondo, hasta el fondo...

Tuvo que meterse por completo bajo el agua, o dejaba las fantasías para otro momento o su erección no iba a disminuir en la vida. Cuando emergió por segunda vez, le castañeaban los dientes. Sacudió la cabeza con energía y Vanesa chilló al recibir la lluvia de gotitas heladas que le erizó la piel y le irguió los pezones.

—¡Ay, no salpiques! —protestó ella—. ¿Por qué no te vas a la zona de las infusiones y te tomas algo?

—¿Me estás echando? —tanteó con una mirada centelleante.

Ella puso la típica carita inocente de niña mentirosa y a Diego le entraron ganas de comérsela entera.

—Lo hago por tu bien —aclaró con un pestañeo lento—. Me preocupa que te congeles ahí metido.

—Pues no te preocupes tanto, que sé cuidarme. Y lo único que me apetece meterme en la boca lo tengo delante —Vanesa le siguió el juego y afiló la mirada fingiendo no saber—. Ahora mismo solo puedo pensar en gominolas.

Ella se mordió el labio inferior y le sostuvo la mirada.

—Así que te gustan las chuches como a los niños... —chasqueó la lengua y se relamió el labio superior—. Creía que, de los dos, la niñata inmadura era yo —le recordó con dulce maldad.

—Sigue mirándome así y no respondo de mis actos —murmuró.

Vanesa respiró hinchando el pecho con un sube y baja provocador. Diego tuvo que ladear el rostro para no quedarse mirando embobado los pezones que despuntaban duros como piedras bajo la licra. Echó un vistazo a sus hijas. Un poco más allá, observó a Rafa que no paraba de darse besitos con su chica bajo la lámina de agua de la cascada artificial.

—Míralos, tu amiga Lola tiene a mi hermanito completamente idiotizado, mañana tarde y noche.

—Qué tendrán las chicas de uniforme.

—Qué tendrán, eso me pregunto yo —dijo sin quitar la vista de esas dos tentaciones redondas tan apetitosas que apenas cubría el bikini.

\* \* \*

Al día siguiente, Vanesa pensó en un primer momento que se trataba de un truco para hacerla acudir a su casa. Pero no fue así. En cuanto llegó a la clínica de Diego, constató que el aviso requiriendo la presencia de una patrulla tenía fundamento y que el hecho de que acudieran ella y su compañero Pablo a la llamada, de entre todos los guardias del puesto de la Guardia Civil, fue fruto de la casualidad.

Fue Pablo quien decidió dar aviso al Servicio de Protección de la Naturaleza cuanto Diego les enseñó el halcón herido y les explicó el problema.

—Un grupo de excursionistas lo ha encontrado en este estado. Perdigones —puntualizó—. Algún idiota corto de vista que ha disparado, porque cualquier cazador de por aquí distingue un halcón a la legua —explicó, sin entender que tipo de confusión había ocurrido para que el animal tuviera incluso algún hueso roto del disparo—. Yo le he extraído todo el plomo y lo he entablillado como he podido, pero para que se recupere al cien por cien y pueda volver a volar, necesita cuidados más específicos.

La patrulla del SEPRONA no tardó en llegar dese Alcañiz. Uno de los dos agentes, había sido medio novio de Vanesa tiempo atrás y ella lo recibió con un abrazo y dos besos más efusivos de lo normal entre compañeros.

El agente adivinó sin mucho esfuerzo a qué venía tanto cariño repentino.

—¿Qué? ¿Dándole celos al médico de los animalillos? —murmuró, con ella aún entre los brazos.

—Que sufra.

Él disimuló la risa y escudriñó a Diego por encima de la cabeza de Vanesa, que los acribillaba a ambos con una mirada siniestra.

—Venga, corazón, suéltame —rogó por lo bajo, con su inconfundible acento sevillano—. Que si no, además del pájaro, voy a llevarme también dos hostias.

Cuando los agentes de la unidad de protección se hicieron cargo del ave herida y partieron de regreso a Alcañiz; aprovechando que el otro guardia había salido a la calle a despedirlos, Diego tiró de la muñeca de Vanesa y la atrajo bien cerca de su cuerpo.

—¿Qué es, un follamigo?

Vanesa lo miró a los ojos sin ocultar cuánto le había molestado el comentario.

—Yo no tengo follamigos —avisó con acritud—. Ese tipo de relación

sin compromiso no entra en mis esquemas, ya te lo he dicho un montón de veces. Alberto y yo salimos juntos una temporada y de aquello me queda una buena amistad, que es mucho más de lo que puedo decir de ti.

Diego la cogió de la mano para impedir que se alejara de él.

—No te enfades, diosa de verde —rogó arrepentido.

—¡Pues no me hagas enfadar!

Él agachó la cabeza, se llevó la mano de Vanesa a la boca y le besó los nudillos con delicadeza antes de mirarla de nuevo a los ojos.

—Tú y yo no empezamos con buen pie, ¿recuerdas? —recordó, elevando una comisura de la boca. Vanesa guardó silencio—. Hoy me ha llegado el aviso de pago de la multa.

Ella chasqueó la lengua y cerró los ojos.

—Lo siento.

—No lo sientas, la culpa fue mía.

—Sí, pero estamos en Navidad...

Él alzó las cejas, incrédulo. El tono pesaroso de Vanesa lo hizo sonreír.

—Con multa o sin multa, puedes estar tranquila que las niñas y por mí. Mi padre tiene un mesón, de hambre no nos moriremos este mes —bromeó.

—He decidido pagarte la mitad de la multa. Aquel día estaba enfadada por varios motivos y tú acabaste con mi paciencia. No fui justa convirtiéndote en el blanco mi mal humor.

—Olvídalo, Vanesa. Y te agradeceré que no vuelvas a comentarlo.

—Lo de someterte a la prueba del alcohol... Me excedí —reconoció arrepentida—. Porque además no superabas el límite.

—Menos mal.

—Con la de hablar por el móvil ya ibas apañado, podía haberme ahorrado la sanción por conducción temeraria. Creo que lo justo es que la paguemos a medias —insistió.

Diego la cogió por los hombros.

—He dicho que no. Y no te atrevas a sacar del bolsillo un solo euro o sabrás lo que es verme enfadado.

\* \* \*

A pesar de las serias advertencias de Diego, Vanesa no eran de las que daban su brazo a torcer. Unas horas después, antes de continuar la ronda por las carreteras del término municipal, decidió pasar por el mesón.

—Manuela, si eres tan amable, te agradeceré que le entregues este sobre a tu hijo.

—¿A cuál de los dos? —preguntó, con mucha guasa. Vanesa respondió con un suspiro.

—Ayayay, que lío os traéis —la regañó con un cabeceo de madre—. Con lo fácil que es hablar las cosas a la cara.

—Esta vez, me parece que no. Ya he hablado con Diego y no ha funcionado. ¿Me harás ese favor?

—Si prometes hacerme tú a mí el favor de arreglar de una vez las cosas con mi chico —pidió, y le tomó la mano que aún sostenía el sobre—. Para Tomás y para mí ya formas parte de la familia, maja.

A Vanesa la emocionaron aquellas palabras.

—Uff, me marchó que al final voy a acabar llorando —dijo, apretándole la mano a Manuela infinitamente agradecida.

—Pues de eso nada, que la vida son cuatro días y para llorar ya tenemos el Telediario. Venga, buen servicio. Y descuida, que yo se lo daré en cuanto lo vea.

Vanesa salió del mesón. La mujer, antes de regresar a sus quehaceres, dejó junto a la cafetera el sobre que la chica le había entregado y allí permaneció hasta última hora de la tarde.

Diego, como cada día, se acercó con las niñas para que vieran a sus abuelos. Manuela cumplió con su promesa y le entregó en mano el sobre cerrado de parte de Vanesa. Cuando él lo abrió y vio en su interior el dinero, masculló una expresión tan sucia que se ganó una severa reprimenda por parte de su madre.

—No tenías que haberlo cogido —la regañó él.

—¡Eh, frena ese genio, que soy tu madre! A mí no me echas las culpas, que ni sabía lo que contenía ese sobre ni ganas tengo de saber qué significa ese dinero. Así que, arreando a otra parte con tus malas pulgas.

—Quédate con las niñas hasta que vuelva —decidió, señalando a sus hijas que se entretenían en emborronar folios con los lápices de colores en la mesa del fondo.

—¿Tardarás mucho? —preguntó su madre, con un tonillo no exento de malicia que se ganó una mirada torva por parte de su hijo—. Lo digo por ir preparándoles algo de cena antes de que empiecen a pedirme un zumo o un paquete de gusanitos.

—Si ves que tardo, dales de cenar.

—Y a ti, ¿te esperamos para la cena?

Él apretó la mandíbula con la vista clavada en el sobre de Vanesa.

—A mí se me ha quitado el hambre —sentenció, guardándolo en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

\* \* \*

Tenía que reconocerlo: Vanesa sabía cómo tocarle la moral. Y cómo sacarlo de sus casillas también; eso en particular se le daba de lujo. Con un enfado de mil demonios, Diego caminó calle abajo, derecho hacia el cuartel de la Guardia Civil.

Como era de esperar, el agente de puertas le impidió el acceso en cuanto solicitó que le franqueara el paso, pidiéndole de manera expeditiva —para acabarlo de arreglar— que le prestara un martillo.

—A mí no me líe usted, que me pone en un compromiso —alegó el guardia, negándole la entrada por segunda vez pese a la insistencia de Diego.

Él sacudió la cabeza ante el trato tan rimbombante con el que el agente marcaba las distancias, cuando a diario se saludaban de tú cuando se cruzaban por la calle.

—Venga, hombre, ¿y a qué viene el hablarme de usted a estas alturas?

—No insistas —pidió, retornando al tuteo—. Ya te he dicho que Vanesa no está.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Eso es lo que yo quiero, que no esté.

—No me jorobes, que te veo las intenciones. Y eso de tirar para adentro de cuartel con un martillo en la mano no pinta bien.

—¡A ver si te crees que voy a destrozáros el cuartelillo a martillazos! ¿Tienes uno a mano o no?

—Pues no.

Diego dio un repaso visual al despachito.

—Me sirve ese pisapapeles.

—Escúchame, haz el favor —insistió—. Si tienes algo que resolver con ella, lo habláis con calma, tranquilamente los dos...

En vista de que con exigencias no iba a salirse con la suya, Diego adoptó una actitud casi suplicante.

—Venga, hombre, yo creo que me lo debéis, ¿no te parece? — el guardia le lanzó una mirada escéptica—. Que os vacuno gratis a la perra y os la tengo mejor atendida que a los chuchos de la reina de Inglaterra.

Miró en redondo a ver si veía a la perrilla por allí. Un par de caricias y cariñitos al animal acabarían por convencer al guardia. Pero no, ni rastro de ella. Debía andar husmeando a su aire por los alrededores del cuartel.

—Esto te va a costar un saco de pienso para la Chispa —avisó el

guardia, señalándolo con el dedo.

Diego respiró satisfecho por fin.

—Que sí, hombre, que sí —aceptó—. Uno no, dos. Y del especial para perros activos, con proteínas, vitaminas y minerales.

—Bien.

—Préstame el pedrusco ese y os regalo también un par de huesos de cuero para que se entretenga —añadió con aire negociador—. Ah, y ya puestos mira a ver si puedes escaquear unas chinchetas de ahí —añadió señalando un tablón de corcho en la pared del que pendían folios con las planillas de turnos, dos o tres fotografías, una tarjeta de visita y una cuartilla con números de teléfono.

El guardia lo miró de arriba abajo y, con expresión socarrona, fue hasta el tablón y cogió unas cuantas chinchetas que entregó a Diego junto al pesado guijarro de río que usaban como pisapapeles.

—Adelante —claudicó poco convencido—. Pero a ver qué haces por ahí arriba, que no quiero líos.

—No los tendrás, te doy mi palabra —aseguró con un guiño.

Y no los tuvo durante la media hora siguiente. Diego se marchó por donde había venido, no sin antes darle las gracias y el agente no quiso saber ni preguntó a qué se debían los golpes que se escucharon durante los cinco minutos escasos que el veterinario permaneció en dependencias oficiales. Sus problemas empezaron justo cuando regresó la guardia Morales al finalizar su turno. Vanesa no podía creer que Diego hubiese tenido carta blanca para entrar en un cuartel de la Guardia Civil, para plantarse además ante el minúsculo apartamento donde ella vivía y que, sin que nadie se lo impidiera, hubiese tenido valor de clavar con chinchetas en su propia puerta todos y cada uno los billetes de curso legal que le había hecho llegar en un sobre.

Sin desclavar el dinero de la pared, bajó las escaleras del único piso y se plantó en el despachito de portería hecha una fiera.

—¿Y puede saberse por qué lo has dejado entrar? —le espetó al otro guardia, con los brazos en jarras—. Como Parrondo se entere de esto te va a caer una buena...

—El brigada no tiene por qué enterarse si no se lo dices tú.

Como era obvio, Vanesa no era una chivata ni pensaba dejar en evidencia un compañero, por muy cómplice que fuera de la venganza de Diego. A pesar de ello, quería una explicación

—No me digas que no has oído nada, porque no me lo trago —adujo

señalándolo con el dedo índice estirado como una maestrilla antipática. Pero el otro se cerró en banda y no obtuvo de él más que un evasivo sube y baja de hombros.

—¿Sabes qué te digo? —concluyó señalándole la entrada del cuartel—. De hoy en adelante, las peleas de novios del portón para afuera.

\* \* \*

Vanesa vio la puerta abierta, así que entró sin avisar y se plantó en medio de la clínica. Diego, que estaba sentado detrás del escritorio, le echó una mirada breve y continuó a la suya. Aprovechando que no tenía que hacer cena esa noche, entró a rellenar un formulario para la Consejería que debía enviar por fax al día siguiente sin falta.

—Hay que reconocer que tienes un par de huevos —le soltó ella a modo de saludo.

—Sí, la última vez que miré estaban en su sitio —comentó con mucha calma. Alzó la cabeza y la encaró con una mirada desafiante—. Además, no sé de qué te extrañas, en los tíos vienen de serie.

Ella se mordió los labios para no reírse. Se desabrochó el anorak del uniforme y lo dejó sobre la camilla donde Diego atendía a los animales. Con la calefacción central allí hacía calor.

—¿Tú sabes la que podría caerte encima por entrar por las buenas en un recinto de seguridad y armar la que has armado?

Diego se levantó del sillón, rodeó el escritorio y se medio sentó sobre el tablero de cara a ella.

—Detenme, si es a lo que has venido —la invitó, apoyando las manos en el escritorio, una a cada lado de su cuerpo—. ¿Vas a ponerme las esposas? Ella ladeó la cabeza y, poniéndose seria, aguantó la mirada retadora que le lanzaba. Fue Diego quien deshizo el silencio.

—De alguna manera tendrás que entender que con el resto del mundo, puede, pero conmigo no tienes la última palabra —enunció con mucha calma.

Vanesa ya no pudo seguir con la farsa, se le lanzó al cuello y él la rodeó con los brazos, recibiendo con ganas su boca. Se devoraron con besos hambrientos y las caricias con que sus manos recorrían al otro se tornaron cada vez más ansiosas. Diego empezó a desabrocharle la camisa del uniforme.

—Putita hebilla —masculló al llegar al cinturón.

A Vanesa le entró risa y, sin dejar de besarlo, se la desabrochó ella misma.

—¿Qué ha sido de la lencería *sexy*? —preguntó Diego abriéndole la camisa de par en par.

Vanesa se miró el sujetador deportivo con broche delantero y lo abrió invitándolo a seguir.

—Se acabó —anunció a modo de castigo, recordando la noche del tanga de encaje—. Ahora uso ropa interior blanca de algodón y si no te gusta, te aguantas.

El atrapó un pecho con la boca muy abierta y succionó hasta hacerla gemir. Se deleitó con el otro, jugando con la lengua alrededor del pezón mientras le bajaba los pantalones y las bragas a la vez con un rudo estirón.

—Por mí como si usas bragas hasta el cuello —opinó, con un lametón malicioso que le puso la piel de gallina—. Ya ves lo que tardo en quitártelas.

La acarició entre las piernas y ronroneó como un gato satisfecho al notarla húmeda y preparada para recibirlo.

—La puerta está abierta —gimió Vanesa, en un destello de sensatez.

—¿Quién va a venir a estas horas de la noche?

—Diego... —insistió. Pero él no estaba por la labor de escuchar—. En la camilla de los bichos no —protestó al verle las intenciones.

Él se incorporó, la giró con una facilidad pasmosa y la tumbó sobre el escritorio. Vanesa dio un quejido al clavarse un bolígrafo en la espalda.

—Aquí el único bicho malo que ha entrado en todo el día eres tú.

Ella le tiró del pelo y lo riñó con un beso tan caliente que fue más un premio que un castigo.

Diego le cogió las manos para que lo soltara y fue a cerrar la puerta con pestillo. Cuando se dio la vuelta, ella se había incorporado y se estaba desabrochando la bota derecha con el pie apoyado en el escritorio. Regresó junto a ella y se agachó para ayudarle con la izquierda.

—Putos cordones.

—Trae, torpe —dijo riendo de nuevo.

En un segundo la tenía desatada y se la quitó lanzándola al aire con ayuda del otro pie. Diego acabó de desnudarla de cintura para abajo y, mientras se desabrochaba los botones de la bragueta y liberaba su miembro palpitante, ella colocó las piernas sobre sus hombros y lo atrajo por las caderas. Él no se hizo de rogar, la penetró rápido y sacudió las caderas con un ritmo enloquecido. Vanesa se clavó los dientes en el labio inferior hasta hacerse daño. El orgasmo los sacudió a los dos a la vez, con una intensidad brutal que los dejó sin aire. Diego se dejó caer sobre ella como un peso

muerto. Un lápiz rodó sobre el tablero y, entre jadeos locos, Vanesa oyó el clic que hizo al caer al suelo. Abrió los ojos y clavó la vista en una diminuta grieta del techo. Diego tenía la cabeza apoyada en su cuello y no la dejaba respirar, se la cogió con las manos y la colocó sobre su pecho. Tenía la frente sudada; se incorporó como pudo sobre los codos. La escena de ellos dos tirados encima del escritorio era de película porno. Diego seguía sin dar señales de vida. Le acarició el culo y miró de lado, tenía los pantalones por los tobillos. Y ella aplastada debajo de su peso con él entre las piernas. Así siguieron, tumbados sobre la mesa. Vanesa medio desnuda, con calcetines de deporte, la camisa del uniforme abierta y las tetas al aire. Por fin Diego levantó la cabeza. Vanesa le tomó la cara entre las manos y lo miró a los ojos. ¡Cómo amaba a ese hombre!

—A veces odio quererte tanto —murmuró. Diego le suplicó con la mirada.

—No digas eso. Haces que me sienta como una alimaña. Ella lo miró con infinito amor.

—Qué tontería, si tú eres bueno hasta decir basta, pero...

Diego la calló con un beso. Se negaba a escuchar nada más.

\* \* \*

Pasó la Nochebuena y también el día de Navidad. Vanesa, que había disfrutado de dos meses de asueto, se presentó voluntaria para trabajar durante ambas jornadas festivas, a favor de sus compañeros, algunos de los cuales pidieron permiso para viajar a pasar las fiestas con sus familias. Así pues, entre los turnos dobles y la sencilla celebración en la Casa Cuartel con todos los que, como ella, estaban de guardia, apenas vio a Diego durante esa semana. Sí lo llamó en Nochebuena y él se dejó caer con las niñas al día siguiente por el acuartelamiento, para que al menos Elena y Laura le dieran un beso y le entregaran en mano la felicitación navideña que entre las dos, y con ayuda de su padre, habían preparado para ella. Como el día veintiséis Diego viajó con sus hijas hasta Peñíscola, para que pasaran el fin de semana con sus abuelos y celebraran en su compañía parte de las fiestas, él y Vanesa tampoco tuvieron ocasión de verse.

El día veintinueve de diciembre, Vanesa firmó el recibo que acababa de entregarle el cartero junto con una carta, sin entender qué se traía Diego entre manos para hacérsela llegar por correo en lugar de acercarse andando el mismo a la Casa Cuartel. O de llamarla al móvil, o mandarle un wasap si no tenía ganas de hablar. Y encima la había franqueado certificada, nada más ni

nada menos.

—¿Y por qué me la manda por correo si vive dos calles más allá? — pensó en voz alta.

El cartero movió la cabeza y respondió por pura mecánica.

—Pues vaya usted a saber, agente. Si yo fuera psicólogo estaría tan a gusto en un despacho y no andaría repartiendo el correo por esas carreteras de Dios, en una furgoneta amarilla, sin aire acondicionado ni dirección asistida.

—¿Quiere que le enseñe nuestros vehículos y se consuela? —sugirió

Vanesa, señalando con la cabeza hacia el exterior de la Casa Cuartel. El hombre desechó la idea moviendo la mano.

—Y luego dicen que trabajar para el Estado es un chollo. Hala, a no cansarse.

Cuando el cartero arrancó la furgoneta y se marchó carretera arriba, ya sola en la puerta del cuartel, Vanesa resopló sin ganas de juegos y se apresuró a rasgar el sobre. Extrajo su contenido y, al ver una minúscula hojita de un taco de notas, pensó que gastar tiempo y sellos para enviarle una frase garabateada era la idea más tonta del mundo. Leyó la nota de Diego. La citaba ese mismo día a las seis en la Era del Tuerto. ¿Eso era todo? Tentada estuvo de acercarse a su casa para que le aclarara a qué venía tanto misterio. Pero decidió darle el gusto y seguirle el juego de las citas por correo, como en los tiempos de sus abuelos.

\* \* \*

Llegó la hora y Vanesa aguardaba en la era, quince minutos antes de lo previsto, acompañada por Lola que no quiso perderse el espectáculo. Esta disimulaba la risa al ver que a su alrededor iban congregándose un montón de curiosos, desde abuelos de boina que no tenían nada mejor que hacer hasta forasteros senderistas, de los de mochila y bastón de alpinismo *fashion* del Decathlon. Miró de reojo a su compañera, que no hacía más que moverse de puros nervios.

De pronto se escuchó un ruido zumbón parecido al petardeo del motorcillo de un compresor, que fue en aumento y las hizo mirar al cielo. Por el Oeste apareció un aparatejo volador que Vanesa no supo identificar pero tenía pinta de ligero e inseguro, capaz de ser tumbado por una simple ráfaga de viento. Al piloto no se le distinguía, pero a ella se le subió el corazón a la garganta al imaginar a Diego manejando aquel cacharro a tantos metros de altura.

Lola, en cambio, distinguió al primer vistazo de qué tipo de artefacto

volador se trataba. Perteneía a una empresa de actividades multiaventura de Calanda.

—¡Guau! —exclamó—. No tenía ni idea de que tu chico supiera pilotar un ultraligero.

—Ni yo tampoco —masculló con la mirada fija en el Ala Delta—. Y no es mi chico.

—Sí lo es.

—Que no.

—Que sí, tonta —insistió Lola con una risita.

El piloto hizo un quiebro arriesgado sobre las cabezas de toda la concurrencia que obligó a Vanesa a tragar saliva.

—¿Pero qué hace? ¡Que se va a matar! —exclamó Lola encogiendo el cuello.

—Y si no, lo mataré yo en cuanto ponga los pies en tierra —farfulló Vanesa, aún con el susto del cuerpo.

Lo vieron sobrevolar en redondo y cuando el ala delta completó el círculo sobre la era, dejó caer un globo rosa del que pendía un hilo con un sobre. Vanesa maldijo entre dientes a cierto veterinario, por sus ocurrentes maneras de hacerle llegar sus mensajes en lugar de enviarle un wasap como hacía todo el mundo. El globito planeó hasta caer sobre las losas y un abuelo muy amable se apresuró a recogerlo del suelo para, acto seguido y tras leer el nombre escrito en el sobre, llevárselo en mano.

A Vanesa no le dio tiempo a abrirlo porque, con un runrún ensordecedor que los obligó a todos a apartarse, el ultraligero se posó en el centro mismo de la era. A Lola y a ella casi se les cae la mandíbula al suelo al descubrir quién era el piloto, cuando este bajó del aparato y se quitó el casco. Era Rafa quien se dirigía hacia ellas con una sonrisa ladeada.

Sí que era listo, sí, pensó Vanesa. Si lo que pretendía era impresionar a Lola, lo había conseguido. No había más que verle la cara a su amiga. Lo esperaba con la emoción a flor de piel como si el que avanzaba hacia ellas fuera un auténtico superhéroe salido de su nave interestelar, con banda sonora de Aerosmith, aunque a esas horas en la era no se oía otra cosa que el zumbido de un par de moscardas.

\* \* \*

Los curiosos se fueron dispersando. Vanesa dio dos besos y las gracias a Rafa por llevar a cabo el numerito ideado por Diego, era lo justo. Además, le llegó al alma que estuviera dispuesto a cualquier locura con tal de ayudar a su

hermano. Y mientras ella se iba a un lado para leer el contenido del sobre con algo de privacidad, el héroe de la tarde se acercó a Lola que parecía haberse quedado muda de repente.

—¿Qué pasa con nosotros, princesa? —Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Se limitó a elevar un hombro—. Podemos seguir fingiendo que no sentimos nada el uno por el otro.

—Yo soy una persona seria, Rafa.

—¿Y yo qué soy, el payaso Krusty? —sugirió, con una mirada torva.

—No quiero ser una más en tu colección.

—No lo eres —aseguró muy serio—. Y puede que tu colección sea más grande que la mía.

—Seguro que no.

Él se colgó el casco del codo, y entornó los ojos, molesto por lo que implicaban las palabras de Lola. Ella lo notó y decidió dejarse de dudas.

¡Que caray! La vida estaba hecha para disfrutarla.

Pero justo cuando Lola iba a sincerar sus sentimientos, Rafa le soltó a la cara todas sus quejas con un tono que la irritó bastante.

—Estoy cansado de que me busques y luego me evites —espetó con el ceño arrugado—. Ya empieza a hartarme este juego tuyo de «ahora sí, ahora no», así que...

Lola pestañeó un par de veces y apretó los dientes, con la rabia pinchándole dentro. El muy capullo era único para cargarse la magia de un momento tierno.

—¿Así que, qué? ¿Qué te buscarás a otra? —tanteó con una mirada dulce falsísima—. Pues yo a otro. A otro, no, ¡a tres!

—Y yo a media docena. Y te las presentaré a todas para que las conozcas.

—¡Y yo a siete! Y me los llevaré de copas al mesón el día que tú estés allí

—amenazó con los ojos echando chispas.

Rafa manoteó en el aire para apartar una mosca.

—¡Y yo les echaré laxante en el cubata y me descojonaré de risa!

Ella estalló en carcajadas. Aquella pelea de patio de colegio era la conversación romántica más absurda que podía caber en cabeza humana.

—¿Harías eso? —preguntó, con un suspiro feliz—. Eres muy malo.

—Y tú, una bruja piruja —musitó, acariciándole la mejilla con un dedo. Los ojos de Rafa reflejaban un cúmulo de emociones que convertían aquellas

palabras tontas en una verdadera declaración de amor. Lola estuvo a punto de echarse a llorar, reír y saltar de pura felicidad.

—¿Tienes algo en contra de la palabra «novio»? —tanteó, tratando de mantenerse seria aunque la sonrisa le afloraba a la boca.

Rafa la cogió por la cintura y la atrajo hasta que no quedó entre ellos ni un centímetro de distancia. Era una palabra nueva para él pero, viendo la felicidad en los ojos de la chica que tenía entre los brazos, supo que era hora de añadirla a su vocabulario.

—Contigo no, nada en absoluto.

Se inclinó y Lola acertó el espacio entre sus bocas, dando la bienvenida a un beso lento y sensual. Y a todos los que vinieron detrás de ese.

\* \* \*

Vanesa, en agradecimiento, se empeñó en invitar a Rafa a unas cañas. Momento que él aprovechó para disculparse ante ella por su estúpida actitud aquel lejano día de la multa en la carretera.

—Me comporté como un perfecto gilipollas. Ella le restó importancia con media sonrisa.

—Echémosle la culpa a los mojitos.

—Como quieras —aceptó pinchando una aceituna—. Pero el chiste del pulpo fue una imbecilidad por mi parte.

Vanesa dio un traguito a su cerveza, mirándolo con cierta admiración.

—Te lo perdoné al día siguiente, cuando recibí tu nota de disculpa y las botellas de vino. Que, por cierto, estaba buenísimo.

Rafa sonrió con la complicidad de quien comparte un secreto. Nadie sabía que, allá por mayo, le había hecho llegar a la Casa Cuartel una caja de tinto reserva de la Casa Grande. Del que encontraron en la sala de crianza bajo tierra cuando Nico heredó la finca, y que constituían las primeras botellas de la bodega de Nico y Max en la que él trabajaba como ingeniero agrícola.

—Mis compañeros te lo agradecieron un montón —añadió Vanesa.

—Así que los agentes de la Guardia Civil también beben alcohol —comentó con fingida sorpresa.

—¡Pillada! —sonrió, siguiéndole la broma—. En el fondo eres un tío legal. Muy en el fondo, eso sí —aceptó con ojos reñidores—. Me da a mí que al final Lola va a tener razón. Dice maravillas de ti.

Rafa la miró a los ojos con innegable suficiencia.

—Si mi novia no habla bien de mí...

—¡Anda! —exclamó sonriente—. Así que por fin os habéis decidido a dar el gran paso. Cuida de ella y tenla contenta, ¿me oyes?

—Haré cuanto esté en mi mano —afirmó guiñándole un ojo.

Como Vanesa estaba de buen humor, Rafa aprovechó para abogar en favor de su hermano. Bastante mal lo había pasado y merecía que su vida cambiara para bien.

—Y Diego y tú, ¿cuándo pensáis dar ese paso que os falta?

Ella ni disimuló ni eludió el tema.

—Me tiene hecha un lío.

—Con lo que te quieren las niñas...

Cabizbaja, ella hizo rodar entre los dedos su copa de cerveza en un gesto distraído.

—Y yo a ellas —admitió con un suspiro triste—. Pero yo ya no sé qué pensar. Al principio todo iba de maravilla, pero un día todo cambió.

—Desde que te hirieron.

Vanesa alzó el rostro y lo miró de frente, sorprendida de que Rafa supiese el momento justo en que cambió la actitud de Diego hacia ella.

—Sí, así es.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tiene miedo de perderte?

—Pero la vida está llena de riesgos e imprevistos —razonó.

—Él ya ha pasado por ese trago. No fue fácil para Diego asumir que tenía que seguir viviendo cuando murió Paula, y más, obligándose a ser lo más feliz posible porque tiene dos niñas pequeñas por las que tirar adelante.

—Mira, acepto que la mía es una profesión de riesgo —aceptó recordando el incidente del navajazo.

—No des rodeos. Estuviste muy cerca de la muerte. Diego me contó que te seccionaron una arteria y que, de no ser por tu compañero, ahora mismo tú y yo no estaríamos hablando.

—Eso es verdad, le debo la vida a Pablo. Pero no es algo que ocurra todos los días. Mi padre se tiró años de uniforme y no sufrió ni un rasguño.

—Yo no soy quien para opinar sobre el fregado sentimental que os traéis —concluyó Rafa—. Pero piensa que si mi hermano teme perderte es porque le importas. Mucho —añadió mirándola sin pestañear; Vanesa no fue capaz de sostenerle la mirada—. ¿Acudirás pasado mañana a la cita?

—¿Y tú como sabes...?

—Leí la nota del globo, pero no se lo digas a mi hermano. ¿Acudirás o no?

Vanesa sonrió.

—¿Tú qué crees?

Quedaban dos días para la Nochevieja y Diego, en la carta que le había hecho llegar caída del cielo colgando de un globito rosa mariposa, la citaba en la plaza mayor a la hora de las doce campanadas.

\* \* \*

—No me puedo creer que ya andéis de nuevo de mudanza —comentó Vanesa, sin apartar la atención del volante—. ¿Pero estáis hablando en serio?

A pesar de estar de servicio, se había escapado un momento y llevaba a sus padres en su pequeño Peugeot hacia la Casa Grande. Sin reponerse aún del asombro de velos aparecer en la Casa Cuartel de Tarabán, con equipaje para una larga temporada. Muda se quedó cuando, a modo de saludo, su padre le anunció que había alquilado una casa en el pueblo, con intención de instalarse allí definitivamente si se adaptaban a la vida rural.

—Ya lo ves, hija —comentó su madre mirando a su marido—. Primero se le marchó la niña y luego el perro, demasiado para él.

—¿Y qué pensáis hacer con el piso de Cartagena?

¡Con la murga que dio su querido padre con la dichosa mudanza cartagenera! No había tardado ni seis meses en cansarse del pisito con vistas al mar.

—Ahí se queda —alegó este—. Más adelante, ya veremos si lo alquilo, que no son buenos tiempos para vender.

—Ay, papá, nos vas a volver locas —rebufó; y miró a su madre a través del retrovisor—. Yo no sé cómo lo has aguantado treinta y tantos años.

—Con mucha paciencia.

—Mira quién fue a hablar —protestó el aludido.

—Y mucho amor —añadió su mujer, riendo.

—Basta de charla —la frenó él, antes de que siguiera con las bromas románticas y lo hiciera sonrojar—. ¿Es ahí? —preguntó a su hija al distinguir la imponente casona entre las viñas.

—Sí, es esa —respondió su madre por ella; la Casa Grande se había hecho famosa gracias al programa de cocina de Nicolás.

—Date prisa que estoy deseando ver a Thor.

No era el único que estaba deseando aquel reencuentro. Aún no había detenido Vanesa el motor del coche cuando vieron a Max y Nico, que regresaban de pasear con el perro. Observaron que el animal enderezaba las orejas y salía a la carrera hacia ellos en cuanto distinguió que el hombre que

se apeaba del Peugeot era su guía y compañero de toda la vida.

A Vanesa y a su madre se les saltaron las lágrimas, viendo a su padre con los ojos brillantes de emoción y al perro dar vueltas en torno a él sin dejar de ladrar de alegría.

Después de las debidas presentaciones, el sargento Morales se deshizo en agradecimientos hacia la pareja por haber cuidado de Thor como si de su propio perro se tratara. Mientras su esposa no cabía en sí de contenta por poder hablar de tú a tú con el cocinero famoso de la tele.

Nico no dejaba de observar al viejo pastor alemán, moviéndose alrededor de su legítimo dueño con la energía de cuando era un cachorro.

—Está claro a quién pertenece —comentó Nico con él.

—¿De verdad no les importa que me lo lleve? —preguntó el padre de Vanesa—. Han sido muchos años juntos.

—Por supuesto que no. Desde el principio decidimos que se quedaría en casa como algo temporal.

Max fue consciente de la tristeza en la voz de su marido.

—Ya sabíamos que este momento tenía que llegar tarde o temprano —razonó.

Nico le dio la razón a regañadientes.

\* \* \*

La del treinta de diciembre no fue una buena noche para Nicolás Román. Le costó conciliar el sueño. Y el día siguiente no mejoró su ánimo. Acostumbrado a tropezar con el perrazo a todas horas, el vacío que había dejado tras su marcha se hacía aún más patente. Así que decidió volcarse en el trabajo. Habían cerrado al público el restaurante para descansar hasta el siete de enero. Así pues, mientras sus pinches de cocina se dedicaban a la limpieza a fondo antes de su merecida semana invernal de vacaciones y las dos señoras del pueblo que se encargaban de la limpieza del local hacían lo propio en el restaurante, Nico decidió aprovechar para actualizar el inventario de la cámara y la despensa.

Le intrigaba la ausencia de Max, llevaba desaparecido desde el alba. Cuando él despertó, ya se había marchado. Y durante la tarde anterior no dejó de hablar por el móvil. Nico sonrió, sospechaba que alguna sorpresa se traía entre manos.

Sobre las once de la mañana, miró el reloj al oír el motor de su coche. Se preguntó dónde habría estado desde tan temprano. En cuanto Max entró en la despensa con una caja de cartón en la mano, supo que en su interior hallaría

la respuesta.

—No puedo envolverlo, y tampoco puedo tener tu regalo escondido hasta el día de Reyes así que...

Nico se acercó con una sonrisa de curiosidad, dispuesto a averiguar a qué venía tanto misterio. Cuando destapó las solapas de cartón, no supo si abrazarlo o darle una colleja.

—Max, ¿por qué me haces esto?

Un cachorrito de apenas un mes lo miraba desde el fondo de la caja con la misma sorpresa que lo observaba él.

—Me había acostumbrado a los paseos a última hora de la tarde con Thor.

Nico se apresuró a coger entre las manos aquella bola de pelo color canela.

—¿Y esto se hace muy grande?

—Un poco —reconoció, evitando su mirada—. Es un labrador.

—Joder, Max... —lo regañó imaginando cómo sería tenerlo allí con un año y la inquietud juguetona propia de la edad—. Además, para andar por el campo no nos hace falta un chucho.

—No quiero que parezcamos un par de jubilados de esos que hacen la «Ruta del colesterol» antes de cenar, carretera arriba y abajo. Además, sacar a Thor para que corriera se había convertido en una excusa para estar juntos.

—Trabajamos juntos y vivimos juntos —rebatíó.

—Sí, pero rodeados de gente, de cámaras de televisión, de empleados y de clientes. Esos paseos se habían convertido en nuestro momento diario, solo para nosotros dos. Sin la obligación de pasear al perro, un día por otro lo iremos dejando...

—¿Y qué haremos con él cuando planeemos un viaje? —alegó, sin dejar de acariciar al cachorrito.

Nico no estaba dispuesto a renunciar a ese placer ni por un perro ni por nadie, ya trabajaban bastante durante el año como para no darse el capricho de recorrer el mundo juntos durante el mes de febrero. Cuatro semanas durante las que cerraban el restaurante, paraban las grabaciones del programa de cocina y dejaban la bodega y el viñedo en manos del personal.

—Estoy seguro de que en el pueblo encontraremos a un montón de gente dispuesta a hacerse cargo de él cuando estemos fuera —adujo.

—Ya, pero... —cuestionó achuchando al pequeño labrador que le lamía la mano.

Viendo que Nico se encariñaba con aquel bichito adorable a ojos vista, Max decidió rematar.

—Pero no voy a insistir si no estás convencido —dijo con un suspiro mentiroso—. Me lo llevaré de nuevo a la protectora, aunque ya sabemos que acabarán sacrificándolo si no encuentra a alguien que quiera adoptarlo — fingió alargando las manos.

Nico apretó el cachorro contra su pecho e impidió que lo tocara.

—¡Eh, eh, eh! Nadie va a sacrificar a mi perro —sentenció tajante—. ¿Tiene ya nombre?

Max se obligó a no sonreír, sin arrepentirse ni un pelo por el teatro que acababa de hacer. El perrito pertenecía a la camada de una perra del pueblo y fue Diego quien, horas antes, lo llevó a casa de su dueño cuando Max acudió a él, como veterinario, en busca de consejo.

—Había pensado en Rock. ¿Qué te parece? Como aquellos caramelos que comprábamos en Brighton.

Nico suspiró con añoranza, al recordar sus tiempos universitarios en Inglaterra. Ese nombre le recordará siempre los días en que él y Max se conocieron y supieron que siempre serían el uno para el otro.

—Rock, ¿te gusta tu nombre? —murmuró Nicolás al perrito, que no dejaba de lamerle la mano.

Max respiró con alivio. Ya era un hecho: el pequeño labrador se quedaba para siempre.

—Está claro que me enamoré de un hombre difícil —comentó, dada la suerte de artimañas que había tenido que utilizar para convencer a Nico.

—¿Difícil? Si haces conmigo lo que quieres.

—¿No lo haces tú conmigo?

Nicolás lo miró como un felino.

—También.

Max rió por lo bajo y, aprovechando que estaban solos en la despensa, le rodeó la cintura con los brazos y le dijo al oído algunas de las cosas que quería hacer con él durante la hora siguiente.

\* \* \*

Y esa misma noche, en el salón de la Casa Grande, junto a la chimenea, los padres de Javier, que habían acudido desde Huesca, charlaban con Julia, la madre de Álvaro. Aunque había abierto las puertas de su casona de la plaza para las fiestas, aprovechando que Álvaro y Celia se alojaban con ella, se unió a la cena de Fin de Año multifamiliar organizada por Nico y por Max.

En el sofá de enfrente, el abuelo Cele recibía una reprimenda de su nuera Rosita por el pitillo de Celtas sin boquilla que se acababa de encender, mientras su hijo intentaba poner paz entre ambos, para variar. Celia que también estaba sentada junto a los padres de Javier, dejó en el regazo de su madre a Rock, el nuevo cachorrito de Nico, y decidió ir a la cocina en busca de Álvaro y del resto de los de su edad.

Allí halló a su hermana Susana y a Javier, que compartían unas cervecitas antes de la cena con Nicolás, Maxim y Álvaro. Celia le sonrió, pero fue poner el pie en la cocina y revolvérsele el estómago en cuanto le llegó a la nariz el aroma del cabrito que se asaba en el horno. Álvaro, al verla llevarse la mano a la boca para contener una arcada, corrió hacia ella.

—Cariño, estas empezando a preocuparme —comentó, porque no era la primera vez que le ocurría en los últimos días.

Susana observó a su hermana con interés, al escuchar aquello.

—¿Te ha pasado más veces? —preguntó, dejando la cerveza sobre la encimera.

—No es nada, he debido pillar un virus estomacal.

—Sí, sí... —cuestionó Susana mirándola con aire profesional de enfermera experta—. Lo que tú tienes es un virus de los que duran nueve meses.

—¿Qué? —preguntaron Max y Javier al unísono.

—Osti, qué noticia —saltó Nico.

El único que se quedó mudo y con la boca abierta fue el responsable de todo el alboroto, o sea, Álvaro Siurana.

—No digas tonterías. Mil veces he tenido retrasos y no... —alegó Celia, recordándole a su hermana la inestabilidad de sus ciclos hormonales. Susana se plantó ante ella y le palpó el pecho derecho sin miramiento ninguno.

—A ver, ¿te duelen las tetas?

—Susana, por favor —farfulló poniéndose roja ante las miradas curiosas de todos sus amigos.

—Sí le duelen —respondió su marido.

—¡Alvaro! —protestó muerta de vergüenza ante aquella revelación en público de sus intimidades—. Esas cosas no se van contando...

—Déjate de rollos que estamos en familia —rebató—. Susana, ¿tú que dices?

—Yo digo que... ¡enhorabuena, papichulo! Puede que me equivoque, pero pondría la mano en el fuego por asegurar que lo que tiene tu mujer es un

embarazo de libro.

Álvaro sacudió las manos con un gesto tajante para que nadie se precipitara, preocupado por las ilusiones que Celia pudiera hacerse al darlo todo por hecho.

—No adelantemos acontecimientos. Tengo que conseguir un test de esos ahora mismo —anunció Álvaro.

—Pero Álvaro —lo detuvo Celia—, vamos a cenar, nos comemos las uvas y mañana ya compraremos un Predictor.

Él negó tajante y miró su reloj.

—A estas horas la farmacia estará cerrada —calculó.

—Ya te digo. A cal y canto —corroboró Nico.

Álvaro chasqueó la lengua, contrariado; era lógico que estuviese cerrada. Y más en una noche tan señalada.

—¿Dónde vive el farmacéutico? —preguntó mirando a Javier.

—No hace falta que lo busques porque estará pasando la Nochevieja en casa de sus suegros en Calanda —respondió este.

—¿Y allí habrá farmacia de guardia?

—Supongo, o al menos si suplicas mucho puede que te hagan el favor de abrirla.

Álvaro le dio un beso impetuoso a Celia.

—Me voy a Calanda, no tardo nada —anunció.

—Cariño, que la carretera debe estar llena de placas de hielo —protestó Celia, asustada.

—Yo te acompaño —dijo Nico—. Max, dame las llaves del Land Rover. Max se tranquilizó al saber que al menos Nico tenía la cordura de moverse por aquella carretera con el resistente vehículo todoterreno que usaban en el viñedo.

—Están en el cajón de la entrada, con las demás —informó con su inconfundible acento francés—. Conduce con cuidado, por favor.

Como las chicas y Max no parecían dispuestas a impedir que se marcharan, Javier los detuvo antes de que abandonaran la cocina.

—¿Y la cena qué?

Nico giró la cabeza.

—Apañaos como podáis. Vigilad que no se os queme el asado —le dijo a Javier; este se señaló el pecho con el dedo, perplejo de que lo dejara al mando cuando no sabía ni freír un huevo—. ¿Tú no eres la autoridad? Pues eso es justo lo que se necesita en una cocina, así que tú mandas.

—¿Yo?

—Venga hombre, que os lo he dejado todo hecho —argumentó Nico—. Solo tienes que pelar las patatas, cortarlas a cuadros y añadirlas al cabrito.

—¿Cuántas?

—Una para cada uno o dos. Tú verás.

—¿De qué tamaño?

—Coño, Javier, que esto no es las final de Master Chef. ¡Ni grandes ni pequeñas! —rebufó impaciente—. Media hora o tres cuartos con la carne y la sacáis. No dejes de vigilar el horno —lo instruyó; y dirigió una última mirada a su marido—. ¿Le echarás una mano, Max?

—Si se nos queman las paletillas, haremos unos bocadillos de jamón —bromeó—. Y tú no corras por esas carreteas que la cena puede esperar.

Nico le guiñó un ojo y siguió a Álvaro, que en ese momento les explicaba a los reunidos en torno a la chimenea el motivo de su marcha intempestiva.

\* \* \*

—Nena, te quiero... ¡Esto es increíble! —repetía Álvaro sin despegar los ojos de la línea rosa del Predictor.

—Increíble no, mi amor —puntualizó Celia, con una risa nerviosa—. Hace tiempo que íbamos buscando precisamente *esto*.

Aún estaban encerrados en uno de los baños del piso de arriba, él sentado sobre la tapa del inodoro y Celia en el regazo de Álvaro. Ella llevaba en la mano los dos test anteriores, porque el que el futuro padre no dejaba de contemplar como hipnotizado era el tercero. Porque Álvaro se empeñó en realizar tres veces la dichosa prueba, por miedo a que fallara la primera. Y luego por si la segunda venía con defecto de fábrica.

—Joder...

—¡No digas palabrotas delante de nuestro hijo! —protestó Celia.

Los dos se echaron a reír a carcajadas de pura felicidad. No llevaban ni dos minutos «embarazados» y ya empezaban a comportarse como un par de idiotas. Pero les daba igual.

—¿Te das cuenta cómo va a cambiarnos la vida?

—Es lo que queríamos, ¿no? —alegó ella.

—Sí, por supuesto —aceptó apoyando la frente en la de ella—. Y no veo mejor manera de empezar el año.

Celia ladeó la cabeza y se aproximó a su boca.

—Enhorabuena, tesoro.

—Enhorabuena —susurró también Álvaro antes de hacer lo que le pedía. Después de un largo y emocionado beso, Celia se levantó de sus piernas y tiró de la mano de Álvaro para que él hiciera lo mismo.

—Vamos con todos —pidió con una sonrisa—, porque como sigamos más rato encerrados, mi madre acabará enviando a los bomberos para que nos saquen de aquí. Seguro que Susana debe haberse ido de la lengua.

—Trae —exigió Álvaro, arrebatándole de la mano el test de embarazo—. Durante nueve meses vas a ser la reina de la casa.

—¿No lo soy siempre?

—La reina madre —especificó; Celia se echó a reír—. Pero hoy y ahora, déjame disfrutar de mi minuto de gloria.

—Ni se te ocurra sacar del baño estos cacharros empapados de pis —avisó.

—¿Cómo que no? —la contradijo, con una mirada que no admitía discusión.

Álvaro abrió la puerta y Celia salió tras él, divertida en el fondo al verlo asomarse a la baranda de la escalera y llamar la atención de todos dando voces. Brazo en alto, exhibió los tres Predictor con gesto triunfal. Las dos futuras abuelas dieron sendos chillidos y el resto, animados por Nico, vitorearon su hombría como en los partidos de fútbol.

—Campeooooón, campeeeeeooooón... Oe, oe, oeeee...

Poco caso hizo nadie a Susana y a la madre de Javier, que exigían que se reconociera también el mérito de la parte femenina de la pareja.

Álvaro bajó las escaleras con su mujer de la mano, con una sonrisa orgullosa. Y Celia también. Hubo abrazos y besos, que Nico se encargó de frenar para que no se eternizaran los parabienes a los futuros papás.

—Todos a la mesa, que la cena se enfría —ordenó con un par de palmadas al aire.

—Esto hay que celebrarlo con vino del mío —dijo Max. El abuelo Cele le palmeó la espalda.

—Ahí has estado acertado —convino, yendo con él hacia la mesa—. El vino es del que lo hace, no del que lo envasa.

Nico miró a su marido y al abuelo, sin decir ni sí ni no. Y fue hacia la cocina a sacar el cabrito del horno, convencido de que en aquella casa tanto daba. El enólogo estaba casado con el bodeguero, todo quedaba en familia.

\* \* \*

—No sé a qué vienen tantas prisas si aún falta una hora para que den las

campanadas —comentó el padre de Susana y Celia.

Álvaro, con el corazón inquieto desde que sabía que iba a ser padre, parecía tener una necesidad imperiosa de salir de allí, de dar saltos o de echar a correr.

—Tú lo que quieres es presumir delante de todo el pueblo —sugirió Nico. La suegra del orgulloso futuro padre, y a su vez futura abuela de la criatura, salió en su defensa.

—Álvaro tiene razón —confirmó—, ya teníamos que estar allí.

—Con el frío que hace... —se estremeció Susana.

—Es tradición tomar las uvas todos juntos en la plaza y este año no va a ser menos.

Tenía razón Rosita, cada año se reunía prácticamente el pueblo entero, salvo los muy ancianos y los cobardicas que las escuchaban por la tele, para comer las doce uvas de la suerte al toque de las campanadas del reloj del Ayuntamiento.

—Habrà que ir con cuidado con los coches —comentó el padre de Javier, pensando en las placas de hielo que se habrían formado en el asfalto.

Como todos comenzaron a protestar por el engorro de ponerse a esas horas de la noche a colocar las cadenas. Nicolás notó la decepción de Rosita, que ya debía imaginarse, en vista del panorama, tomando las uvas ese año en la Casa Grande sin poder besar y felicitar el año nuevo a vecinos y conocidos, con posterior bebida caliente o copilla en el mesón antes de retirarse cada pajarito a su nido.

—Venga, menos excusas y todos para la plaza —decidió Nico, dando dos palmadas.

—En el todoterreno no cabemos todos —comentó Max.

—Decidido, pues. ¿No queréis poner las cadenas a los coches? No hay problema ninguno, que estamos en el campo. ¡Bien abrigados y todos al remolque del tractor!

El abuelo Cele soltó una carcajada. De jovencillo, en aquellos años en que poseer coche o moto era un lujo, él y los de su quinta solían viajar en la caja de un camión o en un remolque a los pueblos vecinos casi todos los domingos para ir al baile.

—¿No estarás hablando en serio? —dijo Julia mirando a Nico sin creérselo del todo.

—¡Pero si es sólo un kilómetro!

Pues sí, y tanto que lo decía. Y como a los jóvenes les pareció una idea

muy divertida, los mayores por no hacer el feo se animaron también. Brindaron con una ronda de chupitos de orujo para entrar en calor y, diez minutos, después iban todos apiñados en el remolque del tractor y arrebujados en cazadoras, abrigos y bufandas. Las risas en cada bache lograron que a todos se les hiciera muy corto aquel viaje en el remolque de transportar la uva.

\* \* \*

La llegada del tractor Fendt, último modelo, de la Casa Grande fue recibida con risas y silbidos, ya que Nico, fiel a su espíritu exhibicionista de estrella televisiva, no tuvo mejor idea que ir tocando la bocina desde la entrada del pueblo hasta la calle Mayor. Ya en la plaza, unas señoras de la Asociación de Amas de Casa que se encargaban de ello, entregaron a todos y cada uno un vaso de plástico con doce granos de uva del Vinalopó, que como cada año había encargado el dueño de la única tienda del pueblo.

Javier se quedó rezagado del grupo; cogió de la mano a Susana para que se mantuviera a su paso. Iba caviloso. Durante el rocambolesco viaje, la pareja fue el blanco de las bromas de todos.

—Eso es que no le pones interés —lo picó Álvaro, ganándose con ello un semiamistoso puñetazo y una mirada mortal.

Unas palabras que a Javier le tocaron la moral y despertaron en él una idea que aún no había comentado con Susana. Planes de futuro que le rondaban la cabeza desde hacía un mes, más o menos.

Susana le apretó la mano enguantada, extrañada de que la obligara a quedarse tan atrás. Como si tuviera algo que decirle que no quería que escuchase el resto.

Él la miró estudiando sus ojos curiosos.

—Tu hermana y Álvaro llevan casados menos tiempo que nosotros y nos han tomado la delantera.

Ella enarcó las cejas y sonrió sorprendida y contenta, ante la propuesta solapada que encerraban las palabras de Javier.

—¿No querías que ver mundo?

—También se puede viajar con niños —sugirió con una sonrisa tímida que enterneció a Susana—. He visto en internet unos carritos todoterreno con ruedas alucinantes, y unas mochilas portabebés que son una pasada...

Ella se puso de puntillas, le cogió el anorak con ambas manos por la cremallera entreabierta, escondió el rostro en su cuello y se echó a reír entre beso y beso. Luego alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—¿Estás seguro?

—Completamente, ¿a ti te apetece?

—¡Sí!

Los dos sabían que tomaba anovulatorios y debía dejarlos antes de lanzarse a la tarea de encargar un bebé, pero a Susana le parecía una idea magnífica empezar con los entrenamientos previos.

—La técnica se nos da muy bien, ahora es cuestión de practicar mucho —añadió para provocarlo.

Javier cogió el vaso de plástico lleno de uva que llevaba Susana en la mano y por la base los sujetó junto al suyo.

—¿Nos vamos a casa? —sugirió.

—¿Ahora? Nos van a echar de menos —objetó, señalando con el rostro hacia la plaza donde ya se congregaba la gente.

Javier observó los corrillos. Luego la miró a ella y esbozó una lenta sonrisa al tiempo que se inclinaba para besarle el lóbulo de la oreja.

—Este año voy a comerme las doce uvas sobre tu cuerpo.

—¿Y yo? —preguntó, riendo porque le hacía cosquillas.

—Tú me comes a mí en doce etapas. Te dejo que elijas por donde quieres empezar.

\* \* \*

Después de cenar, el sargento Morales presumió de mujeres de camino a la plaza del pueblo, con la mujer y la hija cada una agarrada de cada brazo.

—Hay que ver qué frío hace aquí. Tengo las orejas heladas —comentó estremeciéndose.

—Ya te he dicho que te pusieras el gorro de lana —le recordó su paciente esposa.

Él farfulló algo feo por lo bajo y ella lo miró de reojo. Antes prefería que se le congelaran las orejas que cubrirse la cabeza como un viejales. En cambio, ella no tuvo reparos en liarse el fular de lana cubriéndose hasta el cuello y bien calentita que iba.

—Esto es Teruel, papá —comentó Vanesa—. ¿Qué esperabas? Además, no podemos quejarnos que solo estamos a dos grados bajo cero. Hace una noche estupenda, para lo que podría ser.

—En eso te doy la razón —aceptó su padre—. Por lo que me han dicho, otros años por esas fechas el termómetro ha llegado a marcar los quince por debajo de cero.

Vanesa se soltó del brazo de su padre.

—Yo me marchó —anunció un tanto apurada, por dejarlos solos y porque no le apetecía dar explicaciones—. Tengo una cita.

—Que calladito te lo tenías —comentó su madre con una sonrisa sibilina.

—No te preocupes, hija —dijo su padre echándole un cable—. Nosotros vamos a tomarnos las uvas con ese matrimonio de allá tan simpático — señaló con la cabeza hacia el frente.

Vanesa se dio la vuelta para ver a quién señalaba su padre y vio al otro extremo de la plaza a los padres de Diego. Tomás llevaba a Elena al brazo que los saludaba con la manita. Laura también estaba al lado de su abuela, distraída contando los granos de uva de su vaso. Vanesa y sus padres los saludaron con la mano; Tomás y Manuela correspondieron agitando las manos.

—Los hemos conocido esta tarde en el mesón —comentó su madre—. Son personas formidables, ¿sabes que nos han invitado mañana a comer? A ti también —avisó con una mirada significativa.

—Se han presentado como tus futuros suegros —agregó su padre mirándola a los ojos.

—Que no corran tanto.

—Hay que ver qué niñas más guapas —comentó su madre, fingiendo no oír el comentario pesimista de su hija—. ¡Ay, míralas qué lindas! La pequeñita es para comérsela.

Vanesa notó que su padre le tomaba la barbilla con la mano y lo miró a los ojos buscando en él la seguridad que le infundía su inmenso cariño.

—Venga, venga... Problemas los justos, hija mía —aconsejó—. Que me enfadaré si no te veo empezar el año con una sonrisa.

Ella le dio un beso en la mejilla y otros dos a su madre, agradecida de tenerlos allí. La mudanza inesperada, de repente, la hacía muy feliz. Se metió las manos en los bolsillos del anorak y se quedó contemplando cómo sus padres cruzaban la plaza llena de gente.

\* \* \*

El móvil le vibró en el bolsillo del anorak. Con miedo comprobó a ver si se trataba de un wasap. No quería ni imaginar... Como fuera Diego cancelando la cita por culpa de una urgencia veterinaria, iba a maldecir a grito pelado a la inoportuna yegua por parir justo ese día o a la vaca con meteorismo o... Se quitó el guante y respiró tranquila cuando vio que se trataba de un *tweet*. Apretó los labios con una burbujita de envidia en el

pecho al ver la foto que Lola acababa de *twittear* desde la Puerta del Sol. Su compañera había vuelto a casa unos días de permiso y Rafa la había acompañado a Madrid para recibir juntos el Año Nuevo. Se alegró mucho por ella. Por los dos.

***Con mi @rafaman, esperando las campanadas #felizcomounaperdiz***  
Seis palabras y un *hashtag* acompañaban la imagen de ellos dos besándose, abrigados con bufanda y gorro. Mientras guardaba el teléfono y volvía a calarse el guante de lana, Vanesa pensó en la tonelada de felicidad que irradiaba una simple fotografía compartida en un *tweet*.

Se sobresaltó cuando un par de manos enormes y frías como el hielo le taparon los ojos desde atrás. Aprovechando que él no le veía la cara, sonrió contenta. Le tomó las manos con las suyas enguantadas y lo obligó a meterlas en los bolsillos de su propio anorak para calentárselas.

—Las tienes heladas —comentó girando la cara hacia él.

Diego le dio un beso en el pómulos y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Estoy tan nervioso que se me han olvidado los guantes —confesó con una naturalidad conmovedora.

A Vanesa casi se le saltan las lágrimas ante aquella muestra de intimidad. Diego no era los que admitían sus debilidades delante de nadie, que lo hiciera con ella era la prueba de cuánto significaba para él.

—¿Yo te pongo nervioso? Lo oyó reír por lo bajo.

—Tú no —aclaró, dándole un beso en el pelo—. Toda esta situación...  
Lo que está a punto de pasar.

—Ha sido idea tuya.

—Ya lo sé —farfulló—. Pero todo esto me pone cardiaco. Si te sucediera algo malo, no podría soportarlo. No quiero volver...

—No me va a pasar nada —lo frenó.

Él apretó los párpados y le dio un nuevo beso en la cabeza.

—¿Eres adivina?

Durante semanas se había repetido mil veces o más que el temor a lo incierto era una estupidez que le consumía la vida. Aún así, necesitaba escuchar un empujón de ánimo de los labios de ella.

Y ella adivinó lo que le estaba pidiendo. Se dio la vuelta y Diego la rodeó con los brazos. Vanesa utilizó las palabras de él para alejar sus temores.

—Lo que está a punto de pasar y lo que venga de ahora en adelante va a ser todo bueno.

—¿Seguro?

Vanesa encogió los hombros, en un gesto con el que mostraba su natural aceptación de lo que significa asumir la vida tal como viene. Esa era su actitud: no preocuparse más de la cuenta, porque para ella, hacerlo con miedo significaba vivir a medias.

—La vida está llena de riesgos, Diego —enunció tal como lo sentía—. No niego que en mi profesión quizá más. Y por eso mismo no puedo asegurarte un futuro tranquilo, pero sí puedo prometerte que haré todo lo posible por tener cuidado para que no me ocurra nada malo. ¿Me dejas envejecer contigo?

Diego le regaló por fin una sonrisa plena de confianza.

—¿Me prometes que habrá lencería en ese futuro?

Vanesa no pudo evitar echarse a reír.

—También lo prometo.

Él la premió dándole un beso en la nariz.

—Muy bien —aceptó llenando los pulmones de aire—. Entonces yo te prometo que te querré toda la vida —hizo una pausa, mientras contemplaba el brillo de sus iris azul claro—. Así que tienes que casarte conmigo. Vanesa abrió los ojos tanto como la boca. El carillón del reloj empezó a dar los cuartos que anunciaban las doce campanadas. Entonces se percató de que ni Diego ni ella se habían preocupado de las uvas que habían ido repartiendo aquellas señoras. Aunque en ese momento lo último que le importaba eran las doce uvas de la suerte.

—¿Ya? ¿Sin pensarlo? —alegó por toda respuesta.

Sonó la primera campanada. Ella miró hacia el reloj del Ayuntamiento y volvió a mirar a Diego justo cuando sonaba la segunda.

—Tú misma acabas de decirlo —dijo él, mientras sonaba la tercera—. La vida está llena de riesgos. Yo sé que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida y quiero creer que tú piensas lo mismo con respecto a mí —mientras lo decía sonaron la cuarta y la quinta—. Dame la mano y lancémonos a la piscina por la parte honda. Sin miedo.

Sonó la sexta campanada y Vanesa permanecía callada y aturdida.

—Ahora o nunca —la apremió Diego. El reloj dio el séptimo toque—. Te doy el tiempo que duren las campanadas. Antes de que suene la última quiero tu decisión —sonó la ocho; y decidió arriesgarse—. Nunca más te lo volveré a preguntar.

Diego dejó que sonara la novena campanada. Tragó saliva cuando sonó

la décima porque solo faltaban dos y él seguía sin oír lo que más deseaba en el mundo.

—Vanesa —suplicó con la mirada y con el corazón mientras sonaba la número once—. Cásate conmigo...

Pero no pudo terminar, porque ella se alzó de puntillas y selló su boca con la suya. Diego entreabrió los labios y profundizó el beso con un ansia posesiva. En la plaza comenzó el griterío, todos se felicitaban el año nuevo. Los que estaban en los balcones echaron puñados de confeti, los niños lanzaban serpentinas al aire y hacían sonar las trompetillas del cotillón. Pero Diego y Vanesa ni las oían, seguían abrazados y unidos por ese beso que no olvidarían por muchos años que pasaran, con el que ella le dio sin palabras la única respuesta que él quería escuchar.

## Epílogo

### ENERO, FRÍO Y SERENO, INAUGURA UN AÑO NUEVO

Esa Nochevieja, con un pie en el año ya recién estrenado, Vanesa y Diego se acostaron muy tarde. Les costó una eternidad meter a las niñas en la cama. Con la novedad de tenerla en casa, se hicieron de rogar a la hora de irse a dormir. Laura estaba demasiado nerviosa para conciliar el sueño. La noticia de la próxima boda de papá y Vanesa la tenía excitada perdida. Y Elena, aunque no entendía el porqué de tanta fiesta, se contagió al ver a su hermana dar saltos en el colchón y no paraba de reír y dar palmitas y destaparse una y otra vez, levantando el edredón a fuerza de patear.

Hora y media después, con las pequeñas dormidas y en el silencio de la madrugada, se amaron con rudeza y pasión, plenos de codicia por recobrar tantos momentos demorados. Saciados solo a medias, conversaron de muchísimas cosas, y entre cientos de besos y palabras confiadas, expulsaron para siempre el miedo que aún lastraban en el corazón hasta que las ganas de poseerse el uno al otro se entregaron al placer compartido, con la tierna demora que merecía esa segunda vez.

Con los músculos temblorosos y el corazón desbocado, Diego apretó a Vanesa contra su pecho y hablaron en voz baja. Cada uno confesó los anhelos por cumplir a lo largo de esa vida imaginada a partir de entonces. Y aunque ambos eran conscientes de que el futuro está hecho de la misma materia intangible que los sueños, juntos harían lo posible para verlos cumplidos.

—Cuando estés preparada —tanteó Diego, agotado—. Y solo si tú quieres...

—¿Si quiero, qué? —medio bostezó Vanesa.

—Hablo en serio —aclaró—. Solo si tú quieres, podríamos aumentar la camada con un niño. O con dos. No me apetece ser el único macho en una manada de hembras.

Vanesa rio con la boca cerrada al oír sus argumentos en lenguaje zoológico. Diego desconocía que, como hija tardía de unos padres diez o doce años mayores que los de sus amigas, tenía una idea clara al respecto. Y con ellos en Tarabán para echarles un cable, la conciliación con el trabajo iba a ser mucho más sencilla. Diego deseaba al menos dos más...

¿Familia numerosa? ¡Caray, sí! Y mil veces sí.

—No esperemos demasiado —musitó cerrando los párpados—. Me gustaría ser una mamá joven.

Tras decirlo, se quedó dormida. Y Diego, que ni por asomo esperaba esa respuesta, se durmió con una sonrisa enorme, sorprendido y feliz.

Poco le duró el descanso, apenas dos horas. Encendió la tenue luz de su lamparilla y miró la hora en el móvil; faltaba poco para las seis. Se metió de nuevo bajo el edredón y contempló a Vanesa dormida. La quería así, solo para él; antes de que sus adoradas y desesperadamente madrugadoras hijas irrumpieran en el dormitorio reclamando los mimitos de primera hora, para ponerse a saltar en la cama pidiendo el desayuno al minuto siguiente. Y luego venía la comilona familiar, porque conociendo el entusiasmo cocinero de su madre... Hizo un repaso mental a todo lo que le aguardaba en unas horas: padres, suegros, presentaciones, el notición, las niñas alborotadas y las madres haciendo planes. Rebufó, agotado solo de pensarlo, y miró de nuevo a Vanesa. La intimidad de la cama les pertenecía, era su refugio privado. De los dos.

Ella dormía boca arriba. Diego le apartó el pelo de la cara, con cuidado de no despertarla. Metió la mano bajo el edredón y la acarició despacio, disfrutando del calorcito de su cuerpo desnudo. Se demoró entre sus muslos. Los sueños eran algo imaginario, aunque posibles; pero la mujer que le ayudaría a lograrlos era real como la excitación húmeda que apreciaba en los dedos que jugueteaban entre sus piernas. Tan de verdad como la suya propia.

Vanesa entreabrió los ojos y le sonrió. Diego la besó en el cuello, a la vez que la cubría con su cuerpo. Ella le hizo sitio enroscando las piernas alrededor de las suyas.

—Prométeme que recibiremos cada año nuevo haciendo el amor —pidió Vanesa.

Movió las caderas, deseosa, y Diego la sujetó por las nalgas, alzándola para enterrarse en la dulce calidez que lo reclamaba. No existía mejor manera de inaugurar *su primer año*. Juntos, compartiendo el más íntimo y excitante placer. Se movió con un ritmo creciente, cada vez más adentro y con más fuerza, sacudiéndola bajo el peso de su cuerpo. Como a ella le gustaba.

Con los ojos cerrados, Vanesa se aferró a sus hombros al sentir los labios de Diego cerca del oído.

—Prometo despertarte así cada uno de enero —jadeó—. Amándote... Siempre...



00000000000000000000

*En memoria de Ajax, pastor alemán de la Unidad Canina de la Guardia Civil condecorado por su valor, que murió el día en que yo empecé a escribir esta novela.*

00000000000000000000